JUAN DE DIOS PEZA

Recuerdos de mi vida

Cuentos, diálogos y narraciones anecdóticos é históricos

MÉXICO
HERRERO HERMANOS, SUCESORES
DESPACHO: 4, Av. del Cinco de Mayo, 4
ALMACENES: 2, Plaza de la Concepcion, 2
1907

Digitized by Google

La Respuesta de Dios.

Cómo me encanta conversar con los niños! Tienen ingenuidades y candores que muchas veces hacen reir, y no pocas sacan lágrimas!

Hace varias noches, Laurita, la pequeñuela de diez años, tan fresca y tan bella que, como dicen en Sevilla, parece una rosa que anda, me contaba lo siguiente, que no he podido olvidar y hoy se me ha puesto en las mientes escribirlo:

A mi amiguita Lola, que tiene mi misma edad, más ó menos, se le murieron sus padres, que la mantenían con su trabajo, y se ha quedado viviendo con su abuelita, que ya no puede andar de puro vieja, ni se le entiende lo que habla, pues le faltan todos los dientes.

Pasan unas pobrezas tan grandes la viejecita y la niña, que hay unos días en que se desayunan por la tarde, y otros en que sólo

Digitized by Google

toman un pedazo de pan y un vaso de agua.

A la pobre Lolita la enviaron antes de ayer con un recado á la casa de la lavandera, y se encontró tirada en medio de la calle una estampilla del correo de cinco centavos, limpia y nuevecita. ¿Y qué piensas que hizo? Me pidió un pliego de papel y un sobre, y escribió una carta á Dios.

—¿A Dios?

—Sí, á Dios el del cielo, diciéndole que ella y su abuelita no tenían qué comer, ni ropa que ponerse, ni cama en que dormir, ni gentes que las ayudaran, y que por más que ella rezaba todos los días el Padre Nuestro, nunca tenía pan y se veía obligada á escribírselo á Dios que lo da todo, para que se acordara de ella, pues él era lo único que le quedaba en el mundo.

Cerró la carta, le puso en el sobre «A Dios Nuestro Señor.—En el Cielo», y llena de fe y de confianza fué á depositarla en el buzón de la esquina.

Llegó la hora de la colecta de la tarde, y el viejo cartero abrió aquel buzón y recogió la correspondencia. Revisando las cartas tropezó con la de la niña, y no quería dar crédito á lo que decía aquel sobre. «Será de algún loco», se dijo, y lo abrió con curiosidad y se puso á leer el contenido.

Digitized by Google

Las letras como patas de moscas, los numerosos disparates ortográficos, los renglones torcidos, le convencieron de que era una niña la autora, y más cuando leyó la siguiente postdata: «Contéstame, Dios mío, á la calle de la Flor, número 4, tercer patio, cuarto número 2, queya tengo mucha hambre, pues hoy no he comido».

El cartero era un honrado padre de familia, tenía hijos y nietos; se le llenaron de lágrimas los ojos; se llevó la carta y se fué á leerla con interés á los de su mismo oficio, á la hora en que están reunidos en su departamento para distribuir la correspondencia de la ciudad.

Conmoviéronse casi todos, y á alguno de ellos le ocurrió la idea de abrir desde luego una suscripción para socorrer á la chiquilla, invitando para esa obra de caridad á algunos de los empleados superiores.

El éxito fué brillante; se reunieron cerca de veinte pesos. El cartero los puso en una bolsita de dril, y á la mañana siguiente se presentó antes de las siete en el número 4 de la calle de la Flor, tercer patio, cuarto número 2, y pregunto:

—¿Aquí vive la niña Lolita X?

—Yo soy, yo soy. Salió gritando una chicuela descoloridita y enfermucha.

Digitized by Google

—Pues aquí le traigo esto—dijo el cartero entregándole la bolsa.

—¿Y qué es esto?

—Esto—respondió conmovido el viejo—es la respuesta de Dios.

Digitized by Google

El asalto á Chapultepec en 1847.

Los héroes que viven.—Un relato auténtico.

De los heróicos alumnos que con tanta gloria defendieron el Castillo de Chapultepec en 1847, viven actualmente el General Ignacio de la Peza, entonces de catorce años, Subteniente del 60 de Infantería, agregado al Colegio militar, de donde, en su calidad de alumno no había llegado á salir por ningún motivo; el Sr. D. Antonio Sola, entonces de trece años, cabo de la 2.ª compañía y cabo de cuarto á la hora del asalto; el Sr. D. Ignacio Molina, entonces de diecinueve años, sargento 1.º de la 1.ª compañía; el Sr. D. Santiago Hernández, entonces de dieciocho años, alumno de la 1.ª compañía; el Sr. D. Vicente Herrera, entonces de dieciséis años, alumno de la 2.ª compañía, y el Sr. D. Cástulo García, entonces de dieciocho años, alumno de la 1.ª compañía.

Digitized by Google

Cada uno de ellos guarda vivo el recuerdo de aquella jornada y el de sus compañeros muertos en el cumplimiento de su deber.

En el Colegio Militar están las estatuas de Juan B. Ezcutia, Agustín Melgar, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca y Vicente Suárez.

Cada uno de ellos tiene en el Escalafón general del Ejército y Armada Nacionales, en la relación por antigüedad de los Subtenientes de infantería permanente, esta hermosa nota:

«Siendo alumno del Colegio Militar, sucumbió por salvar á su patria en la Toma de Chapultepec».

Los alumnos, desde seis días antes del asalto, habían sido separados de sus departamentos de estudios y ejercicios, y los trasladaron al mirador, lugar en que hoy están las habitaciones del Presidente de la República, y por aquellos días la del Director del Colegio.

El día 8 de Septiembre, los alumnos fueron espectadores de la sangrienta batalla de Molino del Rey, en que sucumbieron Peñurí y Balderas, y donde el General Miguel María Echegaray, que había sido Capitán de la 1.ª compañía del Colegio Militar, hizo prodigios de valor con el tercer ligero de infantería.

El 12 del mismo mes, el Colegio Militar,

Digitized by Google

como la pequeña guarnición que había en el castillo, resistió desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche, un bombardeo nutrido y formidable.

En ese día murieron Juan Cano, Coronel de ingenieros, el General León de Oaxaca, y otros valientes patriotas.

El 13, á las seis de la mañana, comenzó el fuego de cañón, con baterías que tenían situadas los norteamericanos en el asoleadero de la hacienda de la Condesa, indicando con la formación de sus columnas de infantería sus propósitos de asaltar el castillo.

En efecto, á las siete de la mañana, comenzaron á desprenderse en columnas de ataque, penetrando al bosque por el Molino del Rey, y siendo ayudadas por las que venían por el camino real de Tacubaya que, en honor de la verdad, fueron las que sufrieron mayores perjuicios, por haberse encontrado con la tenaz resistencia que les opuso en las trincheras, en forma de flechas, defendidas, donde hoy se encuentra la estación de los ferrocarriles del distrito, por el batallón de San Blas al mando del valiente coronel Xicotencatl.

Xicotencatl, como todos lo saben, murió con catorce heridas en el cuerpo y envuelto en la bandera del batallón de San Blas.

Digitized by Google

En aquellos momentos se vió llegar hasta las trincheras citadas una gran masa del pueblo, capitaneados por un fraile vestido de sotana, y llevando en la mano un estandarte con la Virgen de Guadalupe. Esa masa del pueblo se apoderó de las trincheras é hizo nutrido fuego sobre los norteamericanos, quienes, en mayor número, los desalojaron de sus posiciones y penetraron en seguida al bosque.

Las columnas que penetraron al bosque por el Molino del Rey, subieron por el lado Poniente del Cerro á lo que se llama «Caballero Alto», defendido por unos cuantos soldados del batallón de Mina, que se sacrificaron sin éxito.

Al ver el general Monterde, director del Colegio, que los americanos invadían el bosque por el lado que cubriera antes el batallón de San Blas, indicó al general D. Nicolás Bravo que los alumnos bajasen inmediamente para defender la puerta en peligro, pero éstos estaban mandados por un capitán modelo de pundonor, de patriotismo y de bravura, llamado Domingo de Alvarado, que

Digitized by Google

no sólo no obedeció esta orden, sino que mandó á los alumnos que hicieran fuego sobre los invasores, que ya venían penetrando al bosque por la puerta que habían disputado al batallón de San Blas.

Mandaron nueva orden de que bajaran los alumnos, y el capitán Alvarado, sin hacer caso, les ordenó que armaran las bayonetas para combatir cuerpo á cuerpo al enemigo, que desde que se adueñó del «Caballero Alto», tomó posesión de todo el edificio, situándose en la azotea del mirador, lugar donde hoy existe un jardín.

Entonces se recibió con otro ayudante nueva orden de que los alumnos bajaran y Alvarado tuvo que cumplirla.

Los alumnos, al descender, se encontraron en medio de dos fuegos; el que sobre sus cabezas hacían los americanos que habían tomado posesión de la azotea del mirador, y el de las columnas americanas que habían penetrado al bosque por una de sus puertas.

Así se explica que Ezcutia, Suárez y Montes de Oca hayan muerto sobre el cerro, y que Romero, Mellado y Pérez de León hayan sido heridos lejos de ese punto.

Un caso curioso: Mellado, con el calor sofocante del día, con las fatigas de la batalla, con la emoción terrible del suceso estaba ja-

Digitized by Google

deante, y ávido de sentir frescura, dejó là lengua fuera de la boca y una bala le arrancó la parte extrema.

Así le llevaron desangrándose á la Biblioteca del Colegio, convertida después en prisión de los jefes y de los alumnos, donde también llevaron á Romero y á Pérez de León, heridos ambos de un brazo.

Agustín Melgar, en la plena fuerza de la primera juventud, tenía dieciocho años, no bajó con los demás alumnos, sino que permaneció en el mirador en compañía de Ignacio Molina, en los momentos en que los norteamericanos bajaban de la azotea por una escalera interior que allí existía entonces.

Preparando su fusil y disparándolo sobre los primeros soldados norteamericanos que bajaron al mirador, enardeció en su contra el ánimo de los invasores que le persiguieron hasta la pieza inmediata, y allí, á boca de jarro, le dispararan varios tiros, atravesándole el brazo izquierdo y la pierna derecha, y no contentos con esto, le dieron dos heridas de bayoneta en los costados.

Dejaron á Melgar como muerto y tomaron prisionero á su compañero Ignacio Molina.

Digitized by Google

En el bosque, cerca de la puerta, en lo que se llamó «Jardín Botánico» hicieron prisioneros á los demás alumnos y los subieron bien escoltados á la Biblioteca, donde se encontraron con Molina, que les refirió el episodio de su heróico compañero Melgar.

Pasado el medio día, algunos alumnos, Ignacio de la Peza, Antonio Sola, Miguel Miramón y algún otro, valiéndose de un irlandés que hablaba castellano, consiguieron permiso para ir al mirador á ver si Melgar vivía aún.

Le encontraron vivo y se lo llevaron á la pieza inmediata de la Biblioteca, convertida en hospital de sangre, y colocándolo sobre un tosco banco de cama, los médicos le amputaron la pierna y el brazo.

El resultado fué funesto: Melgar murió antes de la media noche del 13.

Muchos cuentan que Melgar murió estando de centinela. Eso, como se ve, es inexacto. Quien murió de centinela fué Vicente Suárez, que resguardaba la ventana del mirador que daba al Norte (frente al rancho de Anzures).

Digitized by Google

Enorgullece á la Nación contar en su historia con héroes-niños. Hoy se conmemoran sus hazañas. Lo anterior me ha sido referido por un testigo ocular, honrado, veraz y lleno de méritos. Como en la lista de los que aún viven de aquel tiempo figura el nombre del general Peza, á quien amo y respeto como á un hermano, me apresuro á manifestar que no es él quien me ha dado estos datos, ni sabe acaso que los poseo tan exactos.

Estas hazañas sirvan de ejemplo á la juventud militar que hoy se honra portando el uniforme del colegio heróico que asombró á propios y extraños en 1847.

Los niños de 1847, los alumnos de aquella época, que fueron hechos prisioneros y que aún viven, conservando como un fuego sagrado el recuerdo de la unión fraternal y de patriotismo juvenil que animó sus corazones, se citan desde hace más de veinticinco años cada 13 de Septiembre para comer juntos y hacer memoria de los sucesos que forman los timbres más gloriosos de su historia.

En ese fraternal banquete aparece una botella cerrada y lacrada, certificada legalmente por un inolvidable compañero de Colegio y después reputado notario, D. Ignacio Burgoa, y cuyo contenido lo han de apurar en memo-

Digitized by Google

ria de todos, los últimos dos que queden vivos.

Esa reunión comenzó con 28 y hoy sólo quedan 6.

El día que se abra y se vierta el vino en dos vasos, será porque de los heróicos niños defensores del Castillo, sólo quedará una pareja.

—¡Centinela!—gritará el uno.

—Alerta—contestará el otro.

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?

—¡La tumba al frente! Y cuadrándose delante de la eternidad saludarán á todos sus camaradas, que duermen llorados por sus deudos, pero amados y bendecidos por la Patria.

Digitized by Google

Un beso sagrado.

La noche en que la compañía dramática del inolvidable y eminente actor español don José Valero estrenó el drama *El pasado*, todos los amigos de Manuel Acuña estábamos orgullosos con su triunfo.

Acuña recibió varias coronas, escuchó sentidos versos de Cuenca, y fueron muchos conocidos y desconocidos á abrazarle entre bastidores.

El maestro Altamirano, á quien Valero respetaba y quería mucho, se entusiasmó tanto, que en un breve y bellísimo discurso felicitó al poeta laureado, comparándolo con Emilio de Girardin, y le regaló una pluma de oro.

Javier Santa María, Agustín F. Cuenca, Francisco Ortiz, Miguel Portillo, Vicente Fuentes y otros que no es preciso citar, estaban locos de gusto y abrazaban y volvían á abrazar á su hermano victorioso, con los ojos

Digitized by Google

llenos de lágrimas y con los corazones llenos de alegría.

¡Costó tanto trabajo lograr que se representara aquel drama!

El autor era tan querido de todos y tan merecedor de un triunfo, que los aplausos atronadores con que le llamaban á la escena pertenecían á todos los que le amábamos, y nos repartíamos su felidad por partes iguales.

Además, la compañía dramática rayaba á tanta altura por su *elenco* y por su director, que era el primer actor de España, que fué raro que aceptase la primera obra de un joven mexicano, de un estudiante humilde, pobre y hasta entonces desconocido.

La ovación fué inmensa, mucho más de lo que nos esperábamos, y al terminarse la obra, después de las felicitaciones, Acuña se quedó sentado en el cuarto de don José Valero, con varias coronas en una mano, el sombrero en la otra y con la cabeza inclinada en actitud pensativa y triste.

—¿Qué tiene el poeta? ¿No le han conformado los triunfos de esta noche? ¿No está contento de los intérpretes de su obra?—preguntó don José en tono sentencioso é intencionado.

—Me falta algo—repuso Acuña.

—Pues es mucho ambicionar—agregó Juan

Digitized by Google

Reig, el arrogante galán joven mimado del público—, todos han venido á abrazarle y le han llovido laureles y aplausos.

—Hubiera yo preferido á eso algo que para mí vale más que todo.

—¿Qué es ello?—preguntó don José.

—Lo que ambiciono hace muchos años: ¡un beso de mi madre!

—Tiene razón — dijo una dama elegante que en esos momentos entraba en el cuarto; —tiene razón el pobrecito; pero es que no sabe que un espíritu invisible me dijo de parte de esa madre ausente, que yo la representara en estos momentos solemnes. Créalo usted, Acuña: su buena madre tiene un intérprete, una mensajera fiel y aquí está de su parte.

Y así diciendo, se inclinó y besó la frente al poeta.

Acuña se puso á llorar conmovido.

Aquella mujer, gran artista, amada del público mexicano, distinguida con noble cariño por nuestros literatos, insigne actriz que conquistaba los corazones con su bondad y con su genio, era Salvadora Cairón.

Digitized by Google

El traje para leer versos.

A principios del año de 1867 salía de Veracruz, rumbo á Europa, un vapor francés conduciendo á varios personajes que culminaron en el ya vacilante imperio de Maximiliano.

Iba entre ellos mi inolvidable padre que, fiel á sus principios políticos, creyó de buena fe que la monarquía y la inmigración europea salvarían al país de muchos desastres en lo futuro.

Y no sé si desengañado ó sin voluntad para continuar en el Gobierno, pues yo aún no cumplía quince años y nada entendía de política, optó por irse al extranjero.

De lo que no tengo duda es de que, tanto sus amigos como sus más encarnizados enemigos, aplaudieron su honradez sin tacha, única herencia que legó á sus hijos.

Estaba en los comienzos de aquel destierro, que duró más de ocho años, cuando se

Digitized by Google

efectuó el drama de Querétaro, y mi madre y nosotros, tres hermanos, quedamos en la mayor pobreza.

Para vivir se fueron vendiendo todos los objetos de la casa, que desde que nací miré siempre, si no opulenta, dotada de cuanto exige el buen parecer á una familia bien relacionada y de limpia cuna.

Yo, que fuí liberal desde que tuve uso de razón y que admiraba y quería á Juárez, obtuve de ese grande hombre una beca, entré á la Escuela preparatoria, comencé á escribir versos y llegó un 15 de Septiembre en que, elegido por mis camaradas de colegio, tenía que ir á leer al Teatro Nacional una poesía, que á la postre resultó disparatada y llena de figurones imposibles.

Desde que me nombraron para leerla, me preocupé, como todos los pobres, con la adquisición de un traje para presentarme en la tribuna.

Hablé con mi madre, y ella, triste pero ansiosa de complacerme, me ofreció que realizaría mi deseo; y en efecto, la víspera de la gran fiesta nacional, ya estaba en mi poder un traje de buen paño de color azul oscuro.

No disimulé mi alegría; pero al mismo tiempo dije á mi madre:

Digitized by Google

—Habría preferido que me lo hubieran hecho negro.

—No era posible — me respondió —, ya te contaré á tiempo esa historia.

El 16 de Septiembre desperté satisfecho de los primeros aplausos que había recibido en el teatro la noche anterior, y hablé de todas las peripecias ocurridas en el desempeño de mi comisión poética, delante de mis hermanos, á la hora de la comida.

Mi madre lloraba.

—¿No estás contenta?—le pregunté.

—Sí, muy contenta; pero lloro porque veo lo que es la vida. La víspera de que tu padre saliera de México, me dijo: «lo primero que hay que vender son los caballos y el coche». Encontré quien me los comprara, y dos semanas después recibía de la sastrería de Mivielle las dos libreas, la del cochero y la del lacayo, que ya habían sido pagadas anteriormente. Eran inútiles y estaban flamantes, y me conformé con guardarlas. ¿Quién había de comprarlas? Eran levita, chaleco y pantalón, de color azul oscuro, con botones dorados.

De una de ellas, achicándola el sastre, he mandado hacer el traje con que has ido anoche á leer tus versos; por eso es azul oscuro, y por eso lloro, porque de una librea del cochero ha salido tu traje de ceremonia.

Digitized by Google

—¿Y qué importa, madre mía?

—Es verdad, ¿qué importa?; muchos años tus trajes usados, pero en buen estado, vistieron á varios niños pobres, y hoy he tenido que vestirte de lo que se destinaba á la servidumbre.

¡Así es la vida! No te envanezcas nunca por lo que tengas, ni te entristezcas cuando lo pierdas; sólo las virtudes constituyen el tesoro que se debe de conservar siempre; y el libro de Job enseña mucho; léelo, hijo mío.

Digitized by Google

Un naufragio inolvidable.

La tarde era lluviosa y soplaba el viento sutil y helado del Guadarrama, que azotaba como con pedazos de vidrio el rostro de cada transeunte por las calles de Madrid.

Privaba Enero en todo su glacial esplendor; había nevado mucho, y los reyes de piedra que decoran el Retiro, lucían penachos y mantos caprichosos, formados por los copos con que por varias horas consecutivas les obsequiara el cielo.

¿Qué importa un invierno crudo para los que tienen con qué combatirlo?

Recepciones y bailes en los palacios de la aristocracia: Gayarre cantando *Favorita* en el Real; Calvo y Vico resucitando la edad de oro del arte dramático en el Español; Zamacois cautivando con sus chistes en el de la Comedia; tiples de buena voz y mejores formas en el de Jovellanos; la Ristori asombrando con su maravilloso genio en el de Apolo;

Digitized by Google

muchos chicos de gran vis cómica en Eslava...; pero no acabaría nunca; por todas partes alegría, ruido, placeres sin tregua, y la nieve cayendo sobre los pobres, que desde niños aprenden á soportarla resignados.

Yo enfrente de una chimenea, en la cual, según la gráfica frase del poeta, «chisporroteaba el tuero», escribía en la Legación las últimas notas que había de traer á México el vapor francés, y que debían ser depositadas en la Dirección general de Correos antes de las nueve de la noche.

El general Corona firmaba sus cartas particulares; el Dr. Híjar y Haro revisaba minuciosamente el índice de la correspondencia que remitíamos á la Secretaria de Relaciones Exteriores, y Enrique de Olavarría arreglaba algunos papeles en la biblioteca.

De pronto, el criado de la Legación, pálido y trémulo, entró á nuestro departamento, y con voz que denunciaba su agitación nerviosa, dijo al general:

—Un mexicano en desgracia desea hablar con vuecencia.

—Que pase en seguida.

En menos que canta un gallo vimos entrar á un hombre que, llorando á lágrima viva y exhalando desgarradores sollozos, se arrodilló delante del general Corona, que se había

Digitized by Google

puesto de pie para recibirlo, y le abrazó las piernas.

—¿Qué le pasa á usted? ¿Qué tiene? ¿Quién es? ¿En qué podemos servirle?

El desconocido lloraba, sollozaba, gemía como si fuera presa del más intenso dolor humano, y no podía articular palabra.

—Que traigan un vaso de agua con un poco de vino...

Corrió el criado á cumplir con la orden; el doctor Híjar se acercó á contemplar al recién llegado, y Olavarría y yo estábamos mudos de sorpresa.

El hombre aquel, después de serenarse y cuando se vió rodeado de todos los hombres de la Legación y de casi todas las personas de la casa, dijo entre sollozos:

—Venía yo de México, con mi esposa y mi hija; traía bastante dinero ahorrado en varios años de trabajo para vivir tranquilo en esta tierra, y después de sufrir recios temporales entre las Canarias y la Coruña, una noche.....

Aquí el desconocido volvió á llorar, á sollozar y á desesperarse.

Se le dió un trago de agua; le consolamos y continuó con voz desgarradora:

—Una noche, en ese mar Cantábrico, que ha hecho tantas víctimas, estaba yo sobre la cubierta del barco, y de pronto me sentí den-

Digitized by Google

tro del agua, y no supe más de mí, porque se me llenaron los ojos, las orejas, las narices y la boca de un líquido salado, corrosivo, horrible, y me ahogué..... juro á ustedes por Dios..... que me ahogué y que morí sin acordarme de nada ni de nadie.

Volví á la vida encontrándome en un bote atracado á la costa y me ví rodeado de marineros.

—¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde están?—pregunté á un marinero que me ofrecía un vaso lleno de aguardiente.

—Nuestro buque se hundió con todo cuanto traía y sólo nosotros hemos podido salvarnos para contar el caso..... ¡ea!..... ¡arriba!..., aquí está la Comisión de Auxilios de Santoña y ella se encargará de nosotros..... ¡arriba!.....

Hecho un imbécil, sin darme cuenta de lo que sucedía, sin querer dar crédito á aquellas palabras, intenté levantarme, pero era imposible..... por boca, narices y orejas me salían chorros de agua; tenía yo la ropa pegada al cuerpo y sentía en el alma un dolor profundo, inconcebible, inexplicable. Era yo el más infeliz de la tierra; todo lo que tenía para vivir traquilo estaba en el fondo de aquel mar encrespado y horrible. ¿Para qué había yo salido de mi patria? ¿Para qué traje conmigo á aquellos seres tan buenos y tan dichosos?

Digitized by Google

¿Para qué, en fin, me volvía Dios la vida, si nada grato me quedaba en el mundo?

Y el hombre volvió á llorar, gritando desesperado, presa de angustia suprema.

Los que presenciábamos la escena, sabíamos por la prensa los constantes naufragios que se habían sucedido en el mar Cantábrico; se nos había pedido un óbolo para auxiliar á las familias, y cada día recibíamos noticia de que los españoles residentes en América organizaban comités para reunir dinero y socorrer tan gran desgracia.

Todos nos apresuramos á aliviar á aquel compatriota; le alentamos, le dijimos cuanto nos salía del alma en aquellos momentos, y el General Corona le aseguró que lo volvería á México, dándole entretanto los medios para vivir en Madrid honestamente.

Había una circunstancia: el General había conocido á aquel hombre en Tepic, en la época de su mayor prosperidad como comerciante.

Se le atendió desde luego; el General nos detuvo á todos para que le acompañáramos á la mesa, en la cual el náufrago ocupó un asiento de preferencia.

Allí continuó relatándonos sus dichas pasadas y sus infortunios presentes; nos describió sus sencillas costumbres en México, nos

Digitized by Google

habló de su mujer y de su hija, á la cual amaba entrañablemente, y hay que confesarlo: todos comimos un pan empapado en lágrimas.

Siempre duele la desgracia ajena, pero en aquel caso, tratándose de un compatriota, con los detalles que he descrito, nuestro dolor era como propio y muy intenso.

Creo que ninguno de nosotros pudo dormir bien esa noche; yo soñé un mar tempestuoso, un buque que se hundía, y hasta creí ver á mis más amados seres demandando misericordia entre las olas.

.....

No se decepcione el lector. Aquel hombre fué pródigamente socorrido con una buena cantidad que el General puso en sus manos; se despidió de todos llorando y prometiendo que no volvería á salir de México y que nunca se borrarían de su corazón nuestros nombres.

A los pocos días, mi amigo el Coronel Agustín Lozano, que era nuestro cónsul en Santander, nos participó que la policía había metido en la cárcel á un ebrio, consuetudinario, de nacionalidad mexicana, que durante varios meses había estado escandalizando en las tabernas y que era un jugador y un reñidor peligroso é incorregible.

Digitized by Google

El jefe de la policía consultaba á la Legación, porque el reo era mexicano, tomar una medida de las más enérgicas, en vista de sus faltas graves y repetidas.

Aquel reo era el náufrago que nos sorprendió conmoviendo nuestros corazones, y que, en efecto, se ahogaba desde muchos meses antes, sin que lo supiéramos, en el encrespado mar de los más repugnantes vicios.

Digitized by Google

Una rica fembra.

LLEGAMOS de paseo á la ciudad de Guadalajara (en España) y habíamos hablado de las ciudades que con ella ocupan los puntos cardinales de la provincia: Sigüenza, notable por sus dignidades eclesiásticas; Molina, cuyo nombre usaban los Reyes cuando viajaban de incógnito, y Brihuega, teatro de luchas sangrientas.

Bien instalados, nos fuímos á visitar la puerta de Bejanque y después el palacio del Duque del Infantado, cuya portada es admirable, y que tiene un salón de cazadores cuyos detalles del friso son una maravilla del arte.

Cruzábamos el admirable patio de dicho palacio, cuando á uno de nuestros acompañantes le ocurrió preguntarme:

—¿Conoce usted la historia de la rica fembra de Guadalajara?

—No, señor; no la he oído nunca.

Digitized by Google

—Pues óigala usted, porque es curiosa:

El hijo mayor del Maestre de Santiago, D. Alonso Enríquez, sobrino carnal del Rey D. Enrique II, se enamoró de doña Juana de Mendoza, nacida en Guadalajara el año de 1352. Era muy hermosa, muy rica y quedó viuda á los cuatro años de casada con el Adelantado mayor de Castilla, D. Diego Gómez Manrique de Lara, que murió en la batalla de Aljubarrota, al lado de D. Pedro González de Mendoza, señor de Hita y Buitrago.

De ese D. Pedro era hija doña Juana y era su hermano D. Diego, Almirante de Castilla, que sucedió en los señoríos á su padre don Pedro.

Cierto día, D. Alonso, prendado de los hechizos de la bellísima doña Juana, se le presentó disfrazado de paje del mismo, solicitando de ella aceptase por marido á D. Alonso, y escudándose con una carta en que el Rey D. Enrique II le recomendaba por sus cualidades.

Enfadóse la dama de que el Rey tratara de mezclarse en asuntos que no le interesaban, y cuando escuchó al paje una relación en que le describía con vivísimos colores la pasión de D. Alonso, le dijo:

—Calla, criado; ¿crees tú que yo me decidiera á contraer nupcias con el hijo de una judía?

Digitized by Google

El paje (que no era otro que el mismo don Alonso) se sublevó de ira al oir tal ofensa á su madre, y mudo como una estatua, descargó tremenda bofetada sobre la encantadora faz de doña Juana.

Esta se arrojó sobre él para matarle, pero lo impidieron los escuderos del palacio que á tiempo le habían aprehendido.

—Está bien — dijo la dama —; retenedle ahí mientras llega el cura de Santiago, á quien he mandado decir que venga inmediatamente.

—¡Jesús!—exclamaron todos—, van á confesar al paje para que muera con los auxilios espirituales.

Llegó el cura, presentóse á la dama, y ésta le dijo:

—Señor párroco: desposadme en seguida con este hombre; necesito casarme con él desde luego «porque no se diga que hombre alguno ha puesto la mano en mí no siendo mi marido».

Y al darle su mano, reconoció en el paje al mismo D. Alonso Enríquez, hijo del Maestre de Santiago y de una hermosísima judía de Guadalcanal, que se bautizó al fin y murió cristianamente.

A esa doña Juana se la llamó «la rica fembra de Guadalajara.»

Digitized by Google

El León Decrépito.

Los últimos días de Santa-Anna.—Sus amigos fieles.—Un viejo soldado. Su muerte y su entierro.—La fama y la popularidad.

Este no es un artículo histórico ni un juicio sobre un personaje tan discutido. Conocí al General Santa-Anna, cuando volvió á México, en los últimos días de su vida.

Me llevó á conocerlo el General Riva Palacio, y le ví en la casa número 6, de la calle de Vergara.

Desde niño había yo oído hablar de aquel personaje que tantas veces rigió los destinos de mi patria y que, como decían los de su tiempo, sólo le faltó ser llevado en andas de oro, porque siempre estuvo lleno de fausto, de consideraciones y de honores.

Recuerdo que cuando era yo niño, el asistente que me llevaba á la escuela me decía con entonación de asombro:

Digitized by Google

Siempre que Su Alteza Serenísima iba á los toros, le ponían en su lumbrera una charola de plata llena de onzas de oro, y él se las arrojaba á los toreros.

—¿Y de dónde le mandaban esas onzas?

—Pues yo creo que debían de ser de la Casa de Moneda—me contaba el pobre soldado—, porque todas eran nuevecitas.

Otras veces escuchaba en el estrado conversaciones como ésta:

—Ya no hay Corpus en México. ¡Qué diferencia entre estos Corpus raquíticos, y aquellos en que Su Alteza, vestido de gran uniforme, era recibido debajo de palio en la Catedral, y marchaba debajo de la vela en la procesión, seguido de los Generales, de los Magistrados y de los maceros del Ayuntamiento, de los colegiales de manto y beca, por las principales calles de la capital!

¡Y cuándo iba á San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), y paseaba frente á las mesas llenas de filas de onzas de oro!

Y cuándo iba á Jalapa, á Veracruz, al Ensero, y se encantanaban en Perote, para cuidarlo, más de seis mil hombres, y se veía á los principales personajes ir y venir en grandes guayines mientras aquí se preparaban grandes festejos para recibirlo.

Y cuándo se iba á Turbaco ó á Manza de

Digitized by Google

Claro y le llamaban para que volviera á la silla presidencial, y todos los que le criticaban en la ausencia, eran los más listos para apresurarse á darle la bienvenida.

Todo esto, dicho con entusiasmo por gentes de abolengo, de dinero, ó de posición política, despertó en mi ánimo la curiosidad de ver algún día al popular personaje que, según la pública opinión, había hecho la fortuna y la desgracia de no pocas familias, y que como todo el que asciende y culmina y manda, era objeto de simpatías y de odios perdurables.

Yo no podía formarme juicio imparcial sobre «Don Antonio», como le llamaban con cierta respetuosa confianza algunos amigos de mi casa.

Sabía que, como defensor del suelo en que naciera, había con gran valor y astucia arrojado de Tampico á Barradas, con sus españoles que pretendían reconquistarnos, y de Veracruz, al Príncipe de Joinville, con sus franceses, que anhelaban someternos al dominio de su rey.

Y sabía también que en Veracruz, en el muelle, es decir, en la puerta de la patria, había perdido, arrebatada por una bala extranjera, una de sus piernas, gloria que sus enemigos no comprendían, y que daba motivo

Digitized by Google

para que le llamaran el cojo de Santa-Anna.

Aquel hombre era la encarnación de un largo período de nuestra historia: se le imputaba una gran volubidad política, considerándosele como el origen de nuestros disturbios.

Siendo muy joven se lanzó á derrocar el imperio de Iturbide, hundiendo en el polvo el plan de Iguala y los tratados de Córdova, y la mañana del 2 de Diciembre de 1822 proclamó la República Federal, encontrando eco en los más bizarros campeones de aquel tiempo.

Muchos, y el mismo Iturbide, en su manifiesto dado en Liorna, le hacen el cargo de que su pronunciamiento contra el imperio fué ocasionado por resentimientos puramente personales, por ambición y por odios que abrigara en el fondo de su pecho.

A esto respondió Santa-Anna en un alcance al *Diario de Veracruz*, publicado el 28 de Diciembre de 1822, lo siguiente:

«Cuando dí el grito de libertad, no fué con ánimo de constituirme el primer jefe del Ejército libertador; fué determinación del momento y por hallarme á la cabeza de esta rica provincia, con objeto de ceder el mando á cualquier jefe que reuniese los sentimientos patrióticos y conocimientos militares con-

Digitized by Google

venientes. Afortunadamente, se ha presentado el recomendable y singular ciudadano Guadalupe Victoria, y á ninguno con más justicia y razón debe consignársele la dirección de esta majestuosa empresa. Este hombre extraordinario reune el completo de circunstancias que puntualmente necesita la gran nación mejicana para recobrar sus imprescriptibles derechos, y á éste es el genio benéfico á quien voy á consagrar mi obediencia y reverentes respetos. Así, pues, desde hoy mismo se reconocerá por general en jefe del Ejército libertador al referido ciudadano D. Guadalupe Victoria, y en consecuencia le prestarán obediencia todas las autoridades civiles y militares de esta ciudad y toda la provincia. Creo que esta justa determinación va á presentar á la nación y al mundo todo un hecho de desprendimiento que lo convencerá de que mis designios no han llevado otro objeto que su felicidad y libertad y no la ambición de gloria, que ha distado de mi corazón. Ésta siempre se ha cifrado en la salvación de mi cara patria, que espero se consiga bajo la dirección de nuestro general, ciudadano Guadalupe Victoria, genio destinado por la divina Providencia para tan agradable obra. — Veracruz, Diciembre 27 de 1822.— *Antonio López de Santa-Anna.*»

Digitized by Google

De seguro que Santa-Anna sabía que las clases opulentas y aforadas nunca fueron partidarias de la independencia de la patria, ni menos del sistema republicano, y que tenía que luchar contra ellas, afiliándosele para el combate aquellos generales, restos gloriosos de los insurgentes, que eran vistos por los aristócratas como rudos, ordinarios é incapaces de hablar, de escribir y de pensar como los de sangre azul.

La revolución de Veracruz desconcertó al partido borbonista y vino á determinar la fundación de la República, y unos meses más tarde, el 12 de Junio de 1823, que se dieran las bases para una constitución republicana y se declarase que el voto nacional estaba por la forma federal.

Todos estos recuerdos me inspiraban el gran deseo de conocer á Santa-Anna.

Yo no abrigaba hacia él ningún rencor, porque no viví en su época ni presencié muchos de los actos que le tornaran odioso ante sus contemporáneos, ni tengo noticia de que á mis ascendientes les hiciera favores; muy al contrario, más de una amargura le debieron en mi familia, lo cual no viene al caso ni hay para qué referirlo.

Digitized by Google

El diputado elocuentísimo y entusiasta, el abogado lleno de benevolencia y de ilustración, D. Joaquín M. Alcalde, había sido defensor de Santa-Anna cuando al volver al país le encerraron en la fortaleza de Ulúa y le condenaron á muerte.

Alcalde le salvó la vida, y él, que ya no tenía manera de pagar con dinero tan gran servicio, le regaló algunos objetos históricos, y entre ellos uno verdaderamente valioso.

Cuando en México estaban conturbados los ánimos por la noticia del arribo de Barradas frente á Tampico, una noche concurrió con su familia al Teatro Principal el general don Vicente Guerrero, que era entonces Presidente de la República.

De pronto, y cuando estaban en lo más interesante de la representación, un hombre vestido de cuero, con sombrero ancho, lleno de polvo, abrió la puerta del palco de Guerrero, y entró para darle unos pliegos.

Las gentes miraron con gran curiosidad lo que sucedía, sorprendieron la emoción que embargaba al caudillo del Sur cuando acabó la lectura, y animados por igual presentimiento, se pusieron de pie, como esperando que el Presidente diera cuenta al público de algo satisfactorio para la patria.

Digitized by Google

En efecto, Guerrero se puso de pie y dijo con voz sonora:

—Mexicanos, tengo que daros una gran noticia que llenará de regocijo á todos los corazones; el brigadier Santa-Anna ha hecho capitular á Barradas en Tampico, lo ha vencido, salvando la honra de la nación, y como justa recompensa voy á enviarle esta faja de general que traigo puesta, para que se la ponga con toda solemnidad y como un justo ascenso, en pleno campo y delante de sus soldados.

—¡Viva México! ¡Vivan Guerrero y Santa-Anna!—fueron los gritos con que todos respondieron á las palabras del Presidente.

Se suspendió la representación; actores y público gritaban con entusiasmo; la noticia cundió con la velocidad del relámpago; todas las torres, las fachadas y los balcones se adornaron en breves instantes con candilejas, banderas, cortinas y gallardetes; las gentes se abrazaban en las calles, y fué una noche de tanto regocijo como la del 15 de Septiembre.

Aquella misma faja ó banda de general, Santa-Anna se la dió á Joaquín M. Alcalde, diciéndole:

—Es el mayor tesoro que tengo en la vida; pero como á usted le debo esa vida, se la doy para que la guarde en mi nombre, recordan-

Digitized by Google

do que la tuvo puesta muchas veces el indomable é inmaculado patriota D. Vicente Guerrero.

Santa-Anna volvió á México ciego y pobre. Todas las tardes se reunían á conversar con él algunos antiguos amigos suyos, y Alcalde y Riva Palacio le buscaban para recoger de sus labios anécdotas y hechos de grande importancia histórica.

Aquel hombre que siempre estuvo rodeado de grandes cortejos, que se le presentaban las armas, se le llamaba alteza, y á su paso todas las cabezas se descubrían respetuosamente, acababa los días de su existencia en el mayor olvido.

Era un león decrépito; sin garras, sin colmillos, sin la melena real que en otros años formara su distintivo de grandeza.

El doctor José María Bandera, á quien Santa-Anna, una vez que le vió, siendo niño, recibir muchos premios en San Juan de Letrán, le dió un premio particular, consistente en una beca, iba á visitarle agradecido, y una tarde le examinó los ojos y le dijo:

—Señor general, la ceguera de usted es curable; yo puedo quitar esas cataratas y devolverle la vista.

Digitized by Google

—No consentiré en eso, señor doctor, porque me haría usted un gran perjuicio.

—¿Perjuicio, señor general? no me lo explico.

—Si, estando ciego, al volver á mi patria, he palpado tantas ingratitudes... ¿qué cosas vería, si me volviera usted á abrir los ojos? ¡No, yo no quiero ver eso; déjeme usted hundido en las tinieblas, así estoy más tranquilo!

Una tarde se presentó buscando á Santa-Anna un hombre del pueblo pobremente vestido y cargado de años.

Pidió hablar personalmente con su general, á quien quería entregar algo muy interesante.

Le hicieron entrar; encontró á Santa-Anna rodeado de varios amigos de confianza; lo contempló largo rato como sorprendido de verlo tan cambiado y ciego, y al fin le dijo con voz entrecortada por la emoción:

—Mi general, yo serví muchos años á su lado; estuve en Tampico y en Veracruz, y asistí aquí á la inauguración del monumento que se levantó en Santa Paula, para conmemorar los restos de la pierna que perdió usted el 5 de Diciembre de 1838, cuando rechazamos hasta el castillo de Ulúa á los franceses que mandó el rey Luis Felipe. Después, mi general, cuando el pueblo se pronunció

Digitized by Google

contra usted, el 13 de Agosto de 1855, yo ví derribar el monumento, y ví también, con las lágrimas en los ojos, cómo arrastraban la pierna de usted, gritando por las calles:

«¡Muera el zancarrón de Santa-Anna!»

Corrí gritando lo mismo para que me creyeran de los suyos, cogí los huesos y después de mucho me los llevé á esconderlos, y mi mujer y yo pedimos á Dios que nos concediera algún día devolvérselos á usted. Mi mujer ya murió, señor general; pero yo, cumpliendo con mi palabra, aquí traigo á usted esos huesos que con tanto respeto he guardado. Aquí están en esta caja, y usted los mandará enterrar donde guste.

Se levantó Santa-Anna, y contestó á su antiguo soldado:

—No puedo premiarte con un ascenso porque ya no soy nada, ni te puedo obsequiar con una onza de oro porque no me queda ni un solo real; pero hago contigo lo que se hace con un buen hijo...—y diciendo esto le abrió los brazos, lo estrechó entre ellos con cariño paternal, y le besó la frente.

De sus ojos sin luz y sin expresión rodaron lágrimas.

Digitized by Google

Santa-Anna pidió en sus últimos días al Gobierno del Sr. Lerdo, el reconocimiento de su empleo y el pago de sueldos atrasados; pero la Secretaría de Guerra y Marina, el 9 de Julio de 1874, se los negó, manifestándole que un Consejo de Guerra le había sentenciado á ocho años de destierro por conato de infidencia, y que, si había regresado á la República antes de cumplir la sentencia, era sólo en virtud de la gracia concedida en la ley de amnistía.

El 21 de Mayo de 1876, la casa número 6 de la calle de Vergara estaba de duelo.

El general Santa-Anna había fallecido á los ochenta y cuatro años de edad.

Yo fuí, acompañado de mi fraternal amigo y camarada de colegio Manuel Valenzuela, á verlo en su último lecho. Pocos, pero fieles amigos, le acompañaban, y entre ellos aquel honrado coronel Muñoz, que siempre llevó en el fondo de su sombrero de copa el retrato de su general y protector, á quien no olvidó ni un solo día en el largo destierro.

El coronel Muñoz lloraba como un chiquillo, y arreglaba con filial ternura las ropas, los cirios, los ramilletes de flores y las humil-

Digitized by Google

dísimas coronas con que la amistad había honrado á aquel personaje.

Recuerdo un detalle: un grupo del pueblo veía desde la calle flamear los cuatro cirios, y un individuo preguntó con curiosidad:

—¿Quién es el muerto?

—El general D. Antonio López de Santa-Anna.

—Y ¿quién era ese general?— preguntó un joven.

—Pues yo no lo conocí — respondió alguno;—dicen que fué Presidente.

—Ni yo tampoco lo conozco—dijo otro.

—Ni yo tampoco lo conozco—replicó otro.

Nadie pudo dar razón del renombrado personaje, y entonces le dije á Manuel Valenzuela:

—¿Qué te parece? ¿qué opinas de la fama?

—¡Hermano—me respondió—, así pasan las glorias de este mundo!

* * *

El entierro fué modesto, y el cadáver quedó sepultado en el cerro del Tepeyac, en esa eminencia bajo la cual está el templo adonde el que fué «Su Alteza Serenísima», llegó algún día rodeado de brillante séquito, vistiendo el lujoso manto de Gran Maestre de la Orden de Guadalupe.

Digitized by Google

El asistente Román.

CUENTO SEMI-HISTÓRICO

Una tibia mañana de Julio, cuéntanme que venía en arrogante caballo negro, de largas y sedosas crines, un oficial seguido de su asistente, por el camino que conduce de la fábrica de pólvora al bosque de Chapultepec.

Ambos escuchaban todavía las alegres notas del toque de diana, pues rayaba apenas el alba, y por el Poniente se hundía opaca y hermosa la luna que ya le faltaba poco para estar en llena.

Detúvose el oficial un instante para encender un cigarro, y al volver el rostro, vió tendido sobre el césped el cuerpo de un hombre vestido de negro.

—Román—gritó al asistente—acércate á ver que es eso—, y le señaló con la mano izquierda el lugar en que yacía aquel cuerpo.

En breves momentos, el soldado bajó del caballo, puso en tierra la rodilla y examinó con interés y detenimiento lo que tenía delante de sus ojos.

Digitized by Google

—Mi capitán—agregó;—es un joven decente, que está muerto por arma blanca y arma de fuego.

Apeóse al punto el oficial, y juntos contemplaron y examinaron el cadáver.

Era de un hombre como de veinte á veintidos años, de mediana estatura, con traje negro de levita, flamante, con la cadena de oro y el reloj en su puesto; no estaba rígido, y el soldado que le tocó la frente, las mejillas y los labios dijo con acento seguro:

—Comienza á enfriarse. No ha de hacer mucho que expiró, pues todavía le brota sangre de la sien izquierda.

—De veras, mira que gran boquete abrió la bala.

—Ha de haber sido de calibre 44, ¿verdad mi jefe?

***

El capitán miraba con tristeza aquel rostro blanco como el mármol, de buenas facciones, con bigote y barba bien poblados, tendido sobre el césped que envolvía sus contornos como en un marco de esmeralda.

La sangre brotaba y corría sin ser vista, porque la ocultaba ese mismo césped bien crecido, y en esa hora sapilcado por menudas y brillantes gotas de rocío.

Digitized by Google

—Aquí tiene una metida—agregó el soldado.

Fijóse el oficial y encontró en efecto que sobre el epigastrio, en lo que el vulgo llama la boca del estómago, tenía otra herida como de estilete ó bayoneta.

—¡Qué barbaridad!—exclamó.—A este infeliz lo ha matado alguien lleno de odio, de rencor, de venganza... quién lo sabe...; es preciso dar parte á la fábrica para que tomen algunas disposiciones. Quédate aquí Román, para que no vaya alguno á robarle las prendas que tiene encima, y yo en seguida vuelvo.

Diciendo esto, el oficial montó de nuevo, aguijoneó con los acicates á su caballo y en un decir Jesús, desapareció corriendo en dirección del cuartel, de donde había venido.

Cuando el asistente, que era ya viejo, y como hombre del pueblo devoto y no exento de supersticiones, se encontró sólo junto al muerto, volvió los ojos para todos lados, y seguro de que no tenía testigos, los levantó al cielo buscando algo en su azul limpio y diáfano, y no encontrando más que el sol que ascendía majestuoso en el Oriente, lleno de vivos resplandores, teniendo de la brida á su caballo, se arrodilló con la cara hacia el astro-rey, y con la beatífica actitud de un inca, se puso, santiguándose devotamentente, á re-

Digitized by Google

zar un sudario por el alma de aquel desconocido.

Mascullaba las últimas palabras de sus oraciones, cuando vió venir á lo lejos un grupo de jinetes por el camino de la fábrica.

Se puso de pie, montó de nuevo, y callado como una estatua, siguió cuidando el cadáver con la serenidad del que obedece y cumple una consigna.

No tardaron gran cosa en aproximarse los qne con el oficial venían, pues no eran otros los del grupo que divisara el asistente. Miraron con curiosidad y sobresalto el pavoroso cuadro; otro oficial dictó algunas disposiciones para avisar á la Inspeción general de Policía, y el que ya conocemos, y á quien urgía llegar á la ciudad, continuó seguido del soldado, su camino para México.

—Qué mal desayuno hemos tenido, Román—dijo el oficial amargamente.

—Pobre señor—repuso el dragón—; ni siquiera murió como se debe.

—¿Pues como crees tú que se debe morir?

—Mi jefe, yo creo que en campaña ó en la cama; pero con los auxilios cristianos.

—Ya te veía yo venir, viejo mocho. Con razón serviste á los religionarios.

Estoy seguro de que mientras fuí á la fábrica, tú le rezaste al muerto.

Digitized by Google

—La verdad, sí, mi capitán; ¿para qué negarlo? ya le eché un sudario.

—¿Y para qué podrá servirle?

—Son cosas que me enseñó mi madrecita, y puede que sí le sirvan.

—Mira Román, ese cuerpo ya no tiene alma.

—Pues á su alma le eché el sudario, mi jefe.

—¿Pero tú no sabes adónde va el alma?

—Todo cristiano lo sabe: al cielo, al purgatorio ó al infierno.

—No seas tonto; eso es rancio y falso: la más consoladora de las doctrinas es la metempsícosis.

—¿La meten... qué?—repuso el viejo azorado, al oir tan extraña palabra.

—La creencia de que el espíritu, el alma, lo que nos hace pensar y sentir, se pasa cuando uno se muere, á dar vida á otro sér, ¿me entiendes?

—¿De veras, mi capitán?

—Sí, hombre. Si uno se ha conducido bien en la tierra; si ha sido honrado, noble, generoso, caritativo y bueno, su alma pasa á dar vida á otro sér superior, y va ascendiendo; pero si no, si ha sido infame, cruel y vicioso, entonces transmigra á un sér inferior y degenera, pudiendo empequeñecerse y degradarse

Digitized by Google

tanto, que deja de ser alma, se convierte en instinto y pasa á dar vida á los animales.

—¡Qué cosas tienen los extranjeros! Mi capitán, yo no sabía nada de eso, ¿pero es de veras muy fuerte?

—Mira: ¿no te has encontrado en tu larga vida militar, caballos muy inteligentes, muy vivos, muy dóciles, que hasta parece que piensan como los hombres?

—Sí, mi jefe.

—Pues en esos hay un instinto que antes fué el alma de algún sér que no mereció el ascenso á nada superior.

—¡Qué cosas saben ustedes los jefes!

Quedóse el dragón pensativo y cabizbajo, y á poco de andar mira que el caballo del oficial, asustado por una gran piedra que encontraron en medio del camino, se encabrita, comienza á dar reparos, y el oficial irritado le fustiga con tal fuerza, que el pobre animal se encogía temblando á cada latigazo.

—Mi capitán, por Dios, no le pegue tanto, no le pegue así, no vaya á suceder que esté usted cometiendo un crimen.

—¿Qué dices?

—No vaya á ser que en ese animal esté el alma de su señor padre, mi capitán, y que usted sin saberlo, lo esté maltratando como á un enemigo.

Digitized by Google

—¡Canalla! — respondió el oficial—, ¡qué bien has entendido la doctrina de la transmigración! Si no te quisiera tanto, te daba una cintareada soberbia.

En estas y en las otras, llegaron á la ciudad y se dirigieron á Palacio.

Digitized by Google

La previsión de Lucas.

Lucas, á quien cuando era yo muy joven conocí y traté con frecuencia, era un carpintero muy honrado, cristiano á carta cabal, enemigo del alcohol y de las parrandas y muy dedicado á aprovechar todas las horas del día, para ganar el pan con el sudor de su frente.

¿Qué es un carpintero? Nuestro inolvidable y malogrado poeta José María Bustillos, lo ha dicho hermosamente:

«Es un mago sagaz de alma sincera,
Que con afanes duros y prolijos,
Convierte las migajas de madera,
En migajas de pan para sus hijos.»

Y en efecto, Lucas se había casado muy joven, con una mujer honesta, hija única de una lavandera de fino, y cuando yo le conocí tenía cinco hijos.

Era la época en que yo concurría con puntualidad irreprochable á todas las sociedades literarias, artísticas, mutualistas, etc., que me

Digitized by Google

honraban nombrándome su socio, y tomaba parte en la eterna discusión de los reglamentos y de los programas de aniversario.

En dos ó tres de aquellas sociedades me encontraba á Lucas y llegué á quererlo por humilde, por bonachón, por honrado, por trabajador y porque me cayó en gracia cuando me dijo un día:

—Señor D. Juanito, se me figura que eso de escribir versos ha de ser para mí tan difícil como para usted darle buen punto á la cola.

—¿A qué cola, Lucas?

—Pues á la de pegar, ¿cree usted que es tan fácil darle un buen temple? A mí cuando era aprendiz me tuvieron mucho tiempo meneándola en el jarro, y hasta que la supe hacer no me ascendieron á manejar el cepillo.

Me demostró aquel hombre que el oficio de San José era tan complicado y tan difícil de aprenderse, como la carrera de marino, por ejemplo.

Un día, como prueba de gran cariño, me llevó á su casa, me presentó á su familia y me comprometió á visitarlo una vez por semana.

Cuando fuí de toda confianza en aquel hogar tan pobre como honrado, me dijo Petra, la esposa de Lucas:

Digitized by Google

—¡Ay, Señor! Pídale usted á Dios que le quite á Lucas lo agarrado, porque ya no puedo con estas criaturas.

—¿Lo agarrado?

—Sí señor, de todo lo que gana, y ya sabrá usted que no es mucho, aparta una tercera parte, y quién sabe en qué la emplea, nunca me lo ha dicho ni he podido averiguarlo. Si fuera jugador, diría que se lo daba á las cartas; si bebedor, al vino; si enamorado, á las mujeres; pero en honor de la verdad, es un justo; parece un santo; usted lo ve, y sin embargo, me rebaja el salario, me corta el gasto, es muy mezquino, no me deja un centavo para comprar lo que se me antoje, y cada día es peor.

—Pero Petra—le respondí—, yo no puedo meterme en esas cosas.

—Dígale usted algo...

—No, no; yo no me ingiero en lo que no me atañe.

Tanto insistió, que algún día, con mucha suavidad le dije á Lucas algo, no se en qué forma, ni aprovechando qué ocasión oportuna.

—Señor—me dijo—, todo lo que estoy quitando á mi mujer y á mis hijos, es en bien de mi mujer y de mis hijos.

Y nunca le saqué de esta muletilla, que debo confesar que no la entendí por lo pronto.

Digitized by Google

Corrió el tiempo, marché á Europa, y á mi regreso fuí una tarde á la casa de mi padre y me encontré con que le habían hecho el duelo á una antigua mesita, de estorbo, que destrozó un chicuelo travieso y que había sido construída por Lucas.

—¿Y dónde está Lucas?—pregunté con curiosidad—hace años que no lo veo.

—No hemos sabido nada—me respondieron.—La accesoria en que estuvo su carpintería está cerrada, y ya ni rótulo tiene.

No volvimos ha hablar de esto.

Pasados algunos meses; un domingo, iba yo distraído por la calle; de pronto, un jovencito bien vestido y de fisonomía simpática, corrió á alcanzarme y me dijo:

—Señor, allí viene mi mamá, quiere hablar con usted dos palabras.

Me detuve, volví la cara, esperé unos minutos, y en la señora que se acercaba reconocí á Petra. La acompañaban todos sus hijos.

Ya no vestía tan humildemente como cuando yo la conocí, y me pareció hasta más cortés y más ilustrada.

Me refirió, con los ojos llenos de lágrimas, la muerte del buen Lucas, y concluyó por revelarme lo siguiente:

—Mi marido pagaba con aquellas cantida-

Digitized by Google

des que nos sustraía, con gran disgusto de mi parte, una Póliza de seguros sobre la vida, por valor de 1.000 pesos. Con esa cantidad hemos establecido una casita de comercio; en ella nos va muy bien; mis hijos se educan en buenos colegios, y yo, que no le olvido, bendigo su previsión y pido constantemente á Dios por su alma.

—Ya ve usted—le dije—como Lucas tenía razón; lo que quitaba á su mujer y á sus hijos, era en bien de su mujer y de sus hijos.

Digitized by Google

¡Pobre Enrique!

Una mañana, al salir de casa, me encontré con un empleado federal, que me dijo:

—Anoche se ha muerto el Administrador de Correos de Orizaba; queda una buena plaza vacante.

—¿Quién dice usted?

—El Administrador de Correos de Orizaba; sí señor; un español que se apellida Guasp.

—¡Ah! ¡Pobre Enrique! ¿Usted no le conocía? ¿No supo quién era?

—Supe lo que acabo de decirle, que era Administrador de Correos de Orizaba.

—Hombre, eso lo puede ser cualquiera, pero Guasp fué algo más en tiempos pasados.

Y se me vino á la memoria toda una época en que el entusiasmo por el arte dramático me obligó á abandonar las cátedras y á no salir de entre bastidores.

Guasp vino á México muy joven, en 1868; había nacido en Palma de Mallorca, en 1843; era hijo de un honrado y valiente militar car-

Digitized by Google

lista, D. Damián Guasp y Castelló y de doña Manuela de Péris, vizcondesa de San Román.

Lo dedicaron desde su primera juventud á la Marina, pero él amaba con viva pasión el arte escénico, luchando, como era natural, con las preocupaciones de su familia, que consideraba á todo actor como un miembro gangrenado del cuerpo social.

Sirvió en algunos barcos de guerra y se batió en defensa de Isabel II, con el mismo ardimiento con que su padre se había batido cien veces defendiendo al hermano de Fernando VII, á aquel Carlos V, que costó mucha sangre á España.

Vino á Cuba condecorado con dos cruces, y en alguna ocasión en que se tuvo necesidad de dar una función dramática en beneficio de los heridos y de los hospitales de sangre, trabajó como actor y se conquistó estrepitosos aplausos. En otra función contribuyó á fundar el hospital que estableció la condesa de O'Reylli.

Cegado por la gloria que tantos laureles diera á Julián Romea, se separó del servicio militar é ingresó en la compañía de D. Ceferino Guerra, recorriendo la isla, y después haciéndose aplaudir en Madrid en muy buenos papeles.

Era un galán elegante en el vestir, fino en

Digitized by Google

las maneras, correcto en el hablar, delicado en la interpretación de las escenas difíciles de las comedias de costumbres, y rumboso y apuesto en las de capa y espada.

Pronto ascendió entre aplausos á lugar prominente, y al fin fué director de una Compañía, y así le conocimos en México los estudiantes de los años del 1868 al 1875.

En 3 de Agosto de 1875, presentó al Gobierno un proyecto para impulsar á nuestros autores dramáticos y formar una Escuela de Declamación. Lo publicó y lo encomió con entusiasmo *El Federalista,* el diario de gran renombre y de gran importancia en la prensa mexicana. El Gobierno le concedió una subvención, y su Compañía representó muchas obras de Peón Contreras, entre ellas *Las Hijas del Rey,* por la cual Peón fué laureado con solemnidad inusitada.

Interpretó las obras de nuestros grandes dramaturgos, y sus manos coronaron las frentes de Juan A. Mateos, de Alfredo Chavero, de Rafael de Zayas Enríquez, de Roberto A. de Esteva, de Emilio Rey, de Gustavo Baz, de Maximiliano Baz, de Alfredo Torroella y de otros muchos.

Un día, en una escena palpitante, cayó de rodillas ante la dama, pero al tocar con ellas las tablas, sintió un dolor agudo, su fisono-

Digitized by Google

mía se contrajo con profunda expresión de pena, pero se sobrepuso al padecimiento físico y concluyó su papel, sereno y arrogante, ganando como siempre al caer el telón, una estrepitosa salva de aplausos.

Después de la función se fué á la cama, muy grave de dolencia aguda en la rodilla. Así permaneció varios meses. Todos los actores se asociaron para ayudarle, y se dió una función en que tomaron parte las señoras Cañete y Belaval y la señorita Méndez; los actores Muñoz Antonio, Escalante, Grau, Loza, Villanueva, Poyo y Areu, y los profesores Dr. Julio Clement, Luis G. Morán, Gustavo Guicheune y Fernando de Domec.

El beneficio fué espléndido, pues desde el *Diario Oficial* hasta el último periódico, invitaron á la Sociedad mexicana á que coadyuvara para auxiliar al simpático artista.

Algunos ensueños de oro le acariciaron durante su enfermedad. ¿Volvería á España? Él guardaba una carta de la reina Isabel, en que le decía:

«Mucho siento no haberte visto á tu paso por París, para haberte manifestado de palabra mi mucho agradecimiento por tu constante lealtad.

»Deseo que te presentes con esta carta á mi querido hijo, á quien yo te recomendaré, para

Digitized by Google

que te atienda como mereces; en lo cual tendrá verdadera satisfacción tu afectísima, *Isabel de Borbón*».

Guardaba otra del general Jovellar, Capitán general de la Isla de Cuba y Ministro de la Guerra (estaba en campaña), en que le decía:

«Desde aquí escribo de nuevo al Ministro de Estado reiterándole la recomendación que le tengo hecha, para que le nombre á usted Cónsul de México».

Por otra parte, el Sr. Lerdo de Tejada se había acogido al patriótico pensamiento de la restauración del teatro, y Guasp esperaba mucho de este asunto.

En medio de sus penas soñaba con muchas venturas, pero el mal siguió creciendo, y al fin estalló en una gravedad extrema.

Comprendió que ya no era apto para el trabajo del teatro.

El cáncer le hizo perder una pierna después de atroces sufrimientos.

Retirado de la escena, solicitó un empleo para vivir, y como era por nacionalización mexicano, sus antiguos amigos se interesaron porque ingresara al servicio postal, y llegó al mejor puesto de la oficina de Correos de Orizaba.

Cumplió como bueno, como él sabía cumplir, porque era pundonoroso y honrado.

Digitized by Google

Fué más tarde inspector del ramo, pero su enfermedad era un obstáculo para los frecuentes viajes, y logró que se le repusiera en su anterior empleo.

Allí perdió la otra pierna, y sin embargo, fuerte de voluntad y de espíritu, se hacía conducir en un sillón de ruedas y todo lo vigilaba, todo lo veía y de todo daba cuenta.

¡Pobre Enrique! Amaba con entrañable amor las letras, quería como hermanos á los artistas y á los poetas, consideraba tiernamente á los que sentían vocación por el teatro, y para él, México era una patria á la que daba todo su corazón agradecido.

Trabajó mucho en bien del arte nacional, antes de consagrarse al recuento de timbres postales y al peligro de ser destituído y desdeñado.

Cuando yo le veía enfermo, con el semblante lleno de reprimida tristeza, mutilado y pobre, venían en tropel á mi memoria los días felices en que, al recitar los sonoros versos de García Gutiérrez, de Echegaray ó de Eguílaz, nos transportaba á los ideales mundos del entusiasmo y nos obligaba á aplaudirlo y á aclamarlo.

¡Pobre Enrique! Entonces los poetas de renombre le rodeaban, las familias principales asistían á sus espectáculos y le llenaban de

Digitized by Google

regalos en su noche de beneficio; los periódicos le llamaban restaurador del teatro nacional, y más de un literato de valía le llamaba hermano.

Cambió la escena, la decoración alegre fué sustituída por una triste y desoladora, cayó el telón negro y quedó á bregar y á sufrir sin tregua el actor enfermo, que guardaba con rubor sus laureles entre los viejos trapos que le sirvieran para disfrazarse de emperador ó de galán infortunado.

La desnuda realidad de la vida se presentó á sus ojos, y la pobreza se le sentó al lado, amenazándolo con horribles días en frente de sus hijos.

¡Pobre Enrique! Trabajó en la oficina, cumplió como bueno; y al fin, un día, hace poco, pasó del cochecillo de ruedas en que le conducían, al negro coche que conduce al cementerio.

Su nombre no era desconocido á los pensadores, á los hombres de letras, y no sólo, sino que había sido—digámoslo claro—mimado de la fortuna y coronado por la gloria.

Y sin embargo, al comunicar su fallecimiento, el telégrafo sólo podía decir: «Ha muerto el Administrador de Correos de Orizaba».

Eso puede serlo cualquiera. ¡Era algo más el pobre Enrique, á quien mi corazón no olvida!

Digitized by Google

Cómo entró en México

el ejército trigarante el 27 de Septiembre de 1821.—Narración de un viejo asistente.

Me acuerdo de todo como si lo viera—dijo el viejo soldado, masticando la colilla de un puro recortado que amenazaba quemarle las blancas y gruesas hebras del bigote,—me parece que está sucediendo todavía lo que sucedió entonces.

Ya se sabía en México que iba á entrar por las calles el ejército de las tres garantías, y las gentes estaban ansiosas de ver por la primera vez tremolando libre en las manos de los guerreros el pabellón verde, blanco y encarnado.

Se hacían grandes preparativos para recibir al ejército, y como el Ayuntamiento no tenía dinero, un español, que era alcalde, don Juan José de Acha, facilitó 20.000 pesos, sin ningún rédito, á fin de dar brillo á la fiesta.

No ha vuelto á haber regocijo más grande

Digitized by Google

en esta tierra, ni he visto entrar un cuerpo de ejército más numeroso que aquél por estas calles de Dios.

—¿Tú eras de Iturbide?—le pregunté interrumpiéndole.

—No, nunca fuí de Iturbide; yo—agregó el inválido cuadrándose, dejando dos lágrimas y suspirando—fuí soldado del gran Morelos y luego me incorporé á las fuerzas del Sur con mi general Guerrero, y con esas fuerzas, que formaron parte del ejército trigarante, entré en México el 27 de Septiembre de 1821.

Desde la víspera, obedeciendo la orden dada el día 25, nos habían reunido á todos los cuerpos en Chapultepec para venir en columna mandados por D. Agustín de Iturbide.

Como veníamos muchos, sobre todo los verdaderos insurgentes, desnudos y descalzos, nos vistieron con unos uniformes que habían servido al Regimiento del Comercio, y que nos parecieron flamantes, aunque en realidad estaban muy usados.

Por cierto que nos consolábamos repitiendo de memoria las palabras de la proclama del día 20, en que se nos recomendaba el orden y la compostura para entrar á la capital.

«Soldados: no os aflija vuestra pobreza y desnudez; la ropa no da virtud ni esfuerzos,

Digitized by Google

antes bien, así sois más apreciables, porque tuvisteis más calamidades que vencer para conseguir la libertad de la patria.»

—Háblame de la entrada del ejército trigarante, dime cómo fué, cómo desfiló, cómo lo recibieron.

—Hacía un sol muy hermoso, era un día claro, brillante, limpio; parecía que los cielos y la tierra estaban tan alegres como nuestros corazones. Y era natural, todos teníamos fe en Iturbide y en el porvenir. No había todavía desengaños, ni tristezas, ni odios; ¡ah! ¡qué hermoso, qué hermoso día 27!...

Al frente de la columna marchaba Iturbide, sin distintivo, montando en un gran caballo negro, rodeado de su Estado Mayor, y arrogante como una estatua.

—¿Era muy querido Iturbide?

—El día 27 era idolatrado por todos, hasta por los soldados de Hidalgo y de Morelos, y la verdad es que en el plan de Iguala, en su proclama, nos había dicho:

«Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores el año de 1810... fijó también la opinión pública de que la unión general entre europeos y americanos, indios é indígenas, es la única base sólida en que puede descansar nuestra común felicidad». Decir esto, y solicitar el concurso del general Guerrero,

Digitized by Google

nos hizo á todos obedecerlo, y ¿por qué no he de decirlo?... ¡Venerarlo!

—Montaba muy bien á caballo y tenía distinción y garbo en sus movimientos. Entramos por la calzada de Chapultepec á la gaula de la Piedad, tomando luego el paseo de Bucareli, la avenida de Corpus Christi hasta la calle de San Francisco, donde frente al convento se levantó un arco de triunfo, debajo del cual esperaba el Ayuntamiento. Al llegar allí, el general Iturbide descendió del caballo y recibió en un azafate de plata y de manos del coronel D. José Ignacio Ormaechea, alcalde de primera elección, unas llaves de oro, que simbolizaban ser las llaves de la ciudad.

Un momento las tuvo entre sus manos Iturbide, y luego se las devolvió al coronel Ormaechea, diciéndole con voz robusta y clara:

«Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que puede hacer la felicidad común, las devuelvo á vuestra excelencia, fiando de su celo que procurará el bien público, al cual representa».

Montó de nuevo á caballo, marchando seguido del Ayuntamiento á pie, y de las parcialidades de indios de Santiago y San Juan, has-

Digitized by Google

ta el palacio sobre el cual ondeaba ya nuestra bandera.

No puedo describir el entusiasmo, la alegría, la locura, el vértigo de placer que dominaba á todos los mexicanos, sin distinción de sexos, de edad, de rangos, ni de bienes de fortuna.

Todas las casas estaban literalmente cubiertas de flores y colgaduras con los colores trigarantes. En los balcones despedían vivísimos rayos los platos y jarrones de oro, de plata y de porcelana de China, pues las mejores piezas de cada vajilla se ostentaban como adornos distinguidos.

Las señoras lucían en sus trajes y en sus peinados los colores verde, blanco y rojo, y por donde pasaba el primer jefe atronaban el aire los vivas, los aplausos y las exclamaciones de la más intensa alegría.

Iturbide sonreía satisfecho; saludaba con afabilidad y con aristocrática atención á todos, hasta que se perdió de vista al entrar á palacio.

Apareció á pocos instantes en el balcón principal, y entonces desfiló en su presencia todo el ejército.

O'Donojú, que le recibió en el palacio donde debió haber gobernado como virrey, le acompañó á presenciar el desfile en unión de

Digitized by Google

distinguidos personajes, principalmente los miembros de la Diputación provincial, que allí lo agasajaron al saludarle.

No había en aquellos momentos un rostro triste, ni un corazón desesperanzado, ni una boca maldiciente, ni una mano pérfida. Abrazábanse unos á otros los desconocidos, en las calles, como si fueran hermanos ó amigos íntimos; los soldados no sentíamos el ardor del sol, ni las fatigas de la marcha; no teníamos sed, ni nos incomodaba el polvo. Cada batallón, cada regimiento, cada grupo era saludado con vivas y aplausos nutridos desde las calles hasta las azoteas, y cuando pasábamos los soldados del Sur, los que habíamos peleado sin tregua once años en las montañas, los que formábamos la legión indomable del general Vicente Guerrero... ¡ah!, entonces el entusiasmo rayaba en delirio; nos arrojaban flores, nos decían miles de ternuras, y nosotros, llenos de gratitud, nos sentíamos orgullosos de nuestro pobre aspecto, de nuestros harapos, de nuestras viejas armas y hasta de nuestra piel ennegrecida, tostada por la lumbre del cielo del Sur, y por la pólvora de los combates.

Éramos allí lo más grande ante los ojos del pueblo; éramos los «insurgentes»; descendíamos en línea recta de Hidalgo, de Morelos,

Digitized by Google

de Abasolo, de Galeana, de Aldama, de Allende, de todos aquellos que fueron excomulgados, odiados, atormentados y asesinados al fin por nuestros enemigos.

Por esto el pueblo pobre, el pueblo humilde, el que siente muy á lo vivo las desgracias, los duelos, las tristezas y los sacrificios de sus hermanos que lo comprenden, lo aman y lo defienden, se conmovía y gritaba con júbilo y la gratitud que escondía en su pecho desbordaba al vernos desfilar delante de sus ojos.

***

Ya no era soldado de los virreyes, yo había surgido con Hidalgo, y la mejor oración que brotó de mi alma, la recé en la misa que el gran Padre de la patria celebró sobre el Monte de las Cruces...

El viejo inválido dejó rodar de sus ojos otras dos lágrimas, y recobrando su serenidad militar, prosiguió entusiasmado:

—Entramos en México más de dieciséis mil hombres.

Y no se equivocaba el buen viejo. Fueron dieciséis mil ciento cuarenta y nueve hombres los que entraron en México aquel día en columna de honor, dividida en doce seccio-

Digitized by Google

nes de infantería, dieciséis de caballería, y la artillería, compuesta de sesenta y ocho piezas de todos calibres, y custodiadas por setecientos setenta y ocho artilleros.

En la infantería se contaban los regimientos de la Corona, de Celaya, Granaderos, Imperiales, Tres Villas, Guadalajara, «Santo Domingo», Cazadores de San Luis, de Fernando VII, Ligero del Imperio, Ligero de Querétaro, 20 de la Libertad, Fijo de Puebla, Cazadores de la Patria, Comercio de Puebla, Tlaxcala, batallón de la Lealtad, Guanajuato, Zacualtípan, Comercio de México, batallón 1.º Americano, regimiento Fijo de México, Constancia, Valladolid, batallón del Potosí, 1.º de la Unión, 2.º de México y la infantería del Padre Izquierdo, haciendo un total de siete mil cuatrocientos dieciséis hombres.

La caballería la componían: escolta de Iturbide, al mando del coronel D. Epitacio Sánchez, Dragones de México, Caballería de Echavarri, Dragones de Santander, Fieles del Potosí, Dragones del Rey, Sierra Gorda, San Carlos, Provinciales de México, Dragones de Valladolid, Moncada, regimiento de Toluca; Caballería del Padre Izquierdo, regimiento de Querétaro y del Príncipe, Dragones de Puebla, de Tulancingo, Apám, de la Libertad, de Alixco y de la Unión, Voluntarios del Va-

Digitized by Google

lle, Voluntarios Nacionales, Dragones de América, de Guanajuato, de la Sierra, de San Miguel, Chilpancingo, Dragones del Sur, Dragones de los Campeones, Santa Rita, compañías del Sur, escolta del general Guerrero (146 surianos), Flanqueadores, compañía de Monte Alto, Tehuacán y Temascaltepec, Dragones de Atzcapotzalco, de Xilotepec y de San Luis Potosí, haciendo un total de siete mil novecientas cincuenta y cinco plazas.

Después del desfile asistió el general Iturbide á un *Te Deum* en la Catedral, y en seguida escuchó el discurso que pronunció el doctor Gúridi y Alcocer, orador de fácil palabra, que había sido Diputado á las Cortes de Cádiz.

Terminado todo esto, dirigióse el primer jefe del ejército Trigarante al palacio, donde se efectuó un banquete de doscientos cubiertos.

El regidor D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, miembro de la Junta provisional, leyó una oda que le fué varias veces interrumpida por los aplausos, y que terminaba así:

«Hossanna, pues, hossanna, mexicanos,
Repitamos cien veces y otras ciento,
En inmortal contento;
Y digamos ufanos
¡Vivan por don de celestial clemencia
La «Religión», la «Unión», la «Independencia!»

Digitized by Google

Después del banquete, fué Iturbide al paseo, donde le saludaron con nuevos vivas; volvió al palacio, y allí el Ayuntamiento le obsequió con un refresco. En la noche asistió al teatro. Toda la ciudad estaba profusamente iluminada: en cada corazón se abrigaba las más hermosas ilusiones para lo porvenir, y los verdaderos «insurgentes», los que volvíamos de una lucha larga y terrible, pensando en la desgraciada pero gloriosa muerte de nuestros caudillos, nos consolábamos exclamando:

—«Si se ve desde el cielo lo que pasa en la tierra, estarán ya tranquilos y satisfechos todos los mártires de la causa de 1810; ellos, sin más elementos que sus esfuerzos propios, sin más baluarte que sus convicciones, sin otra fuerza que la del derecho y la de la justicia, derramaron su sangre generosa, y hoy el pueblo los bendice al consumar su independencia.»

El viejo asistente se quedó meditando y con la vista clavada en el infinito, como si delante de sus ojos desfilaran todos los que habían muerto por la patria.

Digitized by Google

En el camposanto

LOLA, amiga de la infancia, se casó con mi compañero de colegio Angel Vives, y el día en que se efectuó la boda, ella tenía veinte años y él no pasaba de los veintisiete.

Fueron muy felices, y el cielo les dió cuatro hijos que no exajero al compararlos con los ángeles; blancos, rubios, de grandes ojos, risueños, juguetones, primorosos, en una palabra.

Como ni el amor ni la riqueza dan la felicidad, al grado que sabe darla el nivel de educaciones, y Lola era tan educada y tan exquisitamente fina como su marido, en su hogar no hubo nunca desasosiegos ni malos modos, no se pronunció nunca una palabra mal sonante.

Angel era farmacéutico; fundó en lejano pueblecillo una botica, y con ella sostenía á la familia, consagrándose en las horas de descanso á recrearse con las gracias de sus hijos.

Digitized by Google

Luisito, el mayor de los cuatro, adoraba á su padre y no sabía comer ni dormir más que á su lado.

No era raro que comiesen en un mismo plato, y era de rigor que durmieran sobre la misma almohada.

Un día Angel fué llamado para curar un cáustico á una mujer pobre, enferma de pulmonía, y saltó del lecho, ensilló su caballo, atravesó el bosque y fué á curar á la desvalida.

Una lluvia imperceptible, de esas que se llaman aguas nieves, le cayó encima á la ida y á la vuelta.

Sintió, al entrar en su casa, un calofrío desagradable, después le dolió la cabeza, luego una fiebre intensa le privó de sentido, y á los seis días murió de pulmonía fulminante.

La desolación de la familia no es para pintarse ni describirse; la esposa quedó como loca, y Luisito, el niño consentido, no quería comer ni dormir porque no estaba su papá á su lado.

—¿Dónde está papá?—les preguntaba á todos, y nadie quiso decirle la verdad desgarradora.

Por fin, una mujer cruel lo encontró solo á las puertas de su casa y le dijo:

Digitized by Google

—Luisito, ¿quieres ver dónde está tu papá? Pues ven conmigo.

Y lo llevó al camposanto y le mostró el montón de tierra que cubría el cadáver del infortunado Angel.

El niño, con una expresión de estupor é inocencia, miró aquel montículo de barro y preguntó:

—¿Allí debajo está papá?

—Sí, allí debajo.

Se llenaron de lágrimas los ojos, volvió á su casa, y al día siguiente muy temprano regresó solo, sin decir nada á nadie al mismo fúnebre sitio, llevando un clavo en la mano.

La madre buscó al niño por toda la casa hecha una loca, y después de cinco horas de llanto, habiendo recorrido todo el pueblo, se metió al cementerio para llorar su desesperación sobre la tumba de su esposo.

Allí encontró á su hijo horadando con un clavo la tierra del sepulcro.

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido aquí, Luisito?

El niño, impasible y mudo, seguía horadando la tierra, hasta que después de las insistentes preguntas, contestó á su afligida madre:

—Estoy haciendo un agujerito para ver por él á mi papá y decirle que ya no pode-

Digitized by Google

mos, que ya no puedo vivir sin que me acompañe á comer, á dormir y á todo.

La madre, con los ojos inundados de lágrimas, abrazó sollozando al niño, y sin proferir una palabra lo cubrió de besos.

Digitized by Google

¡Cosi va il mondo!

La ciudad de México, en 1866, deslumbraba con el lujo que desplegaron los servidores del Imperio.

Eran damas de la Emperatriz las mujeres más bellas, más elegantes, y, digámoslo sin doblez, más virtuosas y más discretas en la sociedad de entonces.

Miente el criado del Emperador, un tal Turcios, que figura en el libro de Blasio «Maximiliano íntimo», al decir que buscaban al Emperador damas distinguidas, á quienes nadie creería capaces de una falta.

¡Miente Turcios! Las damas de la Emperatríz eran todas, sin excepción de una sola, modelos de pudor, de virtud, de recato, de finura, de elegancia, y, las más de ellas, de hermosura.

En aquel año, los hermanos Valleto, Guillermo, Julio y Ricardo, tenían su taller de fotografía en la calle de Vergara.

De entonces á hoy, nunca han abandonado ese trabajo, en el que ya no necesitan recla-

Digitized by Google

mo, ni elogios, ni avisos siquiera, pues á más de ochenta mil personas han retratado, y la República sabe que son los maestros en el arte debido á Daguerre, y que tanto avanza en cada nuevo año.

Llegó á noticias de Maximiliano la habilidad de nuestros compatriotas, y aunque él había traído de Viena á un fotógrafo distinguido, D. Julio de María Campos, sin duda le cautivaron las obras de los Valleto, y con su ayudante, el capitán Rodríguez, mandó suplicar á dichos artistas que fueran á verlo al alcázar de Chapultepec.

Julio Valleto acudió al llamado imperial, y en breves instantes le hicieron pasar al gabinete del Soberano.

—He visto magníficas fotografías hechas por ustedes—le dijo—y querría que me hicieran aquí un retrato.

—¿Aquí?—dijo Julio.

—Sí, aquí; en Chapultepec.

—Señor; debo decirle á usted...

—Se le trata de Majestad, interrumpió el Edecán de guardia.

—En México no estamos acostumbrados á tratar Emperadores ni Reyes—contestó Julio Valleto.

—Tiene razón—agregó Maximiliano—, déjelo usted que me trate como quiera.

Digitized by Google

—Pues, señor—agregó Julio—bien podríamos hacer aquí, ó donde usted guste, el retrato que desea; pero la fotografía está en pañales, y no tendríamos las condiciones artísticas que nuestro taller reune.

—Bueno—respondió Maximiliano,—hoy es jueves; iré el domingo al taller de ustedes, á las once de la mañana, si la fiebre intermitente no me ataca, porque estoy enfermo, y vea usted, Semeleder me ha recetado estas obleas de quinina. Hoy me ha dado el ataque.

—Pues estaremos preparados — respondió Julio, — y usted, si no puede ir, se dignará avisarnos.

—¡Ah! Temprano enviaré á un ayudante.

Se retiró Julio, y el domingo señalado recibió un atento aviso del Archiduque, diciéndole que no podía ir, porque le había dado con mayor fuerza que nunca la fiebre intermitente.

Y corrió un año, en que se desarrolló el drama trágico de Querétaro.

En 1867, en la misma fecha del mismo mes de Agosto, se presentó don Benito Juárez en el taller de los hermanos Valleto, para hacer

Digitized by Google

el magnífico retrato en que aparece vivo y hablando el demócrata de América.

—¿Cómo quiere usted, señor, que lo retratemos?—preguntó Guillermo Valleto.

—Como ustedes quieran; yo estoy completamente á sus órdenes.

Hicieron la fotografía, y cuando ya se preparaba á marcharse el señor Juárez, Guillermo le refirió que en esa misma fecha, en el año anterior, á la misma hora, Maximiliano quiso retratarse, y sin duda, si la enfermedad no lo impide, habría estado para ello en el mismo salón, frente á la misma máquina y en la misma silla que el indio de Guelatao había ocupado minutos antes.

El señor Juárez, tomando su sombrero y sin alterar su fisonomía, sólo contestó con su genial laconismo:

—¡Así es el mundo!

. . . .

———

Digitized by Google

Dos ramos de flores

Pobre Luis! Había sufrido tanto desde niño que al llegar á la pubertad era un joven sin ilusiones, y en plena juventud parecía un viejo.

No creía en nada; no amaba á nadie; no esperaba ningún premio en la tierra ni en el cielo.

Y el mismo día que entró al colegio me conoció y fué mi amigo. Supe sus dolores íntimos. Había perdido á su madre al nacer; ignoraba quién fuese su padre y sólo explicaba que cuando se dió razón de que vivía, quiso, como habría querido á sus progenitores, á una virtuosísima señora que le recogió en pañales, y á los hijos de ésta, á quienes llamaba tíos, les respetaba y llevaba su mismo apellido.

—Nada tengo mío — me dijo en una ocasión,—ni el nombre.

—Mi *mamá*—así le llamaba á la santa señora que le dió su amparo—me enseñó á ha-

Digitized by Google

blar, y cuando ya balbucía palabras, aprendí de sus labios las primeras oraciones.

Vivíamos en un pueblecillo de la Sierra, engarzado entre las montañas, coronado de neblinas todas las mañanas y todas las tardes; con su llovizna persistente; sus brisas saturadas del olor de los pinos silvestres; sus noches diáfanas en el otoño, pobladas de los aullidos de los coyotes y de las notas de los zenzontles, esos ruiseñores de América que imitan cuanto escuchan en la imponente soledad de los bosques.

Lo mandaron de niño á la humilde escuela, donde aprendió á leer y á mal contar, y más tarde vinieron á México, donde adquirió mayores conocimientos, hasta ingresar en una escuela superior, para prepararse á seguir una carrera profesional que le valiera un título.

Se entregó con desenfreno á la lectura, y los vellones albos y puros de fe se desgarraron entre las páginas de Voltaire, de Volney, de Rousseau y de otros pensadores de ese estilo.

El niño creyente nada conservaba; el joven ateo que explicaba á sus camaradas cómo se puede vivir sin Dios, y cómo es innecesaria la fe para los progresos de la vida.

Y como tenía talento claro, palabra de oro,

Digitized by Google

ademanes llenos de simpatía y de atractivo, no eran pocos los que admiraban y seguían sus doctrinas.

No se sabía que Luis amara á nadie, excepción hecha de la angelical dama á quien reconocía como madre.

Un día fueron á avisarle al colegio que la buena señora estaba muy grave; salió á verla y la encontró agonizante.

Con los ojos entreabiertos, la boca ávida de aspirar aire, el cuerpo desfallecido, el color pálido como cera de cirio fúnebre, cuando se dió cuenta de que Luis, su consentido, su último amor en el hogar, estaba á su lado, hizo un esfuerzo, sacó la temblorosa mano derecha, le bendijo y le entregó un papel doblado á manera de carta.

Luis se inclinó sobre ella, le besó la frente, y cuando quiso mirarse en sus ojos, ya éstos se habían cerrado para no volver á abrirse nunca.

El pobre estudiante se sintió en la más completa orfandad, se volvió al colegio y siguió su devoción por la lectura y sus enseñanzas de siempre.

La buena señora le había dado en aquel papel doblado, á manera de billete amoroso, una imagen de la Virgen de Guadalupe, y con letra casi inteligible, este consejo al pie de la efigie: rézala y acuérdate de mí al verla.

Digitized by Google

—¡Pobre mamá!—dijo Luis.—¡La misma hasta su último instante! Creía la pobrecita en unas candideces... pero ¿quién había de contrariarla?

Y corrieron los años... el huérfano no pudo concluir su carrera. Enamorado de una mujer de mal origen, se casó con ella, y ella lo abandonó ¡dejándole cuatro niños que se le murieron uno tras otro de debilidad, de miseria, de hambre, de abandono!

Sus amigos le desconocieron en las horas de la angustia; sus compañeros en política le traicionaron y se enfermó, y fué á la sala del hospital, á la misma sala confiada á un médico que fué su camarada de colegio, y que nunca manifestó recordarle ni conocerle.

¡Pobre Luis! Del hospital salió más pobre que nunca; le encontré en la calle, le rogué que me admitiera un pequeño auxilio, y al despedirnos me dijo: «No puedo ni encomendarte á Dios, porque en mi cerebro no cabe la idea de que exista; no puedo tampoco decirte que te pagaré lo que me has dado, porque soy un miserable que no tiene más porvenir que el suicidio».

Le seguí con la mirada, compadeciéndole, y no volví á verlo en muchos años.

Un día fuí á conocer la incomparable capilla de Guadalupe, que existe en Zacatecas,

Digitized by Google

y cuando más absorbido estaba en la contemplación de alguno de sus primores, sentí un golpecito en el hombro, volví la cabeza y me encontré con un sacerdote, severa, pero elegantemente vestido, de cutis color de rosa, de ojos llenos de expresión y de vida, calvo, pero mostrando un cráneo limpio y brillante como un espejo.

—¿Quién soy?—me preguntó dulcemente.

—¡Luis!—le respondí, arrojándome en sus brazos, que estaban ya abiertos para recibirme.

—¿Te sorprenderá mi aspecto?

—Sí—le respondí.—No podría mentirte.

—Bueno, escúchame; sabes que yo no creía en nada sobrenatural, y no sólo ésto, sino que me inspiraban gran lástima los creyentes en cosas sobrenaturales; pues bien, desesperado, hambriento, casi desnudo, salí una mañana al rayar el alba, por la Calzada de la Villa, decidido á arrojarme en la vía cuando pasara la máquina que conduce el tren á Veracruz.

Distraído metí mi mano en el bolsillo de mi pantalón y tropecé con un papel olvidado.

Será un billete de empeño, me dije; lo saqué, lo leí, era el último regalo de mi *mamá*, la Virgen con aquellas palabras: «Rézala y acuérdate de mí.»

Pero yo no había vuelto á rezar desde niño.

Digitized by Google

Seguí andando y llegué á la Colegiata, entré resuelto hasta el altar, abrí mi corazón lacerado enfrente de la Virgen india, y me transporté á otros mundos.

Vi á mi madre muerta, á un niño pequeñito llorando junto al cadáver, á una buena señora recogiéndolo, y vi el nuevo hogar que me daba abrigo, las nobles y puras enseñanzas que mi buena protectora me diera, todas las serenidades de mi infancia, todo lo que hice sufrir con mis dudas á la inocente alma que me amó tanto, y poco á poco se extendió en mi derredor algo como un nimbo luminoso en medio del cual surgían dos figuras muy claras, la de la Virgen y la de mi madre, mostrándomela; pero no era fantasía, era realidad, verdad, era palpable, tangible, aquella aparición maravillosa.

Mi madre extendió la mano y me señaló á un sacerdote anciano; al verlo él se adelantó hacia mí, me condujo como se conduce un niño al confesionario; allí abrí de par en par mi alma; hablé cerca de dos horas, le pinté mi pobreza, mi abatimiento, él me consoló, me dió muchos consejos, me llevó á su casa, allí me retuvo algunos días hablándome de la verdad de todo lo que yo creía falso, y con un amigo suyo me envió á este seminario donde estudié con afán teología, y cuando ya es-

Digitized by Google

taba bien nutrido con ella recibí las órdenes menores y fuí ascendiendo hasta ser un devoto servidor de Dios, y sentirme fuerte y sano del espíritu.

—Te felicito—le dije.—¡Cada uno busca la felicidad por el camino que Dios le señala!

—¿Cuándo vuelves á México?

—Mañana.

—¿Puedo encargarte una visita?

—La que quieras.

—¿La harás?

—Desde que llegue.

—¿No te dará vergüenza?

—Ninguna.

—Ve al mercado de flores, compra unos ramos de rosas, ve á la Colegiata de Guadalupe, y colócalas en el altar, diciéndole á la Virgen: «De parte de tu siervo Luis.»

Y así lo hice con muchísimo gusto.

Digitized by Google

La Semana Santa en otros tiempos.

El Viernes de Dolores.—Las Canoas.—Los Altares.—Juegos de prendas.—Los puestos de Chía.—Dos viejecitas.—Conventos y Parroquias.—Los Monumentos, las Procesiones y los Judas.—La Obra de la Reforma.

Allá por los años de 1864 á 1866, cuando era yo un rapaz de doce á catorce abriles, la Semana Santa, en la noble ciudad de México, revestía una solemnidad de la que ya no quedan señales.

El Viernes de Dolores era obligatorio levantarse con el alba, é ir á la calle del Puente de Roldán ó al desembarcadero de la Viga á proveerse de amapolas para los altares de la Virgen.

Disputábanse las familias la supremacía en el adorno y compostura de dichos altares y eran de verse los platos con trigo, maíz, ale-

Digitized by Google

gría, linaza, lenteja y garbanzo; las esponjas con piñones; los vasos, las botellas y las jarras de cristal con aguas de colores; los adornos de papel de china, picados, como los más finos encajes de Bruselas, y en medio de todo eso una buena pintura de la Dolorosa ó un Gólgota en que aparecían el Crucificado y la Virgen, al pie de la Cruz, llorando desolada.

Los estudiantes se reunían desde antes de que saliera el sol, para tomar por su cuenta las canoas y recorrer el Canal desde la Viga hasta Ixtacalco, entonando alegres y entusiastas canciones y bailando, coronados de mirtos y de amapolas, el melancólico palomo ó las bulliciosas danzas habaneras.

El popular novelista Facundo, ha descrito magistralmente la costumbre de los altares en las casas particulares; la distribución y compostura de las aguas frescas de horchata, de chía, de piña, de limón y de tamarindo; las letanías cantadas en coro por la familia y las visitas, y aquellos juegos de prendas en que se imponían castigos originales, como el de decir á cada uno un favor y un disfavor, revelar algún secreto al oído ó hacer de burro, de perro, de gato, de esquina de provincia ó de espejo, imitando los gestos y ademanes de cada uno de los convidados.

—Usted, como dolorido y agraciado ¿qué

Digitized by Google

pena le impone al dueño de la prenda que va á salir?

—Que cante la turronera.

Y salía de dueño de la prenda una anciana del peso de noventa kilos, con su cabellera dividida en dos gajos sobre las orejas, que lucían finas arracadas de oro, con su rica mascada de seda terciada sobre el pecho, y prendida con un valioso camafeo, y renegando de la hora en que naciera, obedecía la ley imperiosa de la costumbre, se ponía de pie en medio de la sala, y gritaba angustiada:

—Turrón de almén... dra ente... ra y moli... da, turrón de almen... dra.

A algún anciano magistrado le tocaba cantar el pastelero, y gritaba, causando la hilaridad de todos:

—A cenar, pastelitos y empanadas, pasen niños á cenar...

A la muchacha más recatada y modesta le obligaban á imitar á la sebera, y sudando de vergüenza ponía se la mano á la boca, donde relucían blanquísimos los dientes, y chillaba con voz agudísima:

—¡¡Hay sebooooo!!

Para fortuna de los que vivimos, han desaparecido esos gritos que la tradición conserva, y ya sólo en una que otra casa de molde antiguo se conocerán los juegos de

Digitized by Google

prendas que eran la delicia de los niños de otros tiempos.

Había altares en que se desplegaba inusitado lujo, y en que se repartían deliciosas aguas frescas, obligando á cada mísero mortal á que probara de todas con el pretexto de que diera su opinión sobre cada una.

***

No es fácil olvidar entre los muchos puestos de chía, verdaderos pabellones de verdura que invitaban al transeunte con su frescura y su sombra á pasar en ellos algún rato agradable, el que ponían en la esquina de la Diputación y Callejuela aquellas viejecitas de cabelleras blancas como un ampo de nieve; modelos de limpieza en sus personas, en sus ropas, en los vasos, en cuanto les rodeaba.

En aquel puesto que olía á mastranto, á flor de chícharo, á rosas nuevas, se detenían para probar la horchata, que era la especialidad de renombre, los más encopetados y linajudos señores, y las damas que llevaban sobre los hombros las más ricas y valiosas mantillas.

En algunos momentos se formaba en el puesto un grande y compacto grupo de se-

Digitized by Google

dientos, y todos eran atendidos por las dos viejecitas que surgen en mis recuerdos tales como eran, y que daría algo por volver á verlas.

Para todos tenían una frase de cariño.

—¿Qué toma usté, mi alma?

—¿Qué apetece el señor?

—Chía, limón, horchata, piña, ¿qué toma chula? ¿qué quiere, niña?

Y con su trabajo honrado, con aquel infatigable afán de contentar á todos, con la limpieza de sus efectos y la amabilidad, su trato, hicieron un capital para vivir tranquilas.

Era una ciudad enteramente ascética la nuestra.

Había veintitrés conventos de monjas: San Bernardo, San Jerónimo, Santa Inés, Santa Clara, Santa Isabel, Corpus Christi, Jesús María, la Encarnación, Santa Brígida, San Juan de la Penitencia, La Concepción, Regina Cœli, San Lorenzo, San José de gracia, la Nueva Enseñanza, las Vicgracia, la Enseñanza Antigua, Santa Teresa la Antigua, las Hermanas de la Caridad, Santa Catalina, Capuchinas, Balvanera y Santa Teresa la Nueva.

Digitized by Google

En la mayor parte de esos conventos eran notables las prácticas de la Semana Santa; los altares, los monumentos, los sermones, el pan de gloria, los dulces de Pascua, las palmas labradas y compuestas, los ejercicios cuaresmales y las pinturas y esculturas que se exhibían al público.

De órdenes religiosas sólo habían quedado los padres de San Fernando, de la Profesa (San Felipe Neri), y la Congregación de San Vicente de Paúl, pero los templos en que se ostentaba con todo el esplendor del lujo el monumento, eran la Catedral, Santo Domingo, la Profesa, la Encarnación, San Bernardo, Santa Clara, Santa Brígida, Capuchinas y Santa Catalina.

Eran tan concurridos los ejercicios piadosos, que en verdaderas romerías iba el pueblo á las parroquias de San Miguel, de Santa Catarina Mártir, de la Santa Veracruz, de San José, de Santa Ana, de la Soledad, de San Pablo, de Santa María, de San Sebastián, de Santa Cruz Acatlán, de Santo Tomás la Palma y de San Antonio de las Huertas, en busca de la cédula que acreditase el cumplimiento del precepto sagrado.

En las iglesias del centro, eran de verse los grupos de encantadoras polluelas, con las cabezas graciosamente cubiertas por el tápalo

Digitized by Google

negro, esperando que el confesor las llamara por turno á depositar los secretos más íntimos.

¡Oh días hermosos de la juventud!

Cuando se ha recorrido un camino largo, sembrado de hojas secas, y en el cual nos sorprende el crepúsculo, damos un adiós triste á ese sol que se hunde para no reaparecer nunca!

***

Recuerdo confusamente las procesiones, pero no se borra de mi memoria la del Santo Entierro de Santo Domingo y del Señor de la Expiración, semejante á muchos Cristos que hay en Toledo y en Sevilla.

La procesión se efectuaba el Viernes Santo por la tarde. Llenábase de curiosos la Plazuela de Santo Domingo y todas las calles adyacentes; los balcones de la ex-Aduana, los de las casas del portal y las azoteas, ofrecían un conjunto vistoso, por la multitud que los llenaba desde las primeras horas de la tarde.

Escuchábanse los gritos populares «á dos rosquillas y un mamón», «un vaso de chicha fresca», «nieve, nieve», y de pronto un rumor imponente era el anuncio de que la procesión comenzaba.

Iban apareciendo las imágenes, pero al sa-

Digitized by Google

lir de la capilla del Cristo de la Expiración, toda la gente se arrodillaba, reinaba profundo silencio, y de pronto se oía la voz del pregonero gritando:

«Hincándose de rodillas, rezando un credo delante de este divino señor, se ganan ciento cincuenta días de indulgencia.»

Y se rezaba el credo en voz alta en calles, casas, balcones, ventanas y azoteas, mientras pasaba el Cristo conducido en elegantes y sólidas andas por señores y jóvenes pertenecientes á las más distinguidas familias de la ciudad, y juro por mi ánima que es cierto, que cuando se cansaban, y el Cristo se ladeaba, y ellos pedían al sacristán que les relevaran, el sacristán les respondió con orgullo y desdeñosamente:

«Hagan lomo y no repelen los que cargan al señor.»

Y pujando y sudando, sacaban fuerzas de flaqueza, y el crucifijo volvía á estar derecho, y ellos seguían hasta la próxima esquina donde daban á otros la carga.

***

El Santo Entierro que todavía se conserva en Santo Domingo, representa el cadáver de Cristo, y salía en una vistosa urna de cristal,

Digitized by Google

adornada con garzotas de colores y con prismas en que los rayos de la tarde producían los más variados cambiantes.

Seguía tras esa escultura, la de la Virgen de la Soledad, que forma la devoción del pueblo, y por donde pasaba, le dirigían en voz alta, súplicas y plegarias que producían un rumor lastimero.

Desde la mañana del Jueves ya no circulaban carruajes; enmudecían las campanas, y la gran matraca de la Catedral sonaba anunciando las horas.

Era de tono regalar matracas de plata, labradas de filigranas, representando caprichosas figuras.

A propósito de esto, dice Marcos Arróniz, en un libro escrito algunos años antes de la época á que me refiero:

«El Jueves Santo es un día en que México cobra una animación inusitada, pues que la mayor parte del año sólo se dejan ver las damas aristocráticas por las ventanillas de sus rápidos coches; pero ahora asoman su leve pie por entre el raso y terciopelo de sus ricos vestidos, y honran las calles de la ciudad. Visitan todos los sagrarios, que se hallan adornados con un esplendor propio del culto católico, y donde se ven pasajes y escenas de aquellos solemnes acontecimientos que se

Digitized by Google

conmemoran. Grandes lienzos con cuadros de vida del Salvador, cubren las paredes; los altares están vestidos de duelo con velo morado, pero en el monumento aparece toda clase de adornos de oro, de cortinajes, de plantas y flores. La música, con acentos pausados y hermosos, da más prestigio al grandioso espectáculo. En la noche, se encienden y resplandecen con mil luces. En este día no se oye el rodar de los coches, el pisar de los caballos, ni el toque de las campanas, ni el redoble de los tambores; un silencio respetuoso reina en toda la ciudad.

Era un México muy triste y muy atrasado el de aquellos tiempos. Para venir á la capital, los negociantes de los Estados emprendían viajes de verdadero peligro, y alguno de estos viajeros, como los que venían de la frontera, necesitaban resguardarse con numerosas escoltas de mozos bien armados, que emprendían serios combates con los bandoleros esparcidos en los caminos.

La diligencia de Toluca era asaltada dos ó tres veces en el monte de las Cruces, y no se podía ir á veranear á los pueblos cercanos sin el temor de que en la noche menos pen-

Digitized by Google

sada despojaran á la familia de todo cuanto llevaba.

Como dice el sabio Ignacio Ramírez, las campanas de las torres marcaban la distribución de la vida; nadie daba un paso sin que el director espiritual lo aprobara ó lo ordenara; se confiaba el triunfo económico al milagro del Santo patrono, y nadie soñaba en los prodigios que hoy vemos realizados por la evolución social dentro del medio apropiado y preparado juiciosamente.

***

Cualquiera que estudie nuestro pasado comprende los transcendentales trabajos que hubieron de emprenderse para llevar á cabo la obra de la Reforma, y no hace muchos días tuve ocasión de leer un admirable trabajo sobre ésto, escrito por el Senador, ex-Presidente del Congreso Pan-Americano, Licenciado Genaro Raigosa, en que con toda la lógica positiva y con riquísimo caudal de observaciones y de reflexiones, expone de una manera real el cuadro biológico del antiguo México, los errores económicos de sus prohombres, y deja ver con toda claridad los beneficios de la Reforma.

***

Digitized by Google

En aquellos tiempos los odios políticos se revelaban el Sábado de Gloria, quemando Judas que representaban personalidades prominentes y que ardían y reventaban en medio de los aplausos y del entusiasmo de sus enemigos.

El Sábado de Gloria era también notable, no sólo porque al sonar las diez la ciudad entera resucitaba y se oían por todas partes gritos de regocijo, sino por la entrada del pulque, en carros vistosamente compuestos, tirados por mulas enjaezadas con cascabeles.

No es posible dar una idea de todo esto al que no lo ha visto. En el México actual, alumbrado por millares de focos eléctricos, lleno de tranvías, de teléfonos, de fonógrafos, de ferrocarriles, nadie se imagina lo que fueron en pasados tiempos estos días santos.

Todo pasa y todo cambia, pero hay algo como una sensación de frescura que vigoriza y conforta cuando todo lo ido se trae á la memoria por los que vivíamos entonces.

Todo ha cambiado felizmente, porque todo lo nuevo eclipsa y supera á lo antiguo, pero hay que exclamar con Jorje Manrique:

Cualquier tiempo pasado fué mejor.

Digitized by Google

Una anécdota patriótica

del actual Arzobispo de México.

En tiempo del Imperio, cuando por las calles de la ciudad sólo se veían soldados franceses, argelinos, austriacos, egipcios y belgas, era Prebendado de la Catedral y Rector del Nacional Colegio de San Juan de Letrán el actual Arzobispo de México, D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, que hoy, 19 de Marzo de 1907, cumple cincuenta y dos años de su canta misa.

El Colegio de San Juan de Letrán tenía hermosa historia. En el terreno que ocupaba en el año de 1529, el guardián de San Francisco fundó una escuela de primeras letras para los indios, y fué primer maestro el angelical lego Fray Pedro de Gante.

Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de México, dió su amparo á aquella Escuela, y con la protección del Gobierno de España; fué progresando de tal suerte que se le concedieron rentas y privilegios, y en 18 de

Digitized by Google

Agosto de 1548 previno una Real cédula que «en el repartimiento perpetuo que se había de hacer tuviese respecto á dejar y señalar alguna renta para hacer y acabar el dicho Colegio y para que pudiera permanecer y sustentarse».

Primeramente enseñaba allí á los naturales la doctrina, y más tarde se convirtió en lo que hoy llamaríamos Escuela Normal de Profesores, pues la cédula de 8 de Septiembre de 1557 dió constituciones al Colegio, y á las claras hizo ver que tenía por principal objeto instruir maestros que fueran luego á establecer colegios en todos los departamentos de la Nueva España.

La Nacional y Pontificia Universidad establecida donde hoy está el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, quiso encargarse de dicho Colegio y darle un edificio propio; pero se encontró con la oposición firme del Ayuntamiento.

La escuela fué empobreciendo á tal grado, que para lograr recursos se dispuso que sus alumnos, imitando á los niños del Hospicio de pobres, asistieran á los entierros por paga, lo cual no dió el resultado apetecido, y siguió decayendo, hasta encontrarla en ruinas don Ambrosio Llanos Valdés, que fué nombrado Rector en 1770.

Digitized by Google

El Sr. Llanos Valdés era progresista y abolió la costumbre de la asistencia á los entierros; buscó de mil modos la manera de que ingresaran alumnos; formó un vasto programa de enseñanza é hizo progresar, no sólo moral, sino materialmente, el colegio, ensanchándole y haciéndolo simpático á todas las clases sociales.

En la época del Imperio de Maximiliano, estaba declarado Escuela especial de Filosofía y se regía por la ley y reglamento de 27 de Diciembre de 1865.

Los lateranenses sentían orgullo de haber tenido en tiempos anteriores camaradas como Altamirano, Chavero, Manuel M. Flores, Juan y Manuel-Mateos, Juan Díaz Covarrubias, Marcos Arróniz, Florencio M. del Castillo y otros muchos que, bajo el rectorado de Lacunza, se habían distinguido por liberales, y para no desmentir esos antecedentes, se dirigieron al Rector, D. Próspero María Alarcón, á fin de que les permitiera celebrar el glorioso aniversario del 5 de Mayo.

El Sr. Alarcón les hizo ver que en el mismo Colegio estaba alojado un destacamento de gendarmes franceses, del cuerpo que mandaba el Barón Thindall; pero después de admirar su sincero patriotismo, les concedió que conmemoraran dicho aniversario en un

Digitized by Google

salón interior, á fin de no dar escándalo.

Los colegiales sabían que el Sr. Alarcón, cuando se había mandado al Cabildo metropolitano una acta de adhesión al Imperio, para que la firmasen los Canónigos, había dicho, y así lo expresó por escrito, que él reconocía como Soberano al Sumo Pontífice; pero que para su patria deseaba un gobernante mexicano, y que por esto no firmaría aquella acta. Trataron los jóvenes de arreglar un salón interior; pero era obscuro y frío, y volvieron á ver al Sr. Alarcón, para que les permitiera hacer su fiesta en uno de los salones más importantes.

—Pues escojan el que más les guste—les respondió aplaudiendo su entusiasmo.

No se conformaron con esta segunda concesión los estudiantes, y volvieron todos juntos á suplicar á su Director que les hiciera la honra de presidir la fiesta.

Mucho discutió con ellos el Sr. Alarcón, pero al fin les dijo sonriendo:

—Bueno; pues yo iré á presidir, suceda lo que suceda.

¿Y qué sucedió? Que en la ocasión en que se efectuó la velada, cuando ya había leído unos versos patrióticos muy ardientes el alumno Francisco Montaño Ramiro, hoy Diputado, y otros Enrique Sánchez, recibiendo

Digitized by Google

los atronadores aplausos de sus compañeros, entre los que descollaban Jesús Zenil, hoy Ministro plenipotenciario de México en Viena; Valentín Canalizo, hoy Magistrado; Manuel F. Villarreal, hoy Secretario de una Sala del Supremo Tribunal y Tesorero de la Sociedad de Geografía y Estadística; Manuel Cruzado, hoy Juez; Carlos Sánchez Mejorada y Emilio Monroy, reputados jurisconsultos; Benjamín Bonilla, Francisco Hermosillo, Refugio López, M. Mendiola, y acaso de los profesores, Teófilo Fonseca, José María Cos y Rafael Angel de la Peña, el eminente hablista y amado maestro mío, se oyeron fuertes golpes en las puertas del Colegio, que se habían cerrado para efectuar la velada.

Acudieron á ver quién llamaba con tanto imperio, y se vió que era el destacamento de gendarmes franceses que volvía de la retreta.

Negáronse á abrir los estudiantes, y no lograron los franceses entrar hasta que concluyó la velada.

Informóse el jefe de la causa por lo cual les habían detenido en la calle, y al saber que era porque los estudiantes estaban conmemorando la derrota del ejército francés en Puebla, se quejaron con el Mariscal Bazaine; éste fué á querellarse con el Emperador, y

Digitized by Google

cuentan que por ese motivo se suprimió el internado, y á poco se cerró el Colegio.

El Sr. Alarcón, con gran entereza, y sin faltar nunca á sus deberes sacerdotales, jamás negó su amor á la patria y á la República.

No extrañe á nadie que al triunfar D. Benito Juárez, en 1867, le enviara á su hijo Benito para que le enseñara latín y filosofía.

El Arzobispo de México es, por estos antecedentes, simpático á todos los partidos políticos de su patria.

Digitized by Google

¡Por la Patria!

Un héroe de dieciocho años.

Me conmueven y me entusiasman los hechos heróicos llevados á cabo por los que están en la primavera de la vida.

Por eso nunca me canso de encomiar en verso y prosa á aquellos niños sublimes Melgar, Suárez, Barrera, Montes de Oca, Ezcutia y Márquez, que dieron su sangre en la defensa del castillo de Chapultepec en 1847.

Los soldados norteamericanos quedaron maravillados del arrojo de aquellos adolescentes sublimes.

Tres lustros más tarde, en el sitio de Puebla, por los franceses, en 1863, se registró un hecho que se le debe recordar á la juventud para que le sirva de constante ejemplo.

El héroe á quién voy á aludir, se llamaba Ignacio Méndez.

Descendía de una familia de patriotas. Su padre, entendido y modesto pintor, de honradez intachable, sirvió como simple solda-

Digitized by Google

do, en el batallón Victoria, en 1847, y combatió contra los Estados Unidos, distinguiéndose por su arrojo y sin haber reclamado recompensa ni pedido pensión cuando ya era viejo.

Su tío Cayetano Méndez, indio de raza pura, sirvió desde la primera época de la Independencia, se incorporó después al ejército Trigarante, en Junio de 1821, presentándose á Iturbide en Arroyo Zarco; se batió varias veces, siempre con denuedo y murió en Febrero de 1846, con el grado de Comandante del Escuadrón, que ganó por sus buenos servicios.

El padre de Méndez, puso á este Ignacio en el Colegio Militar desde edad temprana; en 1865 lo incorporaron al Ejército Constitucionalista y fué nombrado Subteniente del Batallón de Zapadores que mandaban el Coronel Sostenes Rocha, el Teniente Coronel Diódoro Corella y el Mayor Juan de la Luz Enríquez.

Con ellos concurrió á la toma de Cuernavaca, donde por su valor le ascendieron á Teniente, y luego á la acción de la hacienda de San Gabriel, en que se portó con tal bizarría que le ascendieron á Capitán sobre el campo de batalla.

Era un guapo muchacho, de arrogante

Digitized by Google

figura, sin asomos de bigote ni barba; con la cabellera rizada, sedosa y brillante y con ojos de un mirar melancólico y dulce.

Se hizo amar de sus jefes, de sus camaradas y de sus soldados, afanándose siempre por ser el primero en el peligro y el primero en servir y ayudar á los que lo rodeaban, pues su corazón generoso nunca abrigó envidias ni rencores.

Ignacio Méndez, al terminar la funesta y desoladora guerra de tres años, como el Gobierno no le había reconocido el empleo de Capitán, quedó de Teniente segundo ligero de Toluca, á las órdenes del inolvidable y caballeroso general Felipe B. Berriozábal; marchó á Puebla, y allí concurrió á la batalla de las cumbres de Acultzingo, y á la del 5 de Mayo de 1862.

Después de tomar parte en muchas acciones, le llegó su día de deslumbrar, con su valor, y de alcanzar imperecedera gloria en nuestros fastos militares.

Registraba yo en la Biblioteca Nacional el *Diario Oficial* del Gobierno de México, y en el número correspondiente al 4 de Mayo de 1853, me encontré el parte que el general Berriozábal, en jefe de la primera división rindió al general Jesús González Ortega, y éste transcribió al Ministerio de la Guerra, dando

Digitized by Google

cuenta de que el enemigo voló dos fuertes minas, reduciendo con ellas á escombros las tres cuartas partes de la acera de la calle de Pitiminí, correspondiente á la manzana que con el 2.º batallón de Toluca ocupaba el teniente coronel José María Padrés.

¡Fué un desastre horrible! Allí, con una compañía del 8.º batallón de Jalisco y con el resto del 2.º ligero, que no había sido sepultado en los escombros, se organizó la defensa de la manzana y se impidió el paso del enemigo.

Allí se distinguieron los bravos coroneles Caamaño, Villagrán y Padrés, y los tenientes coroneles Cirilo del Castillo, Gaspar Sánchez Ochoa y Jesús Labanne.

En tan heróica acción, efectuada el 25 de Abril de 1863, el joven Ignacio Méndez rayó en lo sublime.

El periódico *La Orquesta*, en el número del 13 de Mayo de 1863, refiere el episodio, extractándolo de los partes oficiales de la manera siguiente:

«Al derrumbarse una de las manzanas que volaron los sitiadores de Zaragoza, con sus minas, el 25 de Abril, cayó arrastrado por unos escombros el teniente Ignacio Méndez; después de levantarse, lleno de contusiones, y de haber perdido su espada en la caída,

Digitized by Google

arrancó la bayoneta de uno de los fusiles de los muertos, y se lanzó á defender, en compañía de otros Oficiales, un obús que se llevaban los franceses; después de haber contribuído á salvar éste, se colocó en un punto en que llovían las bombas del enemigo, animando á los soldados mexicanos, y al desprenderse una pared, quedó sepultado bajo los escombros.

»Este joven héroe tenía apenas dieciocho años, y había servido ya á las órdenes de Berriozábal en los últimos días de la revolución reformista, después de haber salido de la Escuela Militar, en la que siempre manifestó mucha aplicación y un gran afecto á las instituciones democráticas.»

Con el cuerpo destrozado y en medio de los mayores padecimientos, Ignacio Méndez murió el 29 de Abril; es decir, cuatro días después de aquel glorioso episodio.

Por la orden general del día 26 fué ascendido á Capitán; le enterraron con los honores merecidos, é ignoro si, como es de justicia, le ascendieron á Comandante.

Su padre, aquel honrado pintor que amaba con delirio á Ignacio, fué más tarde á recoger sus restos á Puebla y los trajo al Panteón Francés, donde reposan, bajo un túmulo que tiene una sentida inscripción en verso, puesta

Digitized by Google

por orden del general Berriozábal. Alguna vez, siendo ya viejo el padre de Ignacio Méndez, le aconsejaron que pidiera la pensión que le correspondía, y contestó con serenidad: «Si estuviera ciego pediría limosna antes que tomar un solo peso en pago de la vida de mi hijo; que figure su nombre en el Escalafón, y con eso estoy recompensado.»

Y hasta después de algún tiempo, y después de hechas muchas y justas gestiones, la Secretaría de Guerra ordenó que figurase en el Escalafón el nombre de «Ignacio Méndez» con esta hermosa nota·

«Murió por salvar á su patria.»

Duerma en paz el héroe-niño, y sea su ejemplo sana y provechosa lección para la juventud mexicana.

NOTA. — *Hermanos del héroe á quien se alude en el anterior artículo son el Brigadier de Artillería D. Francisco de P. Méndez y el Teniente Coronel de Caballería retirado don Fortunato Méndez, teniendo ambos muy limpias hojas de servicios.*

Digitized by Google

Dos almas gemelas.

Es un grato y hermoso recuerdo de mi vida. Celebrábase el aniversario del inmortal grito de Dolores en el teatro Nacional de México.

Era Presidente de la República el licenciado D. Benito Juárez, salvador de nuestra segunda independencia, y ocupaba, acompañado de sus Ministros, el dosel levantado en el fondo del escenario.

Habían hablado ya varios oradores, y faltaba poco para que sonaran las once de la noche, la hora en que Juárez debía victorear á los héroes de 1810.

Después de haber escuchado una pieza de música, surgió en la tribuna un joven de frente espaciosa, de cabellera profusa, rizada y negra, de ojos de mirada penetrante, de complexión fuerte, con un busto que no en vano había comparado Bablot con el de Milón de Crotona.

Era Justo Sierra. El público lo saludó con aplausos estrepitosos, y después, con ese reli-

Digitized by Google

gioso silencio que impone el talento á las multitudes, escuchó sus versos, que fueron magistrales.

Eran unas quintillas dignas de ser firmadas por el gran Quintana; una de ellas quedó grabada con buril de fuego en mi memoria, y dice así:

Es en vano, nefanda tiranía,
que al noble anciano en tu furor inmoles,
á la voz de su espectro, en sangre tinto,
el sol de Hernán Cortés y Carlos Quinto
se puso en los dominios españoles.

Entre el estrepitoso rumor de los aplausos y de la diana con que el pueblo pidió que se premiara por la orquesta aquella poesía maravillosa, vimos saltar al escenario á otro joven á quien nadie conocía hasta entonces.

Era de la estatura, de la complexión y del aspecto del poeta que acababa de recibir una ovación sin semejanza; se adelantó hacia él, lo estrechó entre sus brazos, y en seguida se explicó por alguien, no se si por él mismo ó por Sierra, que era un patriota cubano que acababa de llegar á México viendo vencidos á los defensores de su causa; venía perseguido, sentenciado á muerte, proscrito, y se llenó de entusiasmo al ver cómo celebrábamos nuestra independencia; pensó en su patria, se inspiró, porque era poeta, con las palabras de

Digitized by Google

Sierra; buscó entre las banderas que adornaban el dosel del gran Juárez, alguna que pudiera arrancar para tenerla en sus manos, y, en efecto, fué hasta el dosel, tomó una bandera mexicana, y adelantándose hacia el público habló en versos, comenzando así:

En este fausto día
en que el sol de la gloria reverbera,
dejadme tremolar vuestra bandera,
yo que no puedo tremolar la mía.

Una nutrida salva de aplausos le saludó al instante; todos los ojos estaban empañados por las lágrimas; Juárez le miró con aquellos ojos obscuros y luminosos que habían visto el triunfo de la República desde las estepas de Paso del Norte, y lo aplaudió al concluir, cuando dijo esta cuarteta:

Del proscrito cubano
acoge el gran amor que por ti encierra,
no quiero esclavo ser allá en mi tierra
y vengo aquí á ser libre y mexicano.

El que así habló era el gran poeta Alfredo Torroella; en medio de atronadores aplausos volvió á abrazar á Justo Sierra, sentáronse ambos, juntos, departiendo como dos hermanos que hubieran vuelto á verse después de largos años de ausencia, y á los pocos minutos daban las once, y el gran Juárez, solemne y severo, se levantó de su asiento con la ban-

Digitized by Google

dera nacional en la mano, se adelantó hacia el público y gritó con voz sonora:

¡Viva la independencia de México!

¡Vivan los héroes de 1810!

¡Viva la República!

Retiróse del salón y en seguida vióse por la calle de Vergara un inmenso grupo del pueblo que salía victoreando y aclamando á dos jóvenes que iban del brazo, luchando porque no les alzara en hombros aquella multitud entusiasmada y loca de regocijo y de patriotismo.

Aquellos jóvenes eran Alfredo Torroella y Justo Sierra; ¡dos almas que con fraternales vínculos se unieron desde entonces!

Digitized by Google

Reliquias preciosas

de la guerra de Independencia.

El uniforme de Morelos.

El Museo de Artillería ocupa en Madrid parte del sitio en que se levantaba el antiguo palacio del Buen Retiro.

Creado en 1803, con el título de Museo Militar, sufrió terriblemente el Dos de Mayo de 1808, pues entonces estaba en el parque viejo; de allí lo trasladaron al Palacio de Buenavista, y por último, al lugar donde yo fuí á visitarlo.

Tiene amplias salas y magníficas colecciones de armas portátiles. Abundan los primitivos arcabuces de mecha, las piezas de artillería de hierro y bronce, y se cree que en ninguna otra parte de Europa hay mejor colección de lombardas y bombardas.

Hay gloriosos trofeos de inapreciable valor histórico, y se encuentran con profusión modelos en escala reducida de máquinas y útiles

Digitized by Google

de guerra antiguos y modernos. El Museo tiene talleres propios donde se construyen dichos modelos.

***

Es muy curioso para el extranjero visitar la planta baja, por que lo ocupa la coleccion de artillería que data desde el siglo XII (su primera época), pero le ofrece mayores atractivos el salón alto de ingreso, porque en él se encuentran la tienda de campaña de los Reyes Católicos, el pendón de guerra de Carlos V y muchas banderas tomadas en distintas épocas.

Ví entre esas banderas algunas de Lepanto, de los franceses, de Cabrera, el jefe carlista, y del exgeneral López en la Isla de Cuba; pero de pronto me encontré con unas que tienen esta inscripción: «Del cura Morelos».

Un calofrío nervioso sacudió mi cuerpo.

Aquellas banderas azules, blancas y desteñidas, polvorientas, rotas, escondidas casi entre tantas otras, habían tremolado en los combates dados por el gran caudillo suriano, por el héroe admirable que asombró á sus enemigos con su genio.

Pasaron por mi memoria los nombres de Acapulco, Oaxaca, Valladolid, Cuautla, y se

Digitized by Google

me nublaron los ojos y surgió en mis recuerdos el humilde monumento que tenemos consagrado al admirable caudillo en el jardín de su nombre.

***

Volvía ya de mi ensimismamiento, cuando me encontré un pendón que se dice fué «el que llevó Hernán Cortés á la conquista de México», y más adelante, cerca de las espadas de Suero de Quiñones, Sancho Dávila, Diego de Mendoza y otras antiguas, colocada entre las de Palafox, Castaños, Wellington y Torrijos, la espada de Mina.

Por allí cerca, completo y bien cuidado, distinguí un uniforme que dice «Uniforme de Generalísimo de América, que perteneció al cura José María Morelos.»

Lo confieso sin ruborizarme; no me importó el público; me acerqué á aquellas sagradas ropas y sobre la solapa roja, en el sitio que me pareció más cercano al corazón, imprimí respetuosamente un beso.

Algunas gentes me miraron con extrañeza y el guía me dijo con indiferencia:

—Ese uniforme, según me cuentan, le tomaron las tropas de Calleja.

—Ese uniforme—le respondí—si yo pudie-

Digitized by Google

ra, lo arrancaría de allí para mandarlo á mi patria.

—Señorito, yo creo que se puede arreglar eso con el Gobierno.

En efecto, á los pocos días mi inolvidable general Corona me dijo que ya había tratado de ese asunto y que estaban conformes con cambiarlo por una reliquia histórica de la conquista.

***

En el mismo Museo me encontré un retrato al óleo del Sr. Morelos.

Una mexicana oriunda de Oaxaca, doña Trinidad Carreño, que vivía modestamente en una de las más humildes dependencias del palacio de los duques de Medinaceli, ganaba el sustento haciendo copias de grandes cuadros en el Museo del Prado.

Un día el Consejo me preguntó si yo conocía á mi paisana, y como le dijera que no, fué á mostrármela.

Me le acerqué, la dije quién era; hablamos de México, y ella fué la que más tarde, pensionada por nuestro Gobierno, le obsequió, en testimonio de gratitud, con una copia del retrato del gran héroe.

Ese retrato, cuya copia se conserva en la

Digitized by Google

sala de Comisiones de la Cámara de los Diputados, fué encontrado junto con el uniforme en uno de los baules que como botín de guerra quitaron á los insurgentes los realistas de Calleja.

Además del retrato y del uniforme del señor Morelos, se conservan allí dos pistolas, un pectoral (cruz de oro con amatistas), una silla de montar, una chaquetilla ó piqueta con bordados y una bandera de las que usaron los insurgentes en el Veladero.

El pectoral, según cuenta el erudito historiador D. Lucas Alamán, es el que se remitía al Ilmo. Sr. Campillo, Obispo de Puebla, en un convoy que desde Veracruz conducía Olazábal, y que fué tomado en Nopalúcan, en Abril de 1812. Y agrega el sabio escritor hablando del retrato de Morelos:

«El cura Sánchez que cogió esta alhaja la regaló á Morelos, quien agregó á la extremidad de la cruz una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe. Tiene, además, un cordón de oro de que está suspendido el sable y en el sombrero montado que lleva bajo el brazo se ve la cinta azul celeste y blanca adoptada por los insurgentes».

Los objetos pertenecientes á Morelos estaban en el Ministerio de la Guerra, de donde se llevaron al Museo de Artillería por Real

Digitized by Google

orden del general D. Baldomero Espartero, Duque de la Victoria, cuando era Regente del Reino, en 15 de Junio de 1841.

Nuestro Museo Nacional de Artillería conserva preciosas reliquias del ilustre insurgente, y entre ellas la carta que envió á su hijo (D. Juan Nepomucemo Almonte) con el traidor Carranco, y en la cual le dice: «Morir es nada cuando por la patria se muere», y le aconseja prosiga la obra comenzada por el inmortal hidalgo.

No puede leerse dicha carta siendo mexicano sin sentir que las lágrimas nublan los ojos. Es un documento hermosísimo, que pinta el carácter del gran héroe del Sur. Está escrita en Tepecoacuilco el 13 de Noviembre de 1815. Allí están una purera de plata, un relicario del mismo metal y una Virgen del Rosario bordada de seda, plata, oro y perlas, que el Sr. Morelos tomó en la parroquia de Carácuaro y le acompañó en todas sus campañas.

Todos esos objetos los encontró en el equipaje del héroe, el teniente coronel José Gabriel Armijo, cuando sorprendió con sus fuerzas el Congreso de Chilpancingo, y así lo comunicó al virrey D. Félix María de Calleja, en el parte fechado en Chichihualco el 4 de Marzo de 1814.

Digitized by Google

No puedo explicar mis impresiones en el Museo de Artillería de Madrid, porque el lenguaje es para ello mezquino y rebelde.

Cuando se está ausente de la patria se siente tan vivo amor por todo lo que le pertenece, que yo, enfrente de aquellas banderas, de aquel uniforme, de aquel retrato, me sentía orgulloso de ser mexicano y de haber visto con mis ojos las reliquias del que no en vano consideramos como el mayor héroe que ha pisado nuestro suelo.

¡Salve, oh Morelos! Tu aliento poderoso, tu fe inextinguible, tu sencillez republicana, tu amor á tus hermanos, me obligaron á darte el tributo de mis lágrimas de reconocimiento en aquella hermosa tierra de la cual dijiste en Acapulco:

«¡Viva España hermana, pero no dominadora de América!»

Digitized by Google

13 de Septiembre de 1847.

Noble rasgo del general Monterde. Los héroes prisioneros.

Cuando los alumnos del Colegio Militar bajaron del cerro que sirve de pedestal al Castillo, se dirigieron al costado de la puerta de entrada, donde existía, rodeado de una tapia, un espacio que se llamaba «el jardín». Allí se encontraron con muchos jefes y oficiales que, replegados por las columnas americanas que ya ocupaban la puerta del bosque, buscaban una posición para seguir combatiendo.

Pero como los norteamericanos que habían subido al Castillo hacían nutrido fuego sobre los alumnos y demás individuos que en aquel lugar se encontraban, alguien, acaso un jefe superior, mandó enarbolar un trapo blanco, en una altura, á guisa de bandera, que indicaba la suspensión de hostilidades.

Después de hecho esto no quedaba otro

Digitized by Google

recurso que el de consentir en que los hicieran prisioneros, y los norteamericanos, en efecto, entraron al lugar aquél y obligaron á salir á todos los jefes y oficiales y alumnos, desarmándolos y formándolos en la calzada que se extendía de la puerta del bosque á la antigua rampa.

Tuviéronlos allí mientras descendía toda la tropa americana que estaba ocupando el Castillo y sus dependencias, así como la que había penetrado por la puerta del bosque.

Esto sería como á las once de la mañana del día 13, y todos los mexicanos allí formados, vieron desfilar delante de ellos á los invasores, que marchaban hacia la garita de Belem para atacar la ciudad.

Incontinenti condujeron á todos los prisioneros, bien escoltados, al Colegio, poniendo á los jefes y alumnos en un gran salón, que era arriba, la Biblioteca, punto central del edificio y cuyas puertas quedaron custodiadas por soldados norteamericanos.

Los alumnos nuestros veían con asombro que aquellos centinelas hacían su cuarto de pie ó sentados cómodamente.

En aquel día les dieron de comer á nuestros soldados un poco de totopo y nada más. A los Generales prisioneros se los llevaron á Tacubaya donde tenía el enemigo su Cuartel

Digitized by Google

general, y con todos fué el general Monterde, que era Director del Colegio.

Desde el día siguiente el general Monterde, con recursos propios, mandaba para la manutención de los alumnos, algunos alimentos, que eran bien escasos; se informaba del estado de salud de cada uno de ellos.

En su cariño paternal por los hijos del Colegio llegó á este extremo: hubo un día en que, agotados sus propios elementos, no tuvo con qué comprar el pan para los jóvenes soldados y mandó á una casa de préstamos á empeñar la capa que le servía de abrigo.

***

Después de la ocupación de la ciudad por los invasores, las familias de los alumnos ya tuvieron manera de averiguar el paradero de sus miembros, y ya comunicados con ellos, les facilitaron los recursos posibles, dadas la distancia que les separaba y los peligros é inseguridad del camino.

Conocido el carácter juvenil, fácil es comprender que los alumnos, resignados con su situación, no perdieron ni por un instante su buen humor, y aún se ocupaban en hacer travesuras á los norteamericanos que les cus-

Digitized by Google

todiaban, sin consultar ni medir los riesgos á que con esto se exponían.

Allí vieron los alumnos cortar brazos y piernas con la fría crueldad á que obligaba entonces la falta de anestésicos.

Entre tantas operaciones presenciaron la de cortar el brazo á Hilario Pérez de León y á Agustín Melgar.

Era una escena horrible. Se tendía al enfermo en un banco de cama y lo agarraban los soldados más fuertes parando sus movimientos de brazos y piernas, teniéndole otro la cabeza y haciendo campo al cirujano para que cortara la carne y aserrara el hueso, dejando caer la sangre que corría coagulándose en el pavimento.

Al cabo de veinte ó veintidós días, se reunió á los alumnos en el primer patio, y allí les habló un jefe americano, proponiéndoles de parte del general Scott, que si juraban no volver á tomar las armas contra ellos les pondrían en libertad.

Esta proposición indignó á los jóvenes, y contestaron unánimente que no la aceptaban. En vez de disgustarse el jefe americano, sonrió satisfecho é hizo elogios de aquella pa-

Digitized by Google

triótica conducta, ofreciendo comunicársela desde luego á su General en Jefe.

Los alumnos volvieron en seguida al lugar en que estaban prisioneros, y el jefe regresó á la capital.

Dos días después de ese acontecimiento volvió el mismo jefe con una orden del general Scott, en que se prevenía que, tomando nota de los nombres y domicilios de cada uno de los alumnos, se les comunicara que continuaban en calidad de prisioneros, pero dándoles la ciudad como cárcel.

En el acto emprendieron los jóvenes su marcha para la ciudad con el regocijo que les inspiraba volver al seno de sus hogares y con las conciencias tranquilas de haber cumplido con su deber sin faltar á lo que juraran ante la bandera de la Patria.

Bajaban ya la pendiente del cerro, cuando se les vió detenerse y cortar algunas flores silvestres y algunas ramas y dirigirse á un sitio donde estaban los restos de unos hornos de ladrillo.

Allí fué cada uno depositando su ofrenda con respetuoso silencio y con los ojos llenos de lágrimas.

Digitized by Google

Era que en aquel sitio les habían dicho que estaban sepultados los cadáveres de sus compañeros Ezcutia, Suárez, Melgar, Márquez y Montes de Oca.

—Oye, Miguel—dijo alguno—¿y si no es verdad que los han enterrado aquí?

—¡Qué nos importa!—respondió Miguel Miramón.—Donde quiera que estén verán con los ojos del alma que sus hermanos, sus compañeros de armas, les rendimos un homenaje á su memoria. ¡Han muerto por la Patria!

Conmovidos todos con estas palabras, bajaron la rampa, ganaron la puerta del bosque y se dirigieron á la ciudad, ya no tan alegres como antes de pensar en sus compañeros.

—En cuanto lleguemos á México hay que bajar los ojos y no alzarlos hasta estar dentro de nuestras casas.

—¿Por qué?

—Para no ver la bandera de las estrellas, que ya está izada en Palacio.

—Tienes razón; no nos queda más remedio que ver algo tan hermoso como la bandera nuestra; los rostros de nuestras madres.

Digitized by Google

NOTA.—*Los alumnos tuvieron la ciudad por cárcel durante el tiempo que permaneció en México el Ejército norteamericano.*

Al volver el Gobierno nacional, se instaló de nuevo el Colegio Militar en una casa que hace esquina con las calles tercera del Rastro y callejón de las Arrecogidas.

Digitized by Google

La humildad de un heroe.

El general Vicente Guerrero, indomable en sus luchas en favor de la independencia, fué de orígen humilde.

Su padre se dedicó á trabajos de la arriería, y desde muy niño condujo las recuas de una de las principales haciendas del acaudalado y nobilísimo español D. Gabriel de Yermo.

Como es sabido, Guerrero se fué á defender á su patria en las montañas del Sur, sin que lograran hacerlo desistir de su propósito, ni las súplicas de su padre, que llegó á pedirle de rodillas que reconociera al Gobierno español.

Cuando triunfó la causa de la indepedencia, Guerrero no fué olvidado por el pueblo, que le eligió Presidente algunos años después del derrumbamiento del trono de Iturbide.

Siendo Presidente, se vió obligado á autorizar la expulsión de los españoles residentes en el país, pero recordando los favores muy personales que debía á D. Gabriel de Yermo,

Digitized by Google

le hizo saber que él no quedaba comprendido en esas disposiciones, y que podía permanecer tranquilo en la República, al frente de sus vastas propiedades.

Don Gabriel, muy conmovido al leer la carta del primer Magistrado de la Nación, se vistió con su más rico traje, empuñó el bastón de caña de Indias con puño de topacio, montó en su coche y se dirigió á Palacio á darle las más expresivas gracias.

No bien se anunció, cuando le dijeron que pasara al salón de recepciones.

Allí vió á su antiguo sirviente, de gran uniforme de General de división, de pie, junto al dosel que cubre la silla destinada al más alto dignatario de la patria. Con toda la exquisita cortesía de su abolengo, se adelantó hasta cerca del supremo sitio, y mirando respetuosamente á Guerrero, comenzó de esta manera:

—Excelentísimo señor...

Guerrero, con los ojos llenos de lágrimas, al reconocer á su antiguo protector, salió á su encuentro, interrumpiéndole:

—No, señor amo; de tú como siempre.

Don Gabriel le abrió los brazos, y palpitaron juntos, por largo rato, aquellos dos nobles corazones.

Digitized by Google

Diente por diente.

Episodio de la guerra de intervención. (Años de 1862 á 1867.)

Estaba en todo su vigor de encarnizamiento y de crueldades la guerra entre mexicanos y franceses.

Bazaine tenía como aliados á los austriacos, á los húngaros, á los belgas y á los argelinos.

Estos últimos eran unos negros hercúleos, vestidos como los zuavos, pero con uniforme de color azul pálido con vivos amarillos.

Los niños de entonces nos quedábamos sorprendidos cuando por las calles veíamos aquellos soldados de rostro de ébano, en que resaltaba la blancura de los ojos y la de los dientes; aquellos cuerpos de elevada talla, arrogantes al caminar y quietos como gigantescas estatuas de bronce cuando estaban de centinelas á la puerta de Palacio.

Las gentes del pueblo salían á los zaguanes

Digitized by Google

de las casas de vecindad, cuando algún chicuelo gritaba con voz de terror: ¡Los negros! ¡Los negros!, y los miraban con una curiosidad indecible.

En Tamaulipas, en donde el coronel Dupín había cometido toda clase de excesos, contándose por centenares los fusilamientos, los incendios, las violaciones, los saqueos de casas y tiendas, los plagios de mujeres y niños y cuanto de cruel é inhumano puede concebirse, había un guerrillero liberal, valiente como un Cid, que era el que se batía sin tregua con aquella legión de demonios infernales que acaudillaba Dupín.

Ese guerrillero era Pedro Méndez.

Y se vengaban el uno del otro, y tenían tales revanchas, que en cierta ocasión Méndez enterró vivos á varios soldados de Dupín, dejando que á flor del suelo asomaran las cabezas.

Entonces provocó al Jefe francés para que se viniera sobre aquel punto con el ímpetu que acostumbraba, y los cascos de los caballos rompieron, como débiles nueces, los cráneos de los prisioneros, mientras Pedro Méndez se alejaba satisfecho de su obra.

***

Digitized by Google

Dupín tenía por brazo derecho al capitán Margueritte, y Pedro Méndez al capitán Amador.

Cierta noche Margueritte sorprendió á Amador, lo derrotó completamente, lo hizo prisionero, lo colgó de un árbol y lo fusiló colgado, alejándose en seguida de aquel punto.

Todo indicaba que Amador estaba muerto, pero Méndez, que á las pocas horas fué á verlo, encontró que vivía, merced á una bala que le perforó el cuello abajo de la tráquea, abriendo una hoquedad, por donde, sin saberlo aquel infeliz, siguió respirando.

Lleváronlo para curarlo, y con grandes atenciones y remedios de hierbas quedó listo á los pocos meses; volvió á batirse como siempre, y una noche sorprendió en un baile á Margueritte y lo hizo prisionero con todos sus argelinos.

—Le confieso á usted, Sr. D. Guillermo (le decía Amador á mi buen amigo D. Guillermo de Landa y Escandón, que me ha referido estos hechos), que me dió lástima pasar por las armas á todos aquellos gigantes, tan valientes y tan bien formados, y sólo perdoné á uno de dieciocho años para que viniera á México á dar á Bazaine la noticia.

—¿Y qué hizo usted con el capitán Margueritte?

Digitized by Google

—A ese lo fusilé, mandando yo personalmente la ejecución; le dí un tiro de gracia; después, con una gran piedra le estuve machacando la cabeza, hasta dejarla como tortilla; en seguida mandé llamar al cirujano de mayor fama en aquellos contornos, y le dije: «Le doy á usted cinco horas de plazo para que saque, lo más completa posible y me la entregue, la piel de este hombre.»

—Y venga usted á ver, Sr. D. Guillermo, aquí la tengo muy bien cuidada y en muy buen sitio.

Y Amador condujo á Landa á su recámara y alzó de junto á la cama un amplio tapete de paño rojo, sobre el cual estaba extendida y ajustada la piel del capitán Margaritte.

—¡Qué lástima—agregó Amador—que le hubiera yo desbaratado la cabeza y la cara, pues tenía muy buena cabellera rubia y un bigote muy espeso!

***

Así eran las venganzas de entonces y así eran de crueles y desalmados algunos guerrilleros.

Digitized by Google

Doscientos duros de limosna.

En una de las veces en que fué á Madrid Adelina Patti, causando como siempre gran entusiasmo, los diarios repitieron hasta la saciedad que la celebrada artista había nacido en la Villa del Oso y del Madroño, es decir, que era madrileña, bautizada en la Parroquia de la Red de San Luis.

Contentos y orgullosos se mostraban todos los madrileños con ese dato biográfico, y no era raro escuchar en los cafés y en la Puerta del Sol, frases como éstas:

—¿Ya oiste á la paisana cómo canta el papel de Rossina en *El barbero de Sevilla*?

—¿Fuiste anoche al Real, á deleitarte con la diva española?

—Chico, ¡pero si á esta mujer admirable se le conoce lo madrileño á leguas! Los ojos, la sal, la gracia, son de aquellos que están gritando Madrid á los cuatro vientos!

Digitized by Google

Y sucedió al fin, según contaban en el Mentidero, que una noche, cuando Adelina estaba en su habitación rodeada de músicos, cantantes, actores, poetas y periodistas, sonó de pronto la campanilla anunciando visita de respeto, y el criado se presentó avisando que deseaba hablar con la eminente artista un sacerdote anciano.

—Que pase inmediatamente—dijo la Patti, y á los pocos instantes se presentó en el saloncillo un vejete tembloroso, de cuerpo encorvado, vestido con una angosta y larga sotana negra, de ojitos negros y vivos, de nariz aguileña, de boca desdentada y hundida y de barba saliente. Traía en una mano el negro y típico sombrero acanalado, en la otra un pañuelo de yerbas (en México los llamamos Paliacates) y un grueso bastón que le servía de báculo.

—Buenas noches—exclamó con voz suave y reposada.—¿Es aquí donde puedo hablar con la señora Patti.

—A sus órdenes, señor cura—, contestó la diva.

—No puedo salir aún de mi sorpresa—agregó el sacerdote—; ¡quién me lo hubiera dicho! ¡Tanto honor yo no lo merezco ciertamente! ¡Dejadme, señora, que mientras más os mire, menos crea en tan fausto suceso!

Digitized by Google

—Diga usted, que no entiendo — repuso Adelina.

—Pues la historia es muy sencilla; yo soy el cura de la parroquia de la Red de San Luis; he visto en los periódicos que allí se bautizó la insigne artista que por todas partes se capta admiración y aplausos, y al consultar los libros de partida de bautismos me encontré, con gran sorpresa, que á mí que llevo más de treinta años de ser allí el párroco, me tocó la fortuna de derramar las aguas del Evangelio en esta cabeza que hoy tengo delante de mis ojos.

—Hijita mía—continuó el sacerdote visiblemente conmovido—; ¿quién había de decirme que en esa primorosa cabecita que yo empapé con las aguas del Jordán, había de ceñir más tarde la gloria sus inmarcesibles laureles? ¿No es verdad que había yo de venir á conocerte y á estrechar tu mano, con esta mano mía que ungió tu cuerpo de recién nacida con el óleo santo, y puso la sal en tus labios y la bendición del cielo en tu alma?

La Patti, enternecida, se levantó de su asiento y abrió sus brazos al anciano que le dirigió nuevas frases de cariño con los ojos llenos de lágrimas.

Después de que el sacerdote conversó un poco con la diva y con algunos de los que

Digitized by Google

allí la acompañaban, se despidió con exquisita amabilidad ofreciendo volver alguna noche, y la Patti lo detuvo diciéndole con afecto:

—Bueno, señor cura, yo creo que usted no tendría inconveniente en ir al Teatro Real para oirme cantar *Favorita,* y que así pueda juzgarme como artista.

—Hijita mía, con verdadero regocijo iría á escucharte; pero esta corona y esta sotana me lo impiden; en cambio, si alguna vez te acuerdas de los pobres de mi parroquia y quieres socorrerlos por mi conducto, Dios bendecirá tu caridad cristiana.

La Patti fué á abrir su armario y volvió con dos billetes de 100 duros, que entregó al sacerdote, diciéndole:

—Hacedme el favor de repartir ésto entre los que creáis más necesitados.

Fuese el cura, y al día siguiente todos los periódicos narraban con encomio su visita á la diva y el desprendimiento de ésta

En el mismo día apareció en un diario de la tarde una carta que decía, poco más ó menos, lo siguiente:

«Señores redactores: He leído en su ilustrado diario el párrafo en que se anuncia que el cura de la parroquia de la Red de San Luis, que ejerce dicho curato desde hace más de treinta años, fué ayer á visitar á la

Digitized by Google

señora Patti, asegurándole que la había bautizado, y recibiendo de ella 200 duros para los pobres de su feligresía.

»Siento mucho el suceso; pero el cura de la parroquia de la Red de San Luis, desde hace más de un año soy yo, y no sé si aquí se bautizó la señora Patti, ni yo he ido á visitarla, ni he recibido de sus manos ninguna suma.—*X*».

Los lectores comprenderán claramente que un timador se disfrazó de sacerdote y fué á representar la farsa, que terminó con una estafa de 200 duros.

En todo Madrid se comentó el suceso, y en honor de la verdad, muchos alabaron la habilidad con que se llevó á cabo el timo, y decían que la Patti misma se reía del hecho, aplaudiendo la serenidad del que fué á engañarla en presencia de todos los periodistas y de tantas gentes de arte y letras.

Y, como dijo el poeta:

Y si lector dijeres ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.

Digitized by Google

Los hermanos Valleto.

Los distinguidos y reputados artistas fotógrafos Julio, Guillermo y Ricardo Valleto nacieron en la ciudad de México.

Son hijos de D. Miguel Valleto y de doña Teresa Herrera, originaria de Veracruz.

Don Miguel perteneció á una familia de abolengo, muy acomodada y muy conocida en la alta sociedad española, y se separó muy joven del hogar paterno, consagrándose al teatro, al lado de magníficos actores.

De arrogante apostura, pulcro en el hablar, elegantísimo en el vestir, muy ilustrado é inteligente, de modales de extremada finura, fué en todas partes recibido en los más altos y cultos centros sociales, sin que para ello fuera obstáculo la circunstancia de ejercer la carrera dramática, porque era de aquellos caballeros sin tacha que lo mismo honran y enaltecen la escena como el estrado, donde se les escucha con respeto y con cariño.

El erudito escritor García Cubas encomió

Digitized by Google

á D. Miguel en su obra *El libro de mis recuerdos*, y no es el único, pues cuantos han tratado de los artistas de otras épocas le tributan, como á nuestra compatriota Soledad Cordero, justas alabanzas á su genio y á sus virtudes.

El Apuntador, periódico teatral de aquellos tiempos, le retrataba diciendo: «el señor Valleto es bien formado; tiene una fisonomía expresiva, ojos vivos, buena acción y modales muy finos en la escena y fuera de ella. Su porte es aristocrático, su trato caballeresco y arreglada y moral su conducta, circunstancias que le hacen muy estimable en la sociedad, tanto como su mérito en el teatro. En el género serio tiene sensibilidad, fuego, nobleza y dignidad.»

Era un gran intérprete de las obras de Bretón de los Herreros, y en la vida social sus amigos fueron siempre los jóvenes más bien educados y más elegantes de la sociedad méxicana.

Como padre de familia distinguióse por el empeño sin tregua que puso en la educación é instrucción de sus hijos.

El galano y elegante escritor Enrique de Olavarría y Ferrari, á quien fraternalmente queremos, encomia al Sr. Valleto en su erudita y valiosísima *Historia del Teatro,* obra

Digitized by Google

que reclama ser continuada, por ser única en su género, y de un mérito extraordinario.

Don Miguel Valleto vivió algún tiempo en Veracruz, donde nació su primogénito, que lleva su mismo nombre, y que desde 1876 sirve con eficacia y exactitud ejemplares, en la Aduana de aquel puerto.

Vino después á radicarse á México, ocupando la casa de la esquina del Coliseo y San Francisco (donde hoy está el hotel de San Carlos), y allí vieron la luz sus hijos Julio, Guillermo, Ricardo, Concepción y Teresa.

Julio, muy dedicado desde niño á los estudios de Física y Química, se consagró al arte fotográfico y se puso á trabajar para el público, en el año de 1864, en un taller establecido en la calle de Vergara, número 7.

Más tarde, interesó la afición de sus hermanos, quienes primero por ayudarle y después por haberle cobrado amor á la profesión, trabajaron con él, dando desde entonces los tres hermanos, ejemplo de unión fraternal que, en nuestro concepto, ha sido el secreto del progreso, de la estabilidad y del crédito de su casa.

En breve tiempo fueron tan estimados sus trabajos, que ante su cámara obscura acudieron á situarse para ser retratados los más distinguidos personajes de aquella época,

Digitized by Google

toda fausto y toda esplendores, porque se ensayaba en México la forma monárquica, y el Gobierno y la sociedad imitaban el lujo de la corte de Napoleón III.

El infortunado Maximiliano, como ya lo hemos dicho en otro artículo, intentó ir á retratarse con los hermanos Valleto, y se lo impidió una enfermedad, y un año después, el mismo mes, en el mismo día y á la misma hora, el Presidente Juárez, fué á retratarse, habiendo exclamado cuando supo esta coincidencia: «Así es el mundo».

Derribado el Imperio, los generales republicanos vencedores, los diputados, magistrados, empleados de alta categoría, etc., acudieron espontáneamente también á ponerse delante de las máquinas que habían reproducido á mariscales de Francia, generales austriacos, franceses y belgas; al príncipe Kevenhuller, al conde de Bombelles, á las damas de la Emperatriz y á las más distinguidas señoras de México.

Las dignidades de la Iglesia, las eminencias del Foro, de la Banca, de la Tribuna y de la Cátedra; los desposados más notables en to-

Digitized by Google

das las épocas, han ido á ese taller tradicional, y por esto, cuando alguien que ha envejecido en México, observa y revisa aquellos archivos mirando negativas ó tarjetas, surgen á sus ojos séres, cuadros, trajes, cosas de tiempos que huyeron, y que allí se codean y se confunden con lo nuevo, con lo moderno, con lo que priva en la actualidad, como lo más refinado en el arte.

Los hermanos Valleto, siempre han estado al corriente de todas las mejoras en su ramo, y nadie desconoce que ellos han sido los introductores de dichas mejoras en nuestro país, y que han llamado siempre la atención con sus novedades artísticas.

En 1871 trasladaron su taller á la primera de San Francisco, 14, y treinta años más tarde, en 1901, á la segunda de San Francisco, 2.

Es decir, han trabajado sin cesar cuarenta y un años, y en ese tiempo han desfilado delante de sus cámaras obscuras, más de 90.000 personas.

Julio se consagra en el trabajo á la parte química; Ricardo á los trabajos al carbón y á las positivas, y Guillermo al decorado, á la posición, á las actitudes, al conjunto estético de cada obra.

Sus estudios de arte han sido perfeccionados en Europa. Julio Valleto estuvo en París

Digitized by Google

al lado del gran maestro veneciano, Ingeniero fotógrafo Montalti, que acompañó al inmortal Lesseps á los trabajos de apertura del Canal de Suez, y además estudió en Viena con Heder, en Berlín con Kleffer, en Buda-Pest con el profesor Khloller.

Guillermo, después de trabajar al lado del Profesor Biber, de Berlín, que era el fotógrafo del Emperador de Alemania, y su taller reputado como el de mayor fama y valía, estudió en Amsterdam (Holanda), en Viena y en Bruselas.

Ricardo, discípulo también del afamado Montalti, aprendió á trabajar al carbón en Inglaterra é hizo diversos estudios en París y Alemania.

Los tres hermanos, durante esos estudios, trabajaban confundidos con los obreros de cada país, y observaban la manera más eficaz para obtener buenos resultados.

En los Estados Unidos visitaron magníficos talleres, y tanto allí como en Europa, han alcanzado en las Exposiciones altas y merecidas recompensas, siendo ellos los primeros artistas mexicanos que obtuvieron en fotografía premios en los certámenes de Europa.

En la Exposición Universal de París de 1900, sacaron la medalla de oro, y en la Ex-

Digitized by Google

posición también Universal de Saint Louis Missouri, en 1904, obtuvieron el gran premio.

Acostumbrados desde niños á la vida elegante, lo revelan en todo lo que les rodea, así en sus salones, como en su «atelier», que es un modelo de orden y de lujo.

Han vivido trabajando, y su gloria estriba en honrar á la patria en el extranjero, y en satisfacer las exigencias de un público que acude en su busca sin ser llamado con «réclames» á la usanza moderna.

Han visto desfilar delante de sus máquinas á niñas que hoy son jóvenes, á jóvenes que hoy son matronas, á matronas que ya son ancianas.

Un día, frente á esa máquina, colocaron á mi nieto, y yo le decía sin que me entendiese:

—En ese mismo lugar se ha retratado tu padre.

—¿Sí?

—Y tu abuelo.

—¿Sí?

—Y tu bisabuelo. ¡Ah! ¡Y cuántos pueden decir lo mismo!

Niñitas que allí se retrataron atadas con un cordón de seda sobre una silla y con el biberón en la mano, llevan hoy á sus hijas á que las fotografíen de igual manera.

Pero los procedimientos han cambiado.

Digitized by Google

hoy todo tiene mayor realce, más gusto, más mérito artístico. La ciencia ha progresado mucho, y pronto, muy pronto acaso, se descubrirá la fotografía con colores.

¡Qué desgracia para aquellos que tenemos el cabello blanco!

En cambio, qué alegría para los de mejillas sonrosadas y cabellos rubios.

Esos verán lo que á muchos ha de escondernos la obscuridad del sepulcro.

Y al pensar en nosotros los que todavía amen nuestro recuerdo, si alguno lo conserva, nos conocerán en retrato, y al ver la marca «Valleto hermanos», dirán: «está hablando»; porque sin ofender á nadie, los retratos hechos por ellos, viven y hablan.

Los tres hermanos son de esos artistas que observan doble culto: al arte, en sus más brillantes manifestaciones, y á la patria, á la sociedad y á la familia, en todo lo que tienen de sagrado y de adorable.

Digitized by Google

Yucatán poético.

Rosado Vega y sus versos.

FRAGANTE como una tuberosa; limpio como un pétalo de gardenia recién abierta, ha venido á mis manos un libro doblemente hermoso, por el contenido y por la edición que de él hizo la imprenta «Gamboa Guzmán», de Mérida.

Se intitula: *Alma y Sangre, Las peregrinaciones del Amor y del Ensueño, Otras visiones y Otras ansias, Los Poemas.*

Su autor es Luis Rosado Vega. Un joven de perfil romano, de mirada sagaz, de frente que dice á todos en su espaciosa bóveda: soy poeta.

No lo he leído, lo he devorado con delectación, y encuentro en cada una de sus páginas algo nuevo y mucho hermoso.

A mí no me importan las escuelas, me importa que el autor tenga inspiración, originalidad, alma.

Digitized by Google

Y Rosado Vega es poeta por los cuatro costados. Se adivina leyéndolo, que ha tenido sus vacilaciones entre el género clásico y el modernismo. En este último, su instinto le ha hecho detenerse, para no llegar hasta las excentricidades, y después su genio de verdadero poeta lo ha obligado á dejar ese sendero para seguir el de la buena escuela, que le ha proporcionado sus mejores laureles.

Tiene colorido é inspiración; es desbordante; siente y ama.

Tres composiciones suyas son tres estrellas que forman un cinto de Orión en el cielo de estas páginas: *Marinas, Las Voces del Bosque* y *El Naufragio de las Almas.*

En *Marinas*, está pintada la vida y las maravillas de la costa y del Océano, como en esas paletas encantadoras que compran cautivados los viajeros á la hora del crepúsculo en la bahía de Nápoles.

¡Qué viveza de colores! ¡Qué armonía en los conjuntos! ¡Cuánta belleza en cada cuadro!

Las Voces del Bosque, perdonándole los giros que llaman *nuevos*, tienen numerosísimas bellezas.

Digitized by Google

I

Así dice el ave: La garganta mía
cantando desgrana perlas de armonía;
trémolos sonoros, rimados suspiros
que la leve brisa se lleva en sus giros;
fugas musicales, notas peregrinas,
que imitan el lloro de las bandolinas.
Yo soy el poeta que en rimas hermosas
reverentemente corteja á las rosas,
despertando en ellas quién sabe qué anhelos
con mis madrigales y mis ritornelos.
Trovador bohemio, de ilusiones rico,
todo mi tesoro lo llevo en el pico;
bajo mi sedosa casaca de pluma
gallardo es mi porte, mi elegancia suma.
Soy rico, soy sabio, y son mi divino
tesoro y mi ciencia, el vuelo y el trino.
¿Sabes lo que dicen trinando las aves?
Lo saben las rosas, mas tú no lo sabes.
Consulta el Enigma, si saberlo ansías;
pídele la clave de mis armonías,
y si bueno eres y con santo empeño
rezaste tus preces al dios del Ensueño,
en voces secretas te dará la clave
que descifra el dulce lenguaje del ave.
¡Volar!... ¡Si supieras qué hermoso es el vuelo!...
¡Subir y sentirse muy cerca del cielo!
¡Cantar!... Si supieras lo que son los cantos...
¡Ser nota en las dichas y nota en los llantos!
Sé libre y sé bueno, y pasa la vida
mirando á los cielos... y canta y olvida!

Digitized by Google

¿No es cierto que sólo siendo poeta puede escribirse así? Escuchando estos versos, puede aplicarse á Rosado Vega esta linda estrofa suya, tomada de la misma composición:

Poeta, que la música de tu lengua canora
me arrulle, y que me ofrezca, como en un haz de ensueños,
sus rimas ideales; también soy soñadora
de sueños peregrinos, tan castos y risueños,
que no sé si mis sueños son puros cual la aurora,
ó si la aurora es pura como lo son mis sueños.

Toda la poesía *Las Voces del Bosque*, es bellísima, lo mismo puede decirse de *El Naufragio de las Almas*.

Qué bien descrita aquella nave que sobre la mar encrespada conduce á los dos amantes á «la ciudad que promete la esperanza».

Muy blanco es su velamen
que se despliega leve,
su proa es como un seno,
muy frágil su timón;
y lleva sobre el mástil
un pabellón de njeve,
y en él, como un escudo,
grabado un corazón.

Quien quiera deleitarse con preciosas rescripciones, con pensamientos levantados, lea esa poesía, que parece uno de esos tapices orientales, en que todos los matices, en abigarrado pero bellísimo conjunto, se disputan la supremacía.

Digitized by Google

Y cuando Rosado Vega quiere trazar cuadros sencillos á lo Trueba, escribe *Vamos á la romería*, que nada deja que desear en pureza y en frescura:

«Hermanita, vamos á la romería
de la Virgen, todos á su ermita van.
No tardes, no tardes, que ya avanza el día;
si un pecado tienes, hermanita mía,
no temas, la Virgen te perdonará.»

. . . . . .

¡Qué alegre está el campo con sus florecillas
de fragante cáliz y vario matiz;
con sus amapolas y sus maravillas...
porque de esas flores tienen tus mejillas;
hermanita, el campo se parece á ti!
Ya está; ya llegamos, ve cuánta bujía
y cuántos rosales hay en el altar;
allá, en lo más alto, la Virgen María,
contenta, sin duda, de su romería,
parece que á todos las gracias les da.

Y concluye diciendo:

Deja esos tus llantos, hermanita mía,
para aquellos tiempos que después vendrán,
en que no vayamos á la romería,
que entonces... entonces la Virgen María
quizá nuestras culpas no perdonará.

La poesía intitulada *La canción del Céfiro*, es una filigrana, y se reunen en ella la alteza de las concepciones y la claridad del buen decir, sin rebuscamientos ni palabras sacadas del fondo del *Léxico*.

Digitized by Google

Luis Rosado Vega es un príncipe heredero de la encumbrada inspiración de los más famosos bardos yucatecos, expresada en la mejor forma y con toda la galanura de las rosas recién abiertas.

La tierra que produjo á Andrés Quintana Roo, Wenceslao Alpuche, José Antonio Cisneros, Mariano Trujillo, Luis y Andrés Aznar Barbachano, Nicanor Contreras Elizalde, Ramón Aldana, Pedro Ildefonso Pérez, Wenceslao Rivas, Joaquín Castillo Peraza, Manuel Barbachano, Fernando Juanes González Gutiérrez (Milk), y que aún tiene vivos un José Peón Contreras (nuestro gran dramaturgo y lírico) y un Justo Sierra, mira con orgullo que no se extingue el sagrado fuego de las musas, y que surge, alimentándolo, una falange de jóvenes, entre los cuales descuellan José I. Novelo, Mediz Bolio, Carlos B. Menéndez, Arredondo y Castro, y... pero vaya usted á citar á todos, ¡son tantos!

Esa juventud yucateca tiene en su corazón el fuego de la tierra rica y ardorosa en que ha nacido. Derrocha los pensamientos hermosos como derrocha el oro en sus grandes manifestaciones de simpatía, y es noble, estudiosa, alienta esperanzas y ama el terruño, como á las niñas de sus ojos. No hace muchos días me preguntaba un amigo:

Digitized by Google

—¿Usted no fué á las fiestas de Yucatán?

—No fuí.

—¿Por qué?

—Porque no me invitaron.

—¿No es amigo de usted Calero?

—No.

—¿Y Rubio Alpuche?

—Tampoco.

—¿Y Sierra Méndez?

—Puede que sí.

—¿Y habría usted ido á decir algo?

—Hombre, á decir, no; pero sí á dar...

—¿A dar qué?

—Un abrazo muy estrecho á los poetas, y uno muy fraternal y cariñoso á Novelo y á Luis Rosado Vega, el autor de este precioso libro que tengo en la mano, y que es una joya del Parnaso.

Rosado Vega no sólo promete ser, sino que ya es una personalidad literaria.

Que recoja tantos laureles como versos escriba en su vida, que le deseo larga y llena de todo linaje de venturas.

Digitized by Google

Algunos versos

del señor Licenciado D. Francisco Elguero.

I

A Don Francisco Elguero, persona de clarísimo talento y de vasta sabiduría, le conocíamos como abogado de envidiable reputación, por su honradez sin tacha y su bufete lleno de negocios, sin sospechar que era devoto ferviente de las musas.

Y de pronto llega á nuestras manos un volumen clara y elegantemente impreso, con el modesto título de *Algunos Versos*, y al hojearlo con interés, fuimos de sorpresa en sorpresa, encontrándonos con un poeta de los que no rinden vasallaje á lo que no sea alto y hermoso por su esencia.

El docto y elocuente Arzobispo de Michoacán, D. Atenógenes Silva, en breve pero hermosa carta, dirigida al autor del libro, y que le sirve de pórtico, dice al referirse á las composiciones:

Digitized by Google

«En el fondo se descubre luego la grandeza de los asuntos, la elevación del pensamiento, la rectitud de las ideas y el criterio perfectamente cristiano. En la forma esplende la belleza literaria y la poesía verdadera que, á mi modo de ver, consiste en revestir de forma sencilla y agradable la grandeza del pensamiento.»

Tan cierto es lo que el talentoso Sr. Silva afirma, que á cada paso vemos cómo los más inspirados dan á una idea bien conocida novedad y hermosura al revestirla con elegante y rico ropaje.

No es Elguero de los que se deleitan en romper, como se dice ahora, los viejos moldes del buen decir y del claro pensar, ni gusta de escribir en esa jerga que requiere diccionarios especiales y entendederas sobrehumanas. Respeta las leyes, y sus versos son claros, diáfanos, comprensibles y bellos.

La poesía debe ser sencilla, como esas campesinas á quienes bastan su propia frescura y sus vivos colores para asemejarse á las rosas nuevas, ó grave, majestuosa y elevada como las grandes maravillas de la Naturaleza.

Horacio llamaba á Icceo torrentoso, porque remedaba con su elocuencia la sonora majestad de un torrente, y no hay quien nie-

Digitized by Google

gue á Dante el título de altísimo, porque se remonta en sus concepciones á la región de las águilas.

El verso que no es claro no conmueve ni se queda grabado en la memoria, lo cual se comprueba mirando que los menos amantes de la poesía se saben de memoria muchos versos que les cautivan, porque siendo tan claros, y estando tan llenos de sentimiento, impresionan y deleitan á todos.

Elguero advierte en su libro á los lectores que no se cree poeta, porque nadie que lo es cree serlo; que se complace de haber escrito versos, gusten ó no, porque esa labor le ha servido á la par de divertimiento y de consuelo en terribles pesadumbres, y porque consagra el producto de la venta de esas poesías, que no dañan la fe ni sirven de Galeoto, á un asilo de huérfanos.

II

Y ahora, dicho esto, véamos la obra.

Amante de las grandezas de la Edad Media, canta en hermosos sonetos, así al siglo XII como á la Catedral Gótica, donde

«De aquel recinto en el espacio umbroso,
la tibia luz y el funerario suelo

Digitized by Google

convidan á la muerte y al reposo,
en tanto que la ojiva de granito
rasga los aires, nos señala el cielo
y nos dice: ¡Volad al infinito!»

Encuentro este soneto tan bello como el que Núñez de Arce intituló *A una pirámide de Egipto* y los que el general Riva Palacio consagró al Escorial y á la Catedral de Toledo.

No son menos hermosos en el libro de Elguero *La Catedral Anónima,* que termina así:

«No mienta el edificio soberano
al artista sin par; pero el creyente
de tal silencio descubrió el arcano.
¡Doble el orgullo la altanera frente!
Calló su nombre el constructor cristiano;
pero habla su humildad eternamente!»

La Campana, que parece inspirado en *Vivos voco, Mortus Plango, Fulgura frango,* y comienza con estas hermosas cuartetas:

«Lengua de bronce, en boca de granito
es voz solemne de la fe cristiana;
alza hasta el cielo, de la raza humana
himno de gozo ó de dolor el grito.
El hombre antiguo, mísero precito,
desconoció su lengua soberana;
hoy el grave tañer de la campana
es la oración del mundo al infinito.»

Lo cual nos recuerda aquel pensamiento de F. Schiller, en su canto *La Campana*:

Digitized by Google

«Una voz divina más—que alterne con las estrellas—que en su giro regular—la gloria de Dios pregonan—y leyes al año dan.»

Elguero muestra su admiración por los grandes pensadores y poetas, y lo mismo se extasía con Santo Tomás de Aquino y San Bernardo, como con Dante, con Virgilio, con Shakespeare, á quien dice:

«¿Quién sondeará el abismo de tu mente,
espejo fiel, que retrató en el mundo
de cada sér el tipo diferente?
Eres tú como el mar, y en lo profundo
del piélago sin playas de tu alma
reina la augusta, la perenne calma.»

Con cuánta exactitud dice al hablar del gran trágico inglés y del Dante:

Son hermanos los dos, genios hermanos,
que si se encuentran en la selva obscura,
hubieran arrostrado su pavura
firmemente cogidos de las manos.

. . . . . .

En ambos el amor al bien encierra;
pero el latino es el cantor del cielo,
y el sajón el poeta de la tierra.

Y qué hermosa imprecación á Cervantes:

Es mi libro muy pobre—nos dijiste—
porque es igual á mí.—¡Varón preclaro,
si no hay joyel tan exquisito y raro
que valga lo que el libro que escribiste!

Digitized by Google

¿Y á Goethe? En ese soneto está revelada la fe firme é imperturbable que reina en el alma de Elguero:

Pero el divino poeta se absorbía
en la contemplación de la belleza
y los ojos al cielo no volvía.
No cambio por su gloria mi vileza,
él fué grande no más mientras vivía,
yo aguardo ¡cielos! eternal grandeza.

¡Qué bien pinta el poeta la blanca figura de León XIII, la predilección de Horacio, la Galatea de Virgilio, las Catacumbas, en que exclama:

Es la ciudad cristiana: allí germina
la semilla de Cristo en lo profundo,
como en la tierra el brote de la encina;
y por esfuerzo insólito y fecundo
ya la fe sube á la imperial colina
para alumbrar los ámbitos del mundo.

El Convento de Monjas, tiene versos tan nítidos como estos:

Entre gasas de trémula neblina
el rústico convento me parece
un palacio de hadas que se mece
sobre la cumbre de gentil colina.
Ya en Oriente la estrella matutina
á los rayos del alba palidece,
y resuena de pronto y me estremece
la voz de las campanas argentina.

No en vano le puso Elguero como epígrafe este pensamiento de Ozanam: «Ignoro si la

Digitized by Google

idea no es atrevida, pero la Cartuja incrustada en el hueco de las montañas, paréceme un nido solitario, donde las almas santas congregadas y cobijadas bajo las alas maternales de la religión, se engrandecen apaciblemente para volar un día al cielo».

Así nuestro poeta pinta con otro soneto *La Cartuja,* la solemne paz del asilo en que al traspasar sus puertas, se respira profundo silencio, el pasado se borra y el alma, despertando á la luz, queda con Dios sola y cara á cara.

III

En todos los versos de Elguero esplende la fe consoladora y firme, y así cuando el dolor le inspira cantos á su hijo muerto, señala como único bálsamo la esperanza en otra vida y la resignación como fortificante lluvia del cielo.

Numerosos son los sonetos que podría citar aquí, algunos dulcísimos y hermosos como *El Crucifijo, Stela confidente, Resurrecturus, La Pobreza, A mi Hija, Rancé y el Ateo,* así como muchos de los que constituyen la parte de la obra intitulada: *A la Clemencia Divina*, que son tesoros de meditación sana,

Digitized by Google

de convicción inquebrantable, porque Elguero no oculta sus sentimientos piadosos, se envanece de ellos y estos versos resuenan como esa música grave, pero hermosísima, que en las grandes solemnidades religiosas acompaña á las plegarias de los fieles.

La musa mística, cuando es bien comprendida y bien interpretada, como en este caso, tiene múltiples bellezas, y nada hay más grato que regocijarse en sus inefables dulzuras.

Filosóficos y llenos de fondo son los sonetos consagrados *A la vejez*, de la cual decía Riva Palacio:

> que tiene la vejez sus horas bellas
> como tiene la tarde sus celajes,
> como tiene la noche sus estrellas.

Elguero canta así las primeras escarchas que platean el cabello y que, como él dice

> «que nievan el espíritu y la frente.»

como el olvido, la salud, los placeres y la muerte, que forman y completan el cortejo de los últimos años.

En sus pensamientos sobre la muerte, hay esa profunda severidad que yo he encontrado en los inmortales versos del inspirado poeta sueco Juan Olof Wallín, fallecido en la primera mitad del siglo pasado, y á quien

Digitized by Google

Tagner, el primer bardo de Suecia, llama *el David del Norte*, pues su poema *El Angel de la Muerte*, tiene estrofas que se asemejan á los salmos:

¿Qué fuera la virtud, si cual se apaga
chisporroteando el ascua entre cenizas,
en ceniza no más, se convirtiera
el corazón del hombre, todo fuego?
¡Héroes que por la patria os inmolasteis,
genios sedientos de ideales dichas,
víctimas del dolor, ó la miseria,
alzáos y decid que no fué en vano!

Esto clamaba Wallín, y así piensa y siente y se expresa Elguero, y así dice á León XIII en su muerte:

Vuela, vuela feliz, alma querida,
y sin obscuridades y sin velo,
contempla glorioso el mismo cielo
que apóstol nos mostrastes en la vida.

IV

En la sección que intitula *Poesías diversas*, son de notarse otra á León XIII, viril y galana, y Jesucristo y Napoleón.

Así como nuestro sonetista Carpio pintaba al vencedor de Marengo, con lágrimas en los ojos, sentado sobre una altura á la orilla del mar de Santa Elena, Elguero lo pinta en una

Digitized by Google

tarde, ya prisionero, frente al Océano, comparando sus hechos con los de los más insignes guerreros, y exclamando al fin, triste y convencido de lo que es la vida:

«Héroes—dijo—pasáis como la espuma;
apenas yo venero vuestros nombres;
ni el alto imperio ni la ciencia suma
os ganan el cariño de los hombres.
Yo dominé la tierra y estoy solo;
Cristo rinde en la Cruz los corazones;
¿quién gana sino Dios de polo á polo
y por siempre el amor de las naciones?
. . . . . .
¡Cuánto conozco el corazón humano!
Nunca para mi vista tuvo velos;
mientras que el de Jesús es un arcano
más hondo que los mares y los cielos.»

En todo, como he dicho, se revela el poeta creyente, pero creyente como aquellos mártires que se entregaban á las fieras con los ojos fijos en el cielo azul de Roma y el alma henchida de divinas esperanzas. Una fe así es la que forma á los seres superiores lo mismo en poesía, que en pintura, en escultura y en música, porque ella ha sido, es y será, lo mismo en las ciencias que en las artes, la aureola eterna que baña con refulgentes rayos de alborada las obras humanas.

Elguero, en lo descriptivo, es un pintor de gran colorido, lo cual se comprueba leyendo su fragmento del poema *La Oración de la*

Digitized by Google

Tarde, en sus traducciones é imitaciones de J. M. de Heredia, de Teodoro de Banville, de Shakespeare, del Conde de Shouvaloff, de Malherbe, de Faber, de Verdaguer (que son magníficas), de Víctor Hugo y de Lamartine (*El Lago* y el *Canto de los Huérfanos*).

No siempre el *tradutori* es *traditori*, como dicen los italianos; Elguero poeta, ha sabido interpretar unas veces, imitar en otras y traducir siempre bien á los poetas.

V

El libro termina con un canto á D. Vasco de Quiroga, aquel insigne varón que dejó un nombre inmortal en las páginas de la historia.

Es una poesía digna del angélico Obispo, y Elguero se lamenta de que en Michoacán, de cuya fértil tierra es el padre legítimo, no se le haya erigido una estatua:

XII

¿Por qué ¡oh Padre! en las márgenes del lago
premio del arte á tu virtud no veo?
Eternice la patria agradecida
allí en aquel lugar tu justa gloria,

Digitized by Google

del modo que del Santo Borromeo
Milán ha conservado la memoria.
El indio desvalido, el indio ignaro,
en su infantil más noble sentimiento,
si te formara un raro
y digno y perdurable monumento,
en cierto punto de la patria sierra
sobre la húmeda tierra,
profundamente se imprimió tu planta
y es tu pueblo tan fiel y tan constante,
que aquesa huella santa
tres siglos há mantiene el caminante.

Alude Elguero, y así lo expresa en su nota, á lo que, acerca del particular, dice el general Riva Palacio en su magnífico tomo de *México á través de los siglos,* volumen II, página 226. La nota es tan interesante, que no resisto al deseo de transcribirla:

«El grande amor de los tarascos al Sr. Quiroga, y el recuerdo que conservan todavía de su memoria es notable, sobre todo en la sierra de Nahuatzen y Paracho: hay un punto en esa sierra que se llama «Obispo Tirécua», que quiere decir: «lugar donde comió el Obispo», sólo porque una vez, pasando el señor Quiroga por ahí, se detuvo en aquel lugar para tomar algún alimento.

»Yo he presenciado un hecho que indica hasta qué punto se conserva y venera la memoria del Obispo.

Digitized by Google

»En el año de 1866, en tiempo de la guerra contra los franceses, pasaba yo con una división de Infantería por la sierra de Paracho, y en un punto en que el camino se ensanchaba formando una pequeña plazoleta, descubrí una especie de altar ó monumento rústico de cantera, de poco más de un metro de altura y sin adorno de ninguna clase; por delante, y al pie de este monumento, el terreno estaba algo hundido, formando una pequeña oquedad como esas que se ven en los caminos carreteros muy transitados y poco cuidados; procuraba buscar algo que me indicara el objeto ó el origen de aquel monumento, cuando ví desprenderse de las filas á muchos soldados que llegaban corriendo y sin atropellarse, metían el pie derecho en aquella oquedad del terreno y volvían á tomar su colocación en la columna. Muchas mujeres hicieron lo mismo, y si llevaban niños cargando, los ponían en tierra y los hacían meter también el pie derecho; uno de los Oficiales me explicó lo que aquello significaba.

«Pasando una vez á pie por aquel terreno el Obispo Quiroga, por ser tiempo de aguas, el terreno estaba falso, y al dar un paso se le hundió el pie derecho, dejando marcada profundamente la huella.

Digitized by Google

»Desde entonces, y hace más de trescientos años, aquella huella se ha conservado, porque desde entonces cuantos indios han pasado por ahí, van á meter el pie derecho en aquel agujero, y con objeto de que no vacilen ó pierdan el lugar, se colocó aquel rústico monumento.»

Bien, muy bien, ha hecho Elguero en cantar al inmortal Obispo que aplacaba los rigores de los encomenderos, que fundó la ciudad de Pátzcuaro, dirigiendo la fábrica de su santuario, que trajo el «plátano» al país, que dió oficios á los indios, amándolos como si fueran sus hijos, y que legó en sus obras toda su alma á ese Estado de Michoacán que es, sin hipérbole, el paraíso de la República.

Después del canto á D. Vasco, se encuentran otros sonetos, entre los cuales culmina el que se intitula *El árbol de invierno:*

¡Qué triste estás! deshízose la blonda
copa otoñal en tu nevada frente;
ya no regalas ámbar al ambiente,
ni palpita á tu pie la móvil onda.
Ya no hay rumor de abeja que responda
á tus dulces rumores blandamente;
ya no llora la tórtola inocente
en el discreto asilo de tu fronda.
¡Qué triste!, mas discurre todavía
la savia por tus yemas, y el verano
te habrá de devolver el rico adorno.

Digitized by Google

¿Cómo no ha de tener, Dios soberano,
la primavera de la vida mía
en otra vida, tan feliz retorno?

Tan buenos como éste, son: *Día de muertos, El homenaje de David, Isabel la Católica, La muerte de Santa Teresa, A Baco* (imitación de Virgilio), *El poeta campesino* y el último de la colección *A España* en el Centenario del Quijote, que termina así:

Ya no ilumina el Nuevo Continente
aquel astro feliz, jamás extinto
en los reinos de España deslumbrantes;
mas otro nuevo sol alza la frente,
y sucede al del César Carlos Quinto
para nunca morir, el de Cervantes.

En resumen, Elguero es un poeta que, según la frase del Duque de Rivas, piensa alto, siente hondo y habla claro. Su libro puede entrar á todos los hogares dejando en ellos suave aroma de pureza, porque es un ramillete de azucenas del alma.

El estilo es el hombre y aquí se comprueba, porque el autor es de esos caballeros que si hubieran nacido en la Edad Media, asombrarían con su piedad y sus acciones.

Hoy, en medio de la atmósfera en que vivimos, todos decían: Elguero es un sabio jurisconsulto, un creyente ejemplar, un caballero sin mancha, y después de leer sus ver-

Digitized by Google

sos todos exclamarán: es un poeta; es un inspirado que bebe en los raudales de la fe y de la esperanza las aguas puras de una inspiración sana y luminosa.

No se olvidará su nombre, ni se desdeñarán sus obras en los anales del parnaso nacional, porque lo bueno perdura, y lo que con tan noble intención y con tan elevado númen se ha escrito, no perece ni se desdeña.

Yo le envío mis aplausos entusiastas, porque al leer sus versos he conocido su alma limpia y noble y su carácter honrado y firme.

En él no hay dualidad, el poeta es como el hombre, digno de todo cariño y de todo respeto.

Digitized by Google

El poeta Grilo.

Nació Antonio F. Grilo el año de 1845, en esa histórica y melancólica ciudad de Córdoba, á que prestan sombra elevadas palmeras y frescura las aguas del caudaloso Guadalquivir.

El que ha visitado Córdoba no olvida nunca las murallas con inmensos torreones, el monumento de jaspes que remata con un San Rafael de alas de oro, el castillo de la Calahorra y la puerta de Sevilla, que son apoyos del celebrado puente de dieciséis arcos que reedificó Hescham; el alcázar de Alonso XI, la torre de la Mal-Muerta, y sobre todo, la mezquita Aljama, donde emires y califas, creyentes ciegos en Alá y en su Profeta, oraron por la salud de su reino y de su pueblo.

Córdoba ha inspirado mucho á los poetas y á los artistas; sus calles no ofrecen los encantos de la arquitectura ojival, salvo en una que otra fachada ó en algún rosetón de antiguos templos semi-bizantinos.

La mezquita es la que encierra cuantos te-

Digitized by Google

soros posee la arquitectura oriental, y deslumbra, soberbia y cautivadora, al que atraviesa sus umbrales.

Córdoba tiene extensas y frondosas alamedas en el campo de la Victoria; huertas llenas de árboles frutales, y como está situada en una de las vertientes de la Sierra Morena, realzan su pintoresco panorama las tupidas arboledas de los cerros, entre las cuales se asoman las ermitas y surgen como si fueran hebras de plata los chorros de agua que brotan de las peñas.

Por eso dice Grilo:

Hay de mi oscura sierra
sobre las lomas
unas casitas blancas
como palomas.

Y agrega después:

La agua que por las rocas
se precipita
dicen los cordobeses
que está bendita.

Entre verdes olivos, junto al claro arroyo que moja sus raíces se levanta la capilla erigida á la Virgen de la Fuen Santa, cuyo nombre llevan muchas cordobesas, y entre ellas la que Grilo amó intensamente, la que fué su esposa, la madre de su encantadora hija Magdalena, á quien yo conocí pequeñita.

Digitized by Google

Grilo fué á Madrid siendo muy joven, y se hizo pronto de buen círculo de amigos y admiradores, porque recitaba hermosamente, escribía con pasmosa facilidad y cautivaba con su conversación amena.

Después de trabajar como periodista, publicó un tomo de versos con prólogo de Selgas, del inolvidable cantor de las flores, protegido del Conde de San Luis, y que fué siempre tan estimado por su modestia y por sus virtudes.

Grilo entró desde sus primeros años en los más altos círculos aristocráticos, le quisieron mucho la Reina Isabel II, el Rey Alfonso XII, y heredaron ese afecto por él la Reina Cristina y el joven Monarca que es ahora el niño mimado de Europa.

Todo esto le valió tener muchos envidiosos que le insultaban en la prensa, que le negaban el título de poeta, y sólo le concedían el apodo de ruiseñor de los salones.

Pero el hecho es que en silencio, sus más rudos adversarios miraban y aplaudían *La Chimenea Campesina*, que comienza:

Del Betis cristalino, junto á la orilla,
de Córdoba en los bellos alrededores,
hay una casa blanca, pobre y sencilla,
que siempre me recuerda tiempos mejores.

Digitized by Google

El álamo frondoso, la enredadera,
el nogal extendido junto al granado,
la punzadora pita, la verde higuera,
tejen la densa urdimbre de su cercado.

. . . . . .

. . . . . .

Una tarde de Enero llegué á la puerta
De aquella casa blanca, pobre y sencilla,
Que para el caminante siempre está abierta
Del Betis cristalino junto á la orilla.
Saltó el lebrel gozoso, fiel vigilante,
De la heredad aislada que ama y defiende;
Me señaló la senda, seguí adelante,
Como el que ve un amigo que lo comprende.
Una hortelana de esas que el campo cría,
Morena como el trigo, de labios rojos,
Sin hablar al mirarme se sonreía,
Lo mismo con la boca que con los ojos.

. . . . . .

Pero la composición es larga y toda es así, escrita con pluma de oro.

Mucho aplaudieron á Grilo su famosa elegía á la memoria de su amiga la señora doña Amalia de Llano y Dotres, condesa de Vilches, que empieza con estos magníficos versos:

No en la alta torre el fúnebre gemido
De la triste campana;
No en el arco en los aires escondido
En donde el ronco bronce suspendido
El himno entona de la fe cristiana;
No del incienso en la flotante nube

Digitized by Google

Que en impalpables ráfagas brotando
Desde el altar hasta el Empíreo sube;
No en los ecos del órgano sonoro
Que al retumbar en las marmóreas naves
El templo llenan en augusto coro
De santas preces y de salmos graves;
No en la noche sombría,
No en el aislado túmulo desierto;
Es en el alma mía
En donde está el dolor tocando á muerto.

En esa composición se destaca como joya el conjunto de imprecaciones á las musas del llanto:

Dadme vuestros crespones,
Vuestros vagos reflejos vaporosos,
Vuestras mudas y tristes oraciones;
Con vuestros brazos yertos
Llevadme por los aires fugitivos;
Decidme cómo llegan á los muertos
Las secretas plegarias de los vivos;
Descifrarme la voz pausada y hueca
Del huracán que en los cipreses zumba;
Decidme lo que canta la hoja seca
Cuando pasa rodando por la tumba;
Dadme el cansancio que el dolor mitiga;
Cortad su vuelo al pensamiento loco,
Y si queréis que os ame y os bendiga,
Decidme dónde está la ausente amiga
Que tanto fué para durar tan poco.

. . . . . .

Y tan larga y bellísima poesía, sembrada de

Digitized by Google

altos pensamientos, termina con esta tierna estrofa:

¡Amalia! ¡Cuán hermoso es mi consuelo!,
¡Ya estás al lado de la madre mía!,
¡Ya le habrás dicho al remontarte al cielo
Lo que yo de mi madre te decía!

El primer hijo de Grilo nació muerto, y á poco se repetían en Madrid de boca en boca los sentidos versos que esa desgracia le inspirara.

Con cuánta naturalidad le dice la elegida de su corazón:

«Para hacer nuestro hogar más venturoso
Y alumbrar el edén que absorta veo,
Voy á tener un niño tan hermoso
Como ya me lo finge mi deseo.
Nuestras almas contentas
Serán su amante y cariñoso abrigo;
Vas á volverte loco cuando sientas
Que no es una ilusión lo que te digo.
te sentarás al borde de la cuna
para ver cómo charla y se sonríe;
tal vez un rayo de la blanca luna
dentro de pocas noches nos lo envíe.
Por mucho que te asombre
el cielo para ti me lo depara;
tendrá tu mismo nombre,
tus mismos ojos y tu misma cara.
Como esas vagas músicas de amores
que los pájaros dejan en los nidos,
habrá por estos largos corredores
risas, juegos, y saltos y ruídos.

Digitized by Google

Buscaremos los árboles lozanos,
Vendrán las tardes que soñó el deseo,
y formando un cordón con nuestras manos
llevaremos al niño de paseo;
en sus mejillas, que serán dos rosas,
estamparán las gentes sus cariños,
y un grupo formarán de mariposas
al mirarle jugar con otros niños.
Le dormiré cantando en mis rodillas,
vendrá la noche que la calma vierte,
y los dos andaremos de puntillas
para que nuestro niño no despierte.»

. . . . . .

Mas, ¡ay!, del ángel las sentidas alas
por el azul del aire se perdieron,
¡del bautismo las galas
blanco sudario para el niño fueron!
Huérfanas nuestras almas suspirando
del niño recogieron los despojos,
¡Pasó!, mas tan de prisa y tan callando,
que ni aun por vernos entreabrió sus ojos!

Sensible sin afectación, exclamaba dirigiéndose á una huérfana:

Sola en los años de tu edad primera,
nave perdida en aguas bramadoras,
sin rumbo, sin timón y sin ribera,
¡ay, huérfana infeliz, si yo pudiera
devolverte á la madre por quien lloras!

Andaluz y devoto de todo lo que su fértil tierra regala al mundo, si habla del vino de Jerez, dice:

Digitized by Google

Bien haya el néctar jugoso
que si del *champagne* no iguala
lo movible y lo espumoso,
brota en el campo frondoso
que es del cielo la antesala.

—

Él en la tarde risueña
bajo de la nudosa parra
del patio y la fiesta dueña,
humedeció la rondeña
y dió vida á la guitarra.

—

Por eso al cruzar tal vez
del mundo la inmensidad,
una copa de Jerez
tiene sabor de niñez
con olor de santidad

En sus composiciones *Mi Siglo* y *El Aguila* se remonta á los más elevados espacios de la inspiración. Dice, en un arranque, al ave favorita de Jove:

¡Cuán hermosa y gentil te precipitas
por ese golfo inmenso
ya subes, ya te agitas,
ya vuelves, ya despacio
bordas el horizonte:
tu mundo es el espacio
tu corona es el sol, tu trono el monte.

En las composiciones *La Nochebuena con mi madre*, *La Nochebuena sin mi madre*, despliega una ternura filial que conmueve á los más fríos corazones.

Digitized by Google

Grilo era el primer recitador de Madrid, y usando de la voz media daba á las poesías los matices y el colorido que sólo con el arte y el estudio pueden dárseles.

No puedo olvidar al poeta cordobés, á quien traté y quise fraternalmente, y de quien no hace todavía tres meses recibí cariñosísima carta.

Ya el cable nos trajo la triste, la dolorosa noticia de su muerte. Entra al reino de la eternidad en pos de López de Ayala, Selgas, García Gutiérrez, Fernández Guerra, Tamayo y Baus, Núñez de Arce, Valera, Campoamor, Manuel del Palacio y tantos otros, que han sido, son y serán gloria del Parnaso español.

Grilo muere cuando acababan de nombrarle Académico de la lengua; cuando la docta Corporación daba á los críticos el mejor testimonio de que en nada perjudicaban sus venenosas saetas al inspirado cantor de *Las Ermitas de la Sierra de Córdoba.*

Aún me parece oirle recitar composición tan hermosa, y ver al público absorto cuando él decía con magistral acento:

Allí pasa la vida
sin desengaños;
allí viven y rezan
los ermitaños.

Digitized by Google

Por los ojos que finge
la calavera,
ven el mundo y su vana
pompa altanera.

—

Calavera sombría
que en bucles bellos
adornaron un día
ricos cabellos.

—

Esos huecos obscuros
que se ensancharon,
fueron ojos que vieron
y que lloraron.

—

Por esas grieteadas
formas vacías,
penetraron del mundo
las armonías.

—

¿Qué resta ya del libre
mágico anhelo
con que esa frente altiva
se alzaba al cielo?

—

La huella polvorosa
de un sér extraño
adornando la mesa
de un ermitaño.

. . . . . .

Allí en la solitaria
celda escondida
un cráneo dice: muerte,
y una cruz, vida.

. . . . . .

Digitized by Google

Muy alta está la cumbre,
la cruz muy alta,
para llegar al cielo
¡cuán poco falta!

. . . . . .

Quien así pensó y escribió, fué un poeta, y negarlo sería negar la luz; su nombre no ha de borrarse en los fastos de la poesía castellana, y sobre la tumba del inspirado y dulcísimo bardo lucirá siempre una corona de laurel, encina y siemprevivas, símbolo de la gloria, de la amistad y del cariño de los que en la tierra tuvimos el orgullo de ser sus verdaderos amigos.

Digitized by Google

Pórtico.

I

Puebla es entre las muchas y muy bellas ciudades de mi patria, una de las que interesan á mi corazón y cautivan mi espíritu.

Acaso sea porque en ella duermen el eterno sueño muchos séres para mí inolvidables; porque ha sido teatro de grandes sucesos históricos que nos enorgullecen á los mexicanos, desde los años de 1862 á 1867; porque tiene mucha semejanza con la capital de la República, donde yo he nacido, y en fin, porque allí he vivido en muchas ocasiones, y encontré en los alegres días de mi juventud amigos leales, cariñosos, soñadores y poetas, á quienes debo hasta la época presente en que ya peino canas y miro el mundo al través del frío cristal de la experiencia, pruebas inequívocas de constante adhesión y de fraternal afecto.

Puebla ha dado á la Diplomacia hombre;

Digitized by Google

como D. José María Lafragua; al Foro un Joaquín Cardoso; á la Tribuna y al Foro un Manuel María de Zamacona; á la Iglesia un Obispo, Francisco Pablo Vázquez; á la Pintura un Morales; á las Ciencias numerosos apóstoles, y á la Poesía una legión de inspirados, entre los que culminan D. Manuel Pérez Salazar y Venegas, D. Miguel Jerónimo Martínez, D. Manuel María Flores, autor de *Pasionarias,* D. José Fernández de Lara y muchos otros que sería largo enumerar.

Don Manuel Pérez Salazar y Venegas, tío del fraternal amigo, para cuyos versos escribo este prólogo, era dulce y correcto; elevado y elegante en el sentir y en el pensar; sus versos, de entonación vigorosa, recuerdan unas veces á Meléndez y otras á Argensola; sabe volar tan alto como Quintana; plañerse tan triste como García Tassara, y nunca abate el estro ni mancha el númen, ni abandona el solio en que por su claro ingenio le colocaron las Musas.

Don Manuel Pérez Salazar, hizo detenido y hermoso viaje, que fué el venero de nuevas inspiraciones y de íntimos regocijos que se traslucen en sus versos. Era magistral autor de sonetos, y lo comprueban los que intituló: *Las Discordias civiles, La Vuelta, Las Ruinas de Pompeya* y su tiernísimo *A Petrar-*

Digitized by Google

ca, tan dulce y tan bello como los del mismo amante de Laura. Distinguióse sobremanera en sus traducciones, y allí están: *La Conciencia*, de Víctor Hugo; *El 5 de Mayo,* de Manzoni; *Mi hermana,* de Leopardi; *Francisca de Rimini,* tragedia compuesta por Silvio Pellico; una oda y *El Juicio Final,* de Nicolás Lorenzo Gilbert; *El Pájaro Solitario,* de Leopardi, y una *Elegía inglesa,* de Tomás Gray.

Don Manuel Pérez Salazar figuró entre los Arcades romanos con el nombre de *Garigliano Coroneo.*

Fué amigo de los más renombrados escritores y poetas de su época, de D. José Bernardo Couto, D. José Joaquín Pesado, D. Manuel Carpio, D. Alejandro Arango y Escandón, D. José María Roa Bárcena, D. Miguel G. Martínez, y de los virtuosos Obispos de Veracruz, D. Francisco Suárez Peredo y don José María Mora y Daza.

Nació D. Manuel Pérez Salazar, en Puebla, el 20 de Diciembre de 1816, siendo hijo de D. Manuel Pérez Salazar Méndez Mont y de doña María Guadalupe Venegas, allegada en parentesco á uno de los virreyes de Nueva España, como su esposo lo era á uno de los que fundaron, por iniciativa de los Padres de San Francisco, la ciudad de Puebla.

Cuentan los historiadores, que el Padre

Digitized by Google

Fray Toribio de Benavente Motolinia, escogió el lugar á propósito para el asiento de dicha ciudad, de cuya fundación y dirección se encargó, ayudado del oidor Salmerón, y dijo la primera Misa el 16 de Abril de 1531, día de Santo Toribio.

En tan hermosa ciudad, que es hoy un emporio del progreso y de la industria, murió D. Manuel Pérez Salazar el 16 de Junio de 1871, y el 29 de Julio del año siguiente, se celebraron en la suntuosa Catedral angelopolitana sus honras fúnebres, que revistieron inusitada solemnidad, pues asistieron á ellas todos los numerosos admiradores de su genio, erudición, piedad y pureza de costumbres.

II

El cisne poblano, el árcade inolvidable, el elegante bardo de quien acabamos de hablar, amaba como á hijo á su sobrino Ignacio Pérez Salazar, autor de estas poesías, y yo sé que no quedaría satisfecho si antes de ocuparme de él no hubiera dicho algo sobre su maestro, director y tío, que con acendrado cariño, sapientísimos consejos y acertada dirección, lo encaminó hasta que pudo con-

Digitized by Google

cluir brillantemente su carrera de abogado y obtener el título profesional, después de lucidísimo examen.

¿Quién es Ignacio Pérez Salazar? Voy á decíroslo en breves palabras.

El actual Magistrado del Tribunal Superior de Puebla, es hijo de D. Ignacio Pérez Salazar y Venegas y de doña Dolores Osorio, egregia dama que se ha distinguido y se distingue todavía por sus ejemplares virtudes, su caridad extremada y el talento con que ha sabido educar á los siete hijos que la adoran y forman los tesoros de su corazón angélico.

Nuestro poeta nació en Atlixco, la antigua villa de Alonso Díaz de Carrión, que recuerda, á los que conocen sus campiñas, la vega de Granada. Sus panoramas pintorescos, sus flores siempre en primavera, sus bullidoras cascadas y fuentes, el cielo siempre azul, las palmas meciendo sus airosos abanicos, sus árboles copudos y frondosos, ofreciendo grata sombra, su secular y pomposo ahuehuete, arrancan un suspiro á los que, como yo, han sentido inefables delicias en los inolvidables sitios donde Boabdil lloró amargas lágrimas, donde existe el jardín de Lindaraxa y parece aún que en las noches de luna, la sombra de Moraima cruza por los patios de los Leones y de los Arrayanes.

Digitized by Google

El padre de Ignacio fué ayudante del general D. José María Tornel y Mendívil, Ministro de Guerra y Marina en tiempo del general Santa-Anna, orador elocuente y literato distinguido; y el día que se separó de tan notable funcionario, fué á radicarse en Atlixco, permutando por el empleo de Jefe de la Aduana de este lugar, el de Administrador de la Aduana Marítima de Matamoros, con que habían premiado sus relevantes servicios.

Tan apreciable caballero murió á los cuarenta y cinco años de edad, y su primogénito Ignacio quedó huérfano á la edad de quince años, cuando apenas comenzaba, con gran precocidad para sus estudios, su carrera de abogado.

No fué su edad obstáculo para encargarse de siete hermanos que, como antes dijimos, bajo la dirección de una madre modelo de virtudes y de inteligencia, son hoy miembros honorables y útiles á la sociedad en que viven.

Ignacio amaba con pasión las letras, y esta afición innata le valió todo el cariño de su tío D. Manuel, que le llevó á su lado, le puso en posesión de su riquísima biblioteca, le obligó á estudiar los clásicos griegos y latinos, le familiarizó con las obras de los grandes genios de la humanidad, le dió sabios

Digitized by Google

consejos y contribuyó de mil modos á formarle ciudadano honrado, abogado ilustre y erudito y poeta dulcísimo, sentimental y noble.

Con mentor tan valioso, mi amigo alcanzó los primeros premios en todos los años de su carrera; fué la joya del seminario y del colegio Carolino; aprendió el latín, al grado de serle tan familiar como su propio idioma; profundizó á Virgilio y á Horacio; desplegó sus talentos en el Derecho Romano; ejercitó la natural elocuencia de Cicerón; vigorizó sus ideas con Tácito; levantó sus inspiraciones con Catulo y Tíbulo; y llegó á la cima de sus propósitos, licenciándose en medio del aplauso unánime de sus maestros y condiscípulos.

Con tan buenos auspicios entró de lleno en la vida pública, que reseñaremos brevemente.

III

Ha sido Secretario y Catedrático de Derecho civil en el Colegio del Estado; Regidor y Síndico del Ayuntamiento; Diputado á la legislatura de Puebla en 1873, 1874 y otros años; Juez de primera instancia de Cholula,

Digitized by Google

Atlixco y Huejotzingo (en Tribunal colegiado), Procurador de primera instancia de Puebla, llevando la representación del Ministerio público; Secretario del Ayuntamiento y Oficial mayor encargado de la Secretaría de Hacienda del Estado el año de 1892.

De ese cargo se separó, dejando amortizada una parte de la deuda contraída por algunos de sus antecesores en dicha Secretaría; no obstante que en el período que la sirvió, fueron cubiertas religiosamente las nóminas de los empleados y derogados fuertes gastos extraordinarios, además de los comunes de la administración.

Solicitado para Director de la institución de beneficencia, denominada «Monte de Piedad Vidal-Ruiz», creado en la capital del referido Estado, implantó en ese establecimiento grandes mejoras, entre otras, la de préstamos á crédito, bajo muy benignas condiciones, en favor de personas de exiguos recursos. Afectada su salud por exceso de trabajo, renunció la mencionada Dirección, haciendo entrega del repetido establecimiento con una tercera parte más de aumento en el capital con que había sido fundado, aumento obtenido en los cuatro años que fué dirigido por nuestro biografiado, quien al serle admitida su renuncia, mereció los más honrosos elo-

Digitized by Google

gios, ya del fundador, Sr. D. Alejandro Ruiz Olavarrieta, como del actual Presidente de la República, señor general D. Porfirio Díaz, que ejerce el patronato de la supradicha institución.

Poco tiempo, empero, gozó de descanso, pues apenas restablecido del agotamiento que había resentido en sus labores, fué electo, en el año de 1899, Magistrado de número del Tribunal Superior de Justicia de su Estado natal, cuerpo á que ya por varios años había pertenecido en calidad de supernumerario. Al vencerse el período constitucional, fué reelecto para otro nuevo de seis años en fines de 1904, para el mismo importante cargo, el cual desempeña en la actualidad, funcionando como Presidente.

IV

Honrado á carta cabal, educado en una atmósfera de virtud perfecta, amante de los libros que enseñan y cautivan, jefe de una familia en que todos son igualmente estimables por sus méritos, es Ignacio Pérez Salazar, como abogado, como literato, como poeta y como amigo, fiel reflejo de su limpia

Digitized by Google

conciencia y de su inmaculada conducta, blanco por dentro y por fuera, recto é ideal á derecha é izquierda, un caballero de la Edad Media, feliz con su manera de ser, en medio del atronador y peligroso concierto de nuestra época, tan llena de prosa y de escepticismo.

Su alma infantil ha conservado sus noblezas desde la juventud, época en que nos conocimos, hasta hoy, en que, estando casados ya sus hijos Eduardo y Concha, se recrea contemplando á sus preciosos nietos.

Como abogado no registra un negocio que le avergüence; su conciencia y su corazón están en su carrera forense libres de rubor y de remordimiento.

Conoce á fondo la legislación de nuestro país; posee rica biblioteca; pide al extranjero constantemente lo más notable sobre jurisprudencia y bellas letras, y es un modelo de jurisconsultos probos é ilustrados.

V

Hablemos del poeta.

No busquéis nunca en sus versos el acre sabor de la disipación y del escepticismo; no le pidáis gritos descompasados de desencanto

Digitized by Google

y de incredulidad; no insistáis en que dispare el dardo envenenado de la duda y del cinismo; no intentéis que os conmueva y espante ó arranque un aplauso, mostrando una úlcera incurable ó lanzando una imprecación blasfema; no, él no sabe, no puede, ¡no sabría hacer eso!

Su numen ha sido, desde el regazo sagrado de la santa mujer que le dió la vida, la fe, que se acrisoló con tantos mártires; sus labios se han perfumado con la plegaria; ha cultivado siempre las flores de la virtud, de la caridad y de la esperanza; ha disfrutado de envidiables venturas en el hogar tranquilo, donde la voz de su virtuosa madre ha sido la voz del cielo, aplacadora de las tormentas del mundo; ha fortalecido sus afectos con sanos ejemplos, con hermosos libros, con nobles amigos, y con la memoria inmaculada de aquel bardo cristiano y tiernísimo que le amó y le dirigió en los más serenos y hermosos días de la alborada de su existencia.

Ignacio Pérez Salazar, como poeta, es muy notable, porque campean en sus versos la fe, la ternura, el sentimiento, el amor puro y noble, la delicadeza y la lealtad.

Sus estrofas revelan un corazón tranquilo, sano, benévolo y bien puesto.

Busca sus númenes en el hogar, en la fa-

Digitized by Google

milia, en la cuna de sus hijos, en las hermosas impresiones que produce en su ánimo la contemplación de las maravillas de la Naturaleza, del Arte, de la Industria, de la fe y de la gloria, en tantos sitios como ha recorrido, y se duele ó se regocija con los duelos y las victorias de su Patria.

Amante elevado y tierno, ha consagrado á la bella y virtuosa compañera de su vida, los más bellos cantos de su laud sonoro; padre amorosísimo, se inspira en las gracias de sus hijos, que constituyen su mayor riqueza; hijo respetuoso, ve en su celestial madre la encarnación más noble de sus sentimientos, y todavía disfruta la dicha de besar su frente todos los días y de recibir sus bendiciones.

Podría yo citaros muchos versos suyos, que son blancos como azucenas y dulces como mirtos; podría señalaros cuáles son sus defensas y sus alegatos más notables; podría mostraros los importantes artículos con que ha engalanado multitud de periódicos, desde *El Estudiante*, que fundó y redactó en el colegio, hasta los mejores de nuestro tiempo; pero nada es necesario cuando no sólo en su Estado, sino en México y en el extranjero es suficientemente reputado y conocido.

Digitized by Google

VI

Durante su primera época de Magistrado, obtuvo licencia para realizar, en el año de 1900, un segundo viaje á Europa, asistiendo á la Exposición Universal de París y volviendo á visitar á España, Francia é Italia; recorrió también Suiza, Bélgica, Holanda, Alemania, etc., y en 1904 estuvo de nuevo en las principales ciudades de la Confederación Norteamericana, después de concurrir como Delegado al Congreso de Abogados y Juristas, que se reunió en San Luis Missouri, durante la Exposición Internacional celebrada allí, al terminar el año próximo pasado, por lo cual ya su nombre figura en el libro intitulado: *Official report of the Universal Congress of Lawyers and Juristsheld at St. Louis Missouri.—U. S. A.—September 28, 29 and 30, 1904.*

Fruto de esos viajes es el precioso libro que publicó en 1890, donde se leen sus hermosas composiciones al Niágara, á Nápoles, á Roma desde el Janículo, en la tumba de Napoleón, á María Antonieta, en el de Alcázar de Toledo, en Venecia, á Abelardo, en el Pére-Lachaise y en la gruta de Lourdes y que encie-

Digitized by Google

rra ese grato aroma de las flores del alma, que está saturado de pureza y de verdad, y que se aspira con delicia.

Tiene ese libro, que está reproducido en éste á que pongo prólogo, notas tan amenas, tan instructivas, espontáneas, interesantes, que lo realzan y complementan dignamente.

Con mayor amplitud y mejor clasificación, se verán aquí esas notas escritas con la sencilla espontaneidad del viajero, y con la modestia del poeta que no aspira á más que ser comprendido.

El *Album de Viaje* va coordinando lo que el poeta sintió en el mar, así á bordo del *Bolívar*, como en los puertos de importancia; en España, Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza y Estados Unidos, donde el patriota se revela en el valiente y hermoso final de su soneto, intitulado *En el Capitolio de Washington*.

«Aquí de tu dominio se alza el solio,
Pero no es tu arrogante Capitolio
Cual lo fué el de los Césares un día...
Tu Franklin le robó su rayo al cielo,
¡Con ese fuego abrásese tu suelo
Si te adueñases de la Patria mía!»

Digitized by Google

VII

Después del *Album de Viaje*, el autor del libro ha reunido con el título de *Juveniles* las composiciones escritas en su primera juventud, inspiradas todas en los más delicados sentimientos, en las más puras devociones del alma; la ternura del hijo, el fuego del amante, las esperanzas del adolescente, el entusiasmo febril por los héroes de la Patria, los arranques sinceros de la amistad, la galantería que obliga á llenar páginas del álbum de una hermosa, los epigramas que sugieren la observación y los desencantos humanos, son los temas de ese delicado conjunto de versos que se leen con gusto y con interés, como se lleva con placer, aspirándolo sin tregua, un ramo de rosas frescas abiertas en una tibia y luminosa mañana de primavera.

Siempre en los primeros versos con que se revela un poeta, hay mucho de espontáneo y de natural, que no se encuentra en las que se escriben más tarde, porque nunca las flores cultivadas en la estufa son como las que adornan el campo, y que han nacido al aire libre y bajo un cielo abierto é inconmensurable.

Digitized by Google

No en vano dijo un poeta:

«¡Oh, Primavera, juventud del año!
¡Juventud! ¡Primavera de la vida!»

Es cierto que en muchos corazones perdura la juventud, aunque corran los años, y esto pasa con Pérez Salazar; porque no ha tenido vida borrascosa, porque en los zarzales del camino no ha dejado los vellones de la fe que le infundieron sus progenitores; porque no ha descendido al fangal en que se desgarran los velos de la virtud, y porque su hogar ha sido siempre un templo de paz, de amor y de esperanza.

Pocos son los ateos por ciencia, y muchos lo son por crápula. El que admira en las maravillas de la ciencia la mano de Dios, es un varón fuerte, y de esos es nuestro poeta, para fortuna suya y regocijo de los que le conocemos y tratamos íntimamente.

VIII

Estivales y *Otoñales*, son los nombres de otros libros en que aparecen composiciones de la misma índole de las juveniles, pero que escribió algunos años después de aquéllas.

Allí también culminan el amor del hijo, la

Digitized by Google

ternura del padre, la lealtad del amigo, el amor del esposo, la firmeza del patriota, la piedad del creyente y el dolor de un corazón herido en temprana edad por uno de esos rayos inexorables del Destino. Me refiero á sus poesías denominadas *Ayes del alma.*

Figuran en esas páginas algunas tradiciones, versos consagrados al padre de la lengua española, estrofas nacidas del corazón en días solemnes para el hogar, y delicadezas del alma frente á la ventura de los hijos.

Son una continuación de las juveniles; pero el autor, obedeciendo á la historia íntima de sus trabajos literarios, las congregó con otros títulos, porque el estío sigue á la primavera y á aquél el otoño, y le pareció darles así lugar oportuno y adecuado.

Ignacio Pérez Salazar obedece á los principios clásicos, y es natural, porque son la base de la más hermosa escuela artística.

No encontraréis en sus versos nada que revele la neurosis de los simbolistas, quienes, según Giner, exageran hasta lo incomprensible la tendencia colorista y sonora de los románticos, llegando á la negación de la idea, y á equivocar el destino de la Literatura con el de la Música, al asignarle como fin la mera sugestión de vagos estados de la sensibilidad humana.

Digitized by Google

Ajeno al amargo realismo de Zola, al acre olor de las *Flores del mal* de Baudelaire, al pesimismo de Schopenahuer, al decadentismo de Verlaine y de Rembaud, es sencillo, fácil, comprensible y tierno.

En sus poesías religiosas no obedece á Paul Verlaine, que declara que hay que amar á Dios irracionalmente; no, le ama con toda la fuerza de una fe ingénita, de una convicción profunda, y el poeta cristiano se revela y surge sin temores, sin embozo, sin miedo á que disgusten sus ideas á los escépticos y á los incrédulos. Con la colección de poesías religiosas concluye este libro; el autor ha querido cerrar con ellas su obra como con una llave sagrada, y ha hecho bien, porque la fe es el más hermoso sello para los tesoros del alma.

En resumen; Ignacio Pérez Salazar no es un poeta que se regocije de pulsar cuerdas toscas para cantar pasiones bajas y torpes, no; es el cantor de la ternura, de la virtud, de la bondad, de la fe y del sentimiento.

Como amigo, puede decir como lord Byron: «la amistad es el amor sin sexo»; por eso el que le trata le quiere toda la vida.

Es por naturaleza, modesto; no gusta de hacerse notar, pero el día que se lo proponga, brillará más de lo que brilla en nuestro Foro y en nuestro Parnaso.

Digitized by Google

Posee todas las cualidades para abordar las grandes cimas, á las que otros han llegado sin alas, impelidos por el soplo de la buena suerte, ó arrastrándose, como el caracol de la fábula.

Nuestro poeta es feliz con la paz de que disfruta su conciencia, con las bendiciones de su augusta madre, con el amor de su esposa, con la devoción de sus hijos y las caricias de sus nietezuelos.

Más de treinta años hace que nos conocimos, y en ellos se ha nutrido y desarrollado un afecto tan íntimo, que nos ha convertido en hermanos. No usamos de otro título en nuestro trato y en nuestras epístolas.

Pero el cariño no ciega, y si él no valiera lo que vale, nunca se lo diría, porque no gasto lisonjas con nadie, ni menos con los elegidos y predilectos de mi cariño.

Saludo en estas líneas al poeta que no ha manchado su numen, al patriota que ha representado dignamente á México en honrosas comisiones en el extranjero, mereciendo ser citado con encomio en libros y periódicos de renombre, y al modesto y discreto ciudadano que ha nutrido su espíritu en el gran libro de los viajes, y ha practicado y practica la virtud en todos los actos de su vida.

Digitized by Google

Recuerdos de mis hijos.

PENSANDO EN MARGOT.

Al dar mi último adiós á Margarita
ya próximo á partir el tren expreso,
la bendije llorando, la di un beso,
y murmuré en voz baja: ¡pobrecita!
—¡Pobrecita! ¿Por qué?—con infinita
dulzura interrogó—; no digas eso,
yo dejo el mundo engañador y avieso
por el reinado de la Cruz bendita.
¡Nunca te inspire lástima y tristeza
quien te lleva constante en su memoria,
y es la cruz el blasón de su nobleza,
la oración su promesa de victoria,
la dulce paz del claustro su riqueza
y la esperanza en Dios su mayor gloria!

Á MI HIJO JUAN

Ayer, juego inocente; hoy, ruda brega;
ayer, sable y fusil de hoja de lata;
hoy, la espada que todo lo doblega
y el broncíneo cañón que todo mata
Ayer, sobre los campos de la siega,
con kepis de cartón la vida grata;
hoy, la ordenanza que el rigor despliega
con el siervo que indócil no la acata.

Digitized by Google

Fué verdad mi primer presentimiento;
el niño es hoy el hombre que he soñado
y sirve á su nación con ardimiento;
Yo no te quiero un héroe denonado:
si te toca morír, que el regimiento
proclame la verdad: ¡Fué un leal soldado!

MENSAJE Á MARGARITA

Al hogar venturoso de María
un nuevo ángel de paz ha descendido,
y honrando tu memoria, han convenido
en que lleve tu nombre, Margot mía.
Ya vuelve á resonar desde este día,
cual música celeste en nuestro oído,
esa palabra de recuerdos nido,
nota al par de tristeza y de alegría.
Yo al ver aparecerse en este suelo,
valle en verdad de llanto y de amargura,
á mi nueva Margot, tan sólo anhelo
que Dios le dé, colmando mi ventura,
las joyas que te ha dado ¡oh flor del cielo!:
¡tu virtud; tu talento; tu alma pura!

NOVIA, ESPOSA, MADRE

I

Vestida de blanco
te conduje al templo,
y te di al esposo
que eligió tu pecho

Digitized by Google

Margarita á un lado
y yo al otro extremo,
éramos padrinos
de aquel Sacramento.
Concluyó la misa,
y después del rezo
de la alegre orquesta
callaron los ecos.
Asida del brazo
de tu compañero,
ya unidas sus almas
en un solo anhelo,
Rebosando dicha,
salud y contento,
vestida de blanco
saliste del templo.

II

Después, parabienes,
abrazos y besos
de tantas amigas
que llenan tu afecto.
Y comimos juntos
sin sombras de duelo,
entre hermosas flores
brindando y riendo.
En la tarde el viaje
y tu ausencia luego,
y por más de un año
viviste muy lejos.
En tan largos meses
yo sufrí en silencio,
porque para un padre
la ausencia es infierno.

Digitized by Google

¡Y noche por noche
te miré en mis sueños,
vestida de blanco
cual te vi en el templo.

III

¡Qué largas mis horas!
¡Los meses qué lentos!
¡Para ti, de dicha!
¡Para mi, de duelo!
Tú siempre de blanco
sobre mis recuerdos,
y yo, con el alma
vestida de negro.
Al fin regresaste;
te miré de nuevo,
y á poco en mis brazos
arrullé á mi nieto.
Endulzó mis horas
con mimos y besos,
y encontré en su rostro
y en su ser entero,
A la misma niña
que en hispano suelo
fué mi primer culto
y mi amor primero.

IV

Al padre amoroso
reemplazó el abuelo;
el que fuera joven
se tornaba en viejo.

Digitized by Google

La primer palabra
de mi niño nuevo,
cual célica nota
resonó en mi pecho.
Se puso por nombre
Tutú, el picaruelo,
¡Y *Tutú* le digo
llamándose Pedro!
¡Con él soy dichoso!
¡Ya vivo contento!
¡Ya me trajo alivios
y paz y consuelo!
Ya no estás de blanco
cual te vi en el templo,
ni yo tengo el alma
vestida de negro!

MI HIJA Y MI NIETO

¡Ay! quien fuera tan alto
como la luna,
para ver los soldados
de Cataluña.

Así dice el cantar y lo entonaba
con delantal y cofia una niñera,
arrullando en sus brazos si lloraba
la fresca flor de mi pasión primera.
¡Cómo corren los años! ¡Qué ironía!
Hoy, lograda esa flor, que dejó un día
mi hogar, pendida de su esposo al brazo,
canta el mismo cantar con alegría
al hijo que se duerme en su regazo.

Digitized by Google

Ya es todo un personaje el nietecito,
de quien la madre se envanece ufana,
ya estremece la alcoba en cada grito,
ya charla más que un loro de la Habana,
¡y ya prodiga con amor bendito
besos de paz en mi cabeza cana!

FIN

Digitized by Google

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN	7
La respuesta de Dios	15
El asalto á Chapultepec en 1847.—Los héroes que viven.—Un relato auténtico	19
Un beso sagrado	28
El traje para leer versos	31
Un naufragio inolvidable	35
Una rica fembra	42
El león decrépito.—Los últimos días de Santa Anna.—Sus amigos fieles.—Un viejo soldado.—Su muerte y su entierro.—La fama y la popularidad	45
El asistente Román (cuento semi-histórico)	58
La previsión de Lucas	65
¡Pobre Enrique!	70
Cómo entró en México el ejército trigarante el 27 de Septiembre de 1821 (narración de un viejo asistente)	77
En el camposanto	87
¡Cosi va il mondo!	91
Dos ramos de flores	95
La Semana Santa en otros tiempos.—El Viernes de Dolores.—Las Canoas.—Los Altares.—Juegos de prendas.—Los puestos de Chía.—Dos viejecitas.—Conventos y Parroquias.—Los Monumentos, las Procesiones y los Judas.—La obra de la Reforma	102

Digitized by Google

Págs.

Una anécdota patriótica del actual Arzobispo de México 114
¡Por la Patria! Un héroe de dieciocho años.... 120
Dos almas gemelas..... 126
Reliquias preciosas de la guerra de Independencia.—El uniforme de Morelos..... 130
13 de Septiembre de 1847.—Noble rasgo del general Monterde.—Los héroes prisioneros 137
La humildad de un héroe..... 144
Diente por diente.—Episodio de la guerra de intervención (años de 1862 á 1867)..... 146
Doscientos duros de limosna..... 150
Los hermanos Valleto..... 155
Yucatán poético: Rosado Vega y sus versos ... 163
Algunos versos del señor Licenciado D. Francisco Helguero..... 170
El poeta Grilo..... 186
Pórtico..... 197
Recuerdos de mis hijos..... 216

Digitized by Google